ENRIQUE K. LAYGO

CARETAS

(Cuentos Filipinos)

PREMIO ZOBEL DE 1925

MANILA
1931

A la memoria
de mis padres
E. K. L.

ÍNDICE

Página

PRÓLOGO

ENRIQUE K. LAYGO *es un escritor consagrado. Si no hubiera sido ganador del premio Zobel en 1925 y obtenido otros lauros y el reconocimiento de la opinión pública con sus trabajos y composiciones, las muestras de esta colección bastarían para colocarle a la altura de los autores laureados.*

Laygo es de los que han llegado a escribir el castellano con una facilidad incomprensible. No se nota ningún esfuerzo en su estilo, que parece fluir de su pluma al papel con la naturalidad de un hilo de agua que se filtrara entre las rocas y corriera sierra abajo, hacia la cuenca del río.

El cuento es un género literario difícil de cultivar, más de lo que a primera vista parece. Es naturalmente breve y episódico, y por eso mismo, a menos que la acción sea interesante desde los primeros momentos, la derrota del autor es segura. No tiene éste el recurso de la novela que puede desarrollar hondos problemas de psicología o presentar una variedad de caracteres y contrastes; el cuento tiene que limitarse a un momento de la vida, a un incidente, a un pasaje del cual hay que extraer todo el jugo posible, el soplo espiritual que ha de dar vida a los personajes.

Hay dos procedimientos de narrar o hacer cuentos; el uno que yo llamaría objetivo o histórico y el otro subjetivo o psicológico. El uno que cuenta los hechos con todas sus circunstancias y pormenores, describe los paisajes tales como son en sí, analiza los sentimientos de los personajes, sin pasar de la epidermis; y el otro que asimila todo lo que ve o sucede, y hace

girar los hechos y sucesos a través de los sentimientos o ideas de los personajes creados.

El primer procedimiento es el más corriente, porque es el más fácil; basta estar en posesión de un vocabulario regular y dotado de un poco de imaginación para contar; el segundo requiere más habilidad técnica, más conocimiento del corazón humano y mejor sentido de observación. Podemos comparar el primero con el del cirujano que tiene que hacer una raspadura a flor de piel, mientras que el segundo es el del que hace uso del estilete, del bisturí que corta y raja para profundizar en la materia enferma.

Laygo usa el procedimiento de los grandes maestros de la literatura que se esmeran más bien en dibujar un carácter que en pergeñar los sucesos. Mediante este método, el lector se asoma al alma de los personajes y ve los hechos como meros hilos conductores o transmisores de los sentimientos, ideas, prejuicios y pasiones de dichos personajes.

La profundidad del análisis psicológico es la característica de los cuentos de Laygo. Sus cuentos nos encantan, no sólo porque tienen estilo propio, sobrio y brillante al mismo tiempo, sino también porque son cuentos jugosos de pasión y vida, con personajes vivos, llenos de sortilegio encantador que emana de la realidad, arrancados de un ambiente lugareño que vibra con un color local fuerte pero inteligible para todos. Generalmente la vida de la aldea resalta allí con sus vegas inmensas, inundadas de monótono verde, sus casitas de nipa desalineadas, sus hileras de caña en la lejanía, "su rutinaria armonía de cosas y almas", pero la ideología, los gustos y aficiones de sus personajes son de gente moderna, de gente de mundo que ha gustado el placer de los viajes y se ha codeado con diferentes razas y paises, hombres y mujeres a quienes la educación ha bastardeado o fortalecido el carác-

ter y por eso luchan y a veces triunfan sobre las preocupaciones sociales. Las mujeres de Laygo son en esencia parecidas las unas a las otras; sea cual fuese su condición social, inquieren algo de la Vida, buscan la misma contestación a las ansias supremas de sus almas, enfermas de amor. En BEATRIZ de "Caretas" en EXCELSA, en NENA del "Idolo con Pies de Barro", en MARIA ASUNCIÓN de "La Fuga", en MISS VALDES de "La Risa", hay cierto parentesco espiritual derivado de un problema idéntico de amor que tienen que resolver. Me gustan mucho estos personajes de Laygo porque no son complicados, ni sutiles, ni inverosímiles; campesinos o urbanos, nos hacen pasar ratos deliciosos, porque piensan y sienten como nosotros pensaríamos y sentiríamos en las situaciones en que se encuentran.

El realismo de los cuentos de Laygo no está solamente en el ambiente sino también en el alma. El autor no tiene necesidad de buscar situaciones extraordinarias, ni recurrir a los primores del diálogo para despertar la nota de afinidad en el alma del lector; le basta insinuar, dibujar un rasgo o una línea para hacernos adivinar el encanto de un paisaje o la desesperación de un sér. En la pintura filipina se dice que Juan Luna producía a grandes brochazos sus cuadros; así Laygo en sus cuentos no se detiene en detalles pueriles, no recarga sus colores sino que procura buscar el efecto con cuatro pinceladas gruesas.

El lector encontrará en estos cuentos admirables tipos de nuestra sociedad actual, con reminiscencias de la antigua; así en "Cuesta Arriba" y en "Traidor" y en "El Miedo" reaparecen las pasiones ancestrales en personajes acostumbrados a vivir en plena naturaleza, dejándose llevar de sus impulsos atávicos, sin las alambicaciones ni los convencionalismos de la civilización. En lo demás, los caracteres de estos cuentos son

hombres y mujeres de nuestro tiempo, espíritus inquietos y revueltos que no saben a punto fijo donde situarse si del lado del pasado o del presente, estrujados y violentados por una época de transición que ha embrollado en sus mentes las nociones precisas del bien y del mal, por lo mismo que sintiendo en sí mismos ansias de renovación, tratan de atarse, por un esfuerzo de la voluntad, a las ligaduras de las viejas ideas e instituciones pasadas. Todo el maderamen de la estructura que ha fabricado Laygo en estos cuentos es de nuestra tierra y, por eso, comprendemos a sus personajes y nos sentimos atraidos por ellos con la fuerza de nuestro parentesco espiritual.

"¡Admirables cuentos!" exclamé lacónicamente al acabar la lectura de este volumen. Estoy seguro de que el público recibirá la misma impresión si tiene la curiosidad de enterarse de lo que el autor de estas páginas ha escrito para su entretenimiento y solaz.

RAFAEL PALMA
Rector de la Universidad de Filipinas

Octubre 6, 1931.

CARETAS

I

APELOTONADO en un rincón, Antonio pretendía olvidar la pesada monotonía del viaje leyendo. Pero, imposible. Sobre las páginas de la novela—"El Fuego" de D'Annunzio—saltaban las letras en una loca zarabanda con el tranqueteo desigual del tren. Imposible, igualmente, toda concentración con el sordo fragor de la locomotora y de las conversaciones de sus compañeros de viaje.

Quiso abismar su atención en el desfile de paisajes. Eran tierras extensas donde amarilleaban los cogonales resecos, árboles solitarios cuyas ramas desnudas daban la dolorosa impresión de extrañas cruces, y como única nota verde en el tono gris uniforme dominante, hileras de cañas en la lejanía, y una cordillera que parecía ondular sus gibas en la misma línea del horizonte. Antonio hubo de cansarse enseguida de la horrible sensasión de vacío y falta de vida de todo aquello, afirmada más hondamente en los carabaos incapaces en su pereza de otro movimiento que no fuese seguir con ojos estúpidos el paso del tren.

Un revisor se acercó por no recordaba él qué vez, para taladrar nuevamente su billete. Antonio, automáticamente y por tampoco recordaba qué vez, inquirió:

—¿Dista mucho todavía el pueblo?

Maquinalmente contestó el revisor:

—Cosa de media hora, a lo más tardar.

Una hora antes, había contestado lo mismo. Le dió las espaldas Antonio, por no insultarlo. Luego, buscó una postura más cómoda, apoyando los pies sobre el respaldo del asiento delantero. Cerró los ojos, y se puso a pensar.

Su pueblo, ¿cómo sería? ¿habría cambiado? Después de aquellos largos años de rodar por el mundo, con su continua sucesión de fisonomías y perfiles e infinita renovación de sensaciones, ¿no volvería él un poco distinto de los demás, a formar una nota discorde en la rutinaria armonía—de almas y de cosas—que probablemente anquilosaría la vida de aquel pueblo?

La temía a esta vuelta Antonio. En una gran ciudad, en una comunidad vasta, un individuo tiene la independencia de un desierto, en el pensar y en el obrar, sin necesidad de preocuparse de más que seguir la ruta que marcan las leyes creadas por los hombres; pero en un pueblo pequeño...

Bien, extrajo de su bolsillo una carta. La había recibido aquella misma mañana, antes de coger el tren. Su primo y amigo Pepe se la había escrito:

"—Ven para que no se disgusten de tí tus amigos y parientes. Cuando te marchaste al extranjero, lo hiciste sin dar parte a ninguno, lo mismo que un prófugo, y no añadas ahora a aquel dolor de verte partido sin haberte podido despedir, el dolor todavía más grande de saberte cerca, sin poderte abrazar. Puedes vivir aquí el resto de tu vida, porque en la paz lugareña de nuestras campiñas encontrarás tranquilidad y reposo. Pero, antes, sacúdete las sandalias del polvo del camino. Vuelve, como saliste: un

simple provinciano que cumplía con Dios y con todos; se agregaba a la fila de curiosos, a la puerta de la iglesia los domingos, y esperaba, como notable acontecimiento, la llegada de los circos ambulantes. Pero si de tus viajes traes un afán de cambios y novedades, con un criterio abierto a todas las ideas, mejor es que te quedes ahí, en la ciudad, porque en la ciudad se te antojará tolerancia la indiferencia de los demás. Aquí, hasta el último de tus criados se santiguará escandalizado el día que dejes de oir misa..."

Antonio se fijó en el tren, una máquina infernal, añosa y descuidada, que arrastraba la pesadez de sus vagones con un enorme, prolongado quejido de ruedas y herrajes. Le daban asco los asientos ennegrecidos por costras superpuestas de mugre y polvo. En el suelo, andaban confundidas, en una mescolanza de suciedad y abandono, cáscaras de naranjas y huevos, huellas de salivazos y eructos, manchas acá y allá de buyo. Los pasajeros, pálidos, silenciosos, cabeccando el marasmo de los viajes monótonos, eran muñecos que una mano poderosa arrojaba a derroteros obligados; los rieles se prolongaban en curvaturas como inmensos signos de interrogación, hacia un mismo destino, el de hoy, el de ayer, el de todos los días...

Como este tren, como aquellos conocidos paisajes de cañas y cogonales que se le entraban por los ojos, a través de la ventanilla, como aquellas montañas estereotipadas en el eterno gesto bravío de sus erectas cumbres, ¿se habría conservado el pueblo dentro del molde que consagraron, con su formidable influencia irresistible, las tradiciones?

El tren dobló un recodo. En la lejanía brotó, como un brochazo de sangre sobre un fondo esmeral-

da, la roja silueta de la iglesia, de entre las verdes crestas de acacias y palmeras...

II

Antonio tuvo que levantarse a media noche para abrir las ventanas. Lo ahogaba la estrechez de su habitación, la misma que había ocupado de chiquillo. Diez años antes le habían parecido inmensas sus dimensiones. No parecía sino que a medida que iba creciendo, se achicaban las cosas. Y realmente había crecido una barbaridad, como comprobaban aquellas señales todavía claras que trazaba de cuando en cuando sobre los ventrudos harigues para medir su crecimiento.

Se sonreía un poco al recuerdo de la amorosa insistencia de su madre:

—Hay que cerrar las ventanas, Tonio; todas. Nuestras noches son muy frescas y podrías coger un catarro...

Y otros habían coreado:

—Y hay que tapar las rendijas, las junturas, no vaya a colarse un airecillo traidor. Luego, una pulmonía...

¡Gente buena! ¡Gente chapada a la antigua, aferrada a la tradición, al prejuicio, enemiga del sol, de la brisa, de la vida!

El había protestado:

—Pero, si cuando hay menos peligro de pulmonía es con las ventanas abiertas. Además, estoy acostumbrado a ello...

Se salieron con la suya. Y tuvo él que dormir

así encerrado, con las ventanas bien cerradas, bien tapadas además con tiras da periódicos viejos las grietas que habían dejado los años en las tablas. Sólo que por encima de consejos, de miedos al relente y a la pulmonía, se veía él obligado a media noche a dejar paso al viento si no quería que se asfixiase.

Se acodó a la ventana. Era magnífica, imponente, esta noche constelada de estrellas que lo envolvía. Muy diferente de cuantas había admirado en sus correrías y visto reflejadas en el azul del Mediterráneo, en los canales de Venecia, en la orgía de luces de Nueva York. Noche limpísima, sin complicaciones de colores, como un cuadro hecho a cuatro pinceladas maestras. Algunas nubes blancas flecadas de luz como copos luminosos de nieve. Eso arriba, en el cielo. Abajo, en la tierra, la luminosidad plateada que irradiaban las hojas de los platanares de la huerta y los techos de zinc de las casas vecinas y en la lejanía, como esculpida sobre el cielo, una cima altísima que se erguía sobre otras cimas, como un gigante entre un rebaño de gigantes. Y por sobre todo eso, estrellas, nubes, montañas, algo, acaso el alma de la noche nativa, acaso la caricia invisible de las cosas antiguas que habían llorado su ausencia, flotaba sobre su espíritu, hablándole de añoranzas muy hondas, muy y muy sugerentes de suavísimas emociones.

Vino la evocación de las impresiones del día. Primero, la estación del pueblo, remozada con un baño de albayalde y cal. Lo esperaban allí sus padres, casi todos sus parientes. Cuando saltó del tren, ya lo esperaban los brazos abiertos de los suyos. ¡Qué dulce remanso de paz, esta bienvenida tan llena de cariño! En San Francisco, en Barcelona, en Génova,

en todos los puertos donde había desembarcado, sólo encontraba la fría acogida de rostros extraños que lo examinaban con miradas indiferentes. Aquí, no; tenía sonrisas, tenía apretones de manos, abrazos descoyuntadores, hasta lágrimas de alegría...

—¡Antonio!

Había vibrado la estación en un formidable estruendo de voces que lo llamaban. Divisó a su padre. Fuerte, sanguíneo, un poco obeso, con las manos giratorias, como aspas. Luego a su madre. Muy envejecida la pobre, con un poema de dolor vívido en las arrugas, en la plata de los cabellos, en la apagada luz de los ojos. Luego a su tío Gabriel, a su primo Pepe, a otra muchas personas, a quienes ya no recordaba y a quienes tuvo que ser presentado.

—Esta es María. Esa, Juanita, tu vecinita; la de más allá, Beatríz.

Le dió cierta verguenza no haberlas reconocido. Pero, ¡santo Dios! ¿Quién iba a advinar en estas mozuelas fuertes y sanas a las muchachitas pálidas de anemia que jugaban con él al escondite hacía diez años? Fué derecho a ellas por un abrazo. Pero se contuvo. En los ojos de Beatríz vió fulgurar un súbito espanto en un inoportuno despertar de todos sus pudores contra aquel abrazo amenazador de un pariente lejano, de un recien llegado, de un desconocido casi. Antonio tuvo que recordarlo: ¡en su pueblo, la mujer, purísima, no besaba ni al primo, ni al hermano, ni siquiera al padre! Ofreció su mano:

—Pero, ¿eres tú, Beatríz? ¡Si me parece imposible! Y ¡María! Y ¡Juanita!

Su padre bromeó:

—Y con tanta Beatríz y María y Juanita, te ol-

vidas de los demás, tulisán. Anda, esa es tu tía; sí, hombre, tu tía Manuela, y ese, tu abuelo Agustín...

Antonio supo lo que eran diez años de ausencia. Había dejado a los pobres fuertes todavía, y he aquí que se los encontraba envejecidos, encorvados como árboles que fuesen a descuajarse.

—Los achaques de la vejez, Antonio—explicó su padre.—El pobre tío tuvo un ataque que a poco más lo mataba. Y en cuanto a Manuela, ya lo ves. El reuma, los nervios...

En cambio se sorprendió de ver hechos hombres a muchos a quienes había dejado chiquillos. Reparó en Pepe:

—¿Qué me cuentas, primazo? ¡Vamos! Estás hecho un D. Juan... Lo pirradas que estarían por tí las niñas, ¿eh?

Pepe le fué contando muchas cosas, en el trayecto de la estación a la casa. El pueblo se conservaba igual, arrastrando la rutinaria existencia de siempre. Si las gotas de lluvia horadan una roca viva, los años—gotas en la inmensidad del tiempo—habían resbalado sobre la roca de las costumbres sin dejar huellas de su paso. Allí estaban las boticas, sitios obligados de chismografía pueblerina, desde tiempo inmemorial. Los notables del pueblo—el Presidente Municipal, el Jefe de Policía, el Juez de Paz, el Médico, el Abogado y otros—se reunían en alguna de ellas todas las tardes, escandalizando con el estampido de sus carcajadas a los transeuntes. Ahora había un teatro-cine donde los sábados proyectaban películas importadas de los Estados Unidos, con sus eternas tramas de bandidos y *cow-boys*. De tarde en tarde, los alumnos de las escuelas públicas organizaban bailes,

parties, reuniormenos informales, para chapurrear el ingllos últimos *fox-trots* traidos de Manila por ıdiantillo de Medicina o Derecho. Luego, estas religiosas: la patronal del pueblo, lass santos y santas de renombre en la Cortela del Cura, la del Obispo, organizadas indeıte por la Asociación del Sagrado Corazón

Antonio c conversación:

—Y, ¿de

¡Psé! ¡Ucia! Había algunas pasables. Enriqueta Medmorena, maciza y fuerte, que flirteaba con tdo: Paz Salgado, muy romántica, muy sen'on un repertorio de novelas lloronas; Pepiun poco delgadilla, pero con ciertas habilida hacían figurar en todas las veladas, religiofanas, que se organizaban: Charito Benedad Santos, y luego—*the last, but not the le*ıfrase común—Beatríz... ¿Se había fijado Beatríz? La recordó el viajero con ira. brazo! ¿Por qué lo rechazó ella con un azsúbito de sus ojos? Irritábale ahora, con un:itación de despecho y fracaso, aquel rechazole precisamente cuando en la emoción del rentíase él capaz de considerar hermanas a tıujeres.

—¿Beatr; no me he fijado...

Ahora se él. Así, no se había fijado, como nadie selarva que desmenuzan los pies, por insignificdemasiado insignificante para atraer la ateıego, para gozarse más en la venganza, añ

—Me su sería una de tantas.

Pepe rechazó la suposición, indignado:

—No, no. Es la única que vale, aunque no la quieren bien aquí, en el pueblo. La envidian, claro, las demás. Y rueda cada calumnia y cada vilipendio que la pobre tiene que vivir en un aislamiento absoluto. Y ¡la tachan de orgullosa, por eso!

Se interesó Antonio, por el relato. Por el relato, no por ella. ¡Defendíala con tanta exaltación y largueza el primo! Si casi la odiaba, con un odio instintivo, por huraña, por intratable, por bestia salvaje que acaso pretendía ver en él al cazador experto, pronto a tender el lazo. Porque otra vez volvía el recuerdo de aquel abrazo rechazado, sin una palabra, con solo un súbito azoramiento de los ojos, tan elocuente, sin embargo, que lo clavó al suelo, acobardado y cohibido...

Los recuerdos del día allí morían. Lo demás no merecía, por su insignificancia, un puesto en la memoria. La llegada a la casa solariega que lo recibió afectuosa con la risa de sus grietas; la comida al medio día, con ribetes de fiesta, sazonada con los platos clásicos de todas las fiestas pueblerinas; el primer paseo en el pueblo, por calles llenas de polvo...

Antonio se metió en el lecho, cansado de aquella noche. Además quería estarse quieto, en un olvido total de lo pasado—viajes, recuerdos, reminiscencias—porque acaso viviría en este pueblo el resto de su vida. Y si así era, ¿para qué iba a eslabonar el mañana con su ayer de nómada y de aventurero? De esa vida guardaba él memoria de muchas horas vacías, de muchísimas horas vacías, en las que, sintiéndose ave en perpetuo vuelo, pensaba, nostálgico de paz y de cariño, en el magnífico instante de plegar las alas

en el calor del nido. Hijo pródigo que volvía al hogar paterno, bien estaba que pensase en ser bueno, en hacer olvidar a los pobres viejos—sus padres—el dolor de su voluntaria ausencia. Se casaría... ¿Por qué no? La familia de los Rico tenía que perpetuarse por generaciones, y él era el único varón de la familia. Pepe le había hablado de Enriqueta, de Paz, de Pepita, de Soledad, de Charito... Entre tantas, ¿no habría alguna lo bastante buena para acogerlo en sus brazos? Acaso Beatríz...

Rechazó el pensamiento, indignado contra sí mismo. No; Beatríz, no. La odiaba por huraña, por intratable, por bestia salvaje que acaso pretendía ver en él al cazador experto, pronto a tender el lazo.

¡Oh! ¡Aquel abrazo rechazado!...

Se durmió en el lecho de molave, amplio, magnífico, con las colgaduras de seda y de raso, olientes a polvo de viejas arcas. Unos sueños de rosa revoloteaban en su torno...

III

—Yo, sabe usted, Sr. Rico, me muero por la música. ¡Oh, la música! Beethoven, Wagner, Chopin... ¡Oh, la Marcha Fúnebre de Chopin!...

—Sí, la Marcha Fúnebre de Chopin, Dña. Tecla...

—Y, ¿la literatura? ¡Me gusta una barbaridad! Figúrese usted. Yo leo a Carolina Invernizzio, a Carlota Ma. Breamé a...

Fastidiábalo a Antonio la charla insustancial de la solterona, que ponía los ojos en blanco, recordando

las heroinas de sus autoras. Despojo de otra edad, se asía a la mentida eficacia de los polvos y afeites para simular juventud.

Así contestábale Antonio con desgana:

—Sí, es hermosa la literatura...

Hasta que se le ocurrió, en un refinamiento de crueldad, abrumarla con su propia ignorancia:

—Y claro, se sabría usted de memoria Las Flores del Mal, de Baudelaire, El Lirio Rojo, de Anatole France, y Dorian Gray, de Oscar Wilde, y El Infierno, de Barbusse, y El Hambre, de Knut Hamsum, y...

—¡Flores del Mal, Infierno, Hambre!... ¡No, no, no! Son platos demasiado indigestos para mi gusto...

Se rió Antonio del horror de Dña. Tecla. Realmente, eran los títulos para llenar de espanto a una asidua lectora de Escrich, de Luis del Val, de Antonio Contreras.

Y ¿ así iba a transcurrir esta fiesta dada en su honor por su tío Gabriel? Los invitados se divertían, bailando. Pero ¡él, el héroe de la fiesta, estaba allí, con ganas de bostezar a cada rato, poniendo cara de sonrisa a la estupideces de aquel demonio de fealdad que bautizaron con el dignísimo nombre de Tecla Valentina de los Santos! ¡Si en lugar de ésta llegaba a sentarse a su lado Beatríz! Porque la veía él, desde su asiento, arrinconada bajo un verde palio de anahaw, gentilísima, en su aislamiento del resto de los invitados. ¿Por qué huía? ¿Por qué se anulaba, en aquél rincón? Creyendo odiarla desde el día mismo de su llegada, tenía que admitir, sin embargo, en su fuero interno que, por su belleza, le pertenecía de derecho el centro de la sala, para enseñar a aquellas

danzantes mecánicas, lo que era ritmo, y gracia, y música en los movimientos...

—Sí, ya lo veo, Antonio. ¡Así estaba de distraido!... Se lo merece la chiquilla, después de todo. Guapa, buena, seria. Sólo que...

Una serpiente, aquella vieja solterona que había puesto en la elocuencia de una reticencia toda la corrosiva fuerza de su ponzoña. Bruscamente arrancado de sus propios pensamientos, Antonio tuvo que inquirir, mordiéndose los labios de rabia:

—¿Qué? ¿Sólo qué?

—¡Oh! Nada... No se ponga así, tan indignado...

Se sintió un poco ridículo. Realmente, ¿por qué se iba a indignar tanto? ¿que era él de Beatríz? ¿ni qué le importaba que, como otras, aquella Dña. Tecla de sus horrores manchase con su baba inmunda la purísima Beatríz? Quiso disimular:

—¿Indignado?... No. Sólo quería saberlo por... vamos, a título de información, nada más...

Pero tuvo que autoanalizarse, en rápido exámen. Y fué enorme su sorpresa al saberse indignado hasta el fondo de sus entrañas. ¿Enamorado? ¡Tremenda revelación de una enormidad jamás sospechada en todo el tiempo de su estancia en el pueblo, tropezándose a cada paso con la de día en día creciente esquivez de la muy huraña que rechazára el abrazo que le ofrecía él, como un hermano, en la estación! Puesto que era mentira su indiferencia, mentira el deseo de saber aquel "sólo que..." a modo de información nada más, mentira grandísima lo que en el día de su llegada dijera a su primo Pepe:

—¿Beatríz? No me he fijado en ella...

La solterona sonreía, satánica, pesando, calculando, escogiendo las palabras para la revelación. Y Antonio, nervioso, rojo de indignación, de miedo, de ansiedad, esperaba en un tormento de siglos por cada segundo que pasaba, la explicación:

—¡Sólo que ella es la hija de nadie!

Respiró el pobre. Y ¿era éste el gran "pero," de la Beatríz, tan guapa, tan buena, tan seria? ¿ésta la mancha en la blanquísima pureza de ella? Si ya lo sabía él; sí, chiquillo aún, complacíase en hacerla rabiar, preguntándole: "¿dónde está tu padre?" Soltó, curado de su ansiedad, una trepidante carcajada:

—¡Hija de nadie! Y ¡yo, que no sabía que las hijas de nadie podían valer más que muchas que yo me sé, empadronadas en los libros parroquiales, y para mayor identificación, en el registro civil!

La alusión sangrienta cayó sobre la solterona, como una bofetada. Retalió, vengativa:

—Pues aquí, a las hijas de nadie, nadie las quiere, ni para un remedio. Sirven, en todo caso, para matar el hambre, por el momento. El mendrugo de pan con que se la acallan en tanto que no está en sazón la comida... No sirven para formar familia...

Lo abrumó de horror, de consternación, el insulto. Lo pronunciara un hombre delante de él y su altísimo espíritu de caballerosidad, sin ya el imperativo de su querer, lo obligaría a abofetear al descarado. Pero era una mujer—chismosa, de malas entrañas,—pero mujer. En reivindicación de la calumniada,—así por lo menos pensaba él—replicó, dejando caer una a una sus palabras, para que se grabasen bien, mientras se levantaba:

—Si aquí no ha habido nadie que la quisiera, de

ello tiene la culpa vuestra estrechez de criterio pueblerino. Y mendrugo de pan—residuo, lo que sea,—yo la quiero para mí, para llenar toda mi vida, y formará conmigo familia, si se allana a darme la limosna de su cariño...

Se dirigió al rincón donde estaba Beatríz. Ahora mismo, delante de Dña. Tecla Valentina de los Santos, delante de todo el mundo, hablaría a la hija del arroyo de su querer, y le pediría, de rodillas ante ella, como un esclavo, si era preciso, que fuera su esposa, ante Dios y ante los hombres...

IV

Se encerró en su cuarto, necesitado de completa soledad. Luego, así, aislado del resto de la casa, se acomodó en una mecedora, de cara a la ventana, con un puro entre los labios. Chupó con gusto, y arrojó algunas bocanadas de humo. Contempló sonriente, feliz, las volutas blancas.

Era el más afortunado de los hombres desde hacía algunas horas. Y ¡pensar que había sido el adefesio aquél de la solterona quien lo acercó a su felicidad! Porque sin aquel insulto, nunca comprendiera el enorme cariño que le quemaba, sin darse cuenta, el alma; y sin aquel insulto, en jamás de los jamases se atreviera a decir a Beatríz lo que le había dicho:

—Yo, Beatríz, te quiero...

La pobre lo había mirado, asustada y arrobada, temblorosa de súbita emoción ante la confesión inesperada. Así cogida de improviso, sin prefacios sentimentales, habíanle subido los colores a la cara, ame-

nazándole la sangre en un agolpamientazón, a su garganta, a sus sienes, con un sof

—Sí, Beatríz, como un loco...

Ella inició una protesta:

—Pero, Antonio...

Y no, no la dejó él terminar... suelta la mordaza de su lengua, del tormentirse perseguido sin cesar por la esquiva; de aquel cansancio que le producían sus por el mundo, preguntándose en cada pue arribaba donde detendría su vuelo para amás; de su inmensísima soledad en el munnores, sin nada que proyectase un poco de cal eterno invierno que le envolvía el alma. de la gloria de dos corazones que funde en ilagro del querer, de la gloriosísima vida en hecho cielo por la varita mágica del Amor.

Beatríz se había puesto seria, pál si de pronto se le hubiesen agostado las flo mejillas. Era hermoso por sobre toda ión el cuadro que trazaba Antonio, pero...

—Yo estoy marcada con un sello . No sirvo para formar familia...

Un sollozo inmenso le trabó la g ¡Era aquelo, hija de nadie! Y tronchó su bre el pecho, abrumada por el horrible conto de que le negaban la felicidad del amor s, por un incidente, por un detalle en el n en el que no había tenido parte. No; ella derecho a contaminar con la infamia a ¡Mejor era que buscase entre las demás, Enriz, Pepita, otra que le diera con el lustre dina, el lustre de su apellido.

Pero él protestó, exaltado, contra tamaña injusticia.

—No, Beatríz. La deshonra es la que se merece una, por sus actos. Y cuando se es pura como una rosa, el barro de donde se ha procedido no puede manchar la blancura inmaculada de los pétalos. Y yo te quiero, y te quiero. Por encima de la gente, por encima de todo el mundo, de tanto canalla, con más vicios que virtudes, que hacen ascos de sí, sin jamás ocurrírseles mirar sus propios defectos...

Después vinieron las explicaciones. Ella era así; un poco esquiva, no con él sólo, sino con todo el mundo, por ello mismo. Se sabía despreciada, vilipendiada y odiada, y tenía que vivir en un aislamiento de todo el mundo.

—Huyen de mí, la enferma de lepra moral. Llevo en mis venas el vicio, el crimen, la maldad. Yo también huyo de ellos por no mancharlos, y por no ver retratado en sus miradas y en sus gestos el profundo desprecio en que me tienen...

La orquesta había iniciado un vals, rítmico, lento, de pausas de quejumbre. El entonces se levantó, y respetuoso, con una profunda inclinación, la invitó a bailar.

Y bailó con ella, a distancia respetable, en un exceso de respeto que llamó la atención. Los otros chicos, acostumbrados a tratarla con ofensivas familiaridades, se hacían guiños. ¡Antonio Rico, el viajero que había visto tanto mundo, estaba allí bailando con la hija de nadie, cohibido y acobardado, como un colegial...

V

Corrió el rumor de boca en boca, con la rapidez del rayo. Antonio estaba en relaciones con Beatríz, y pronto se casaría con ella. La botica del viejo don Facundo se animó con los comentarios apropósito del gran acontecimiento.

—Antonio se casa con Beatríz, ¿qué os parece?

Todo el mundo opinaba lo mismo. Era una estupidez, aquella boda. Beatríz, la hija del arroyo, la hija del vicio, tenía que ser mala, forzosamente. ¡Pobre Antonio! Le duraría la felicidad lo que durase la luna de miel, es decir, tres, seis meses, acaso un año. Luego, la tragedia del engaño, de la infidelidad, del crimen sorprendido infraganti y vengado, como saben vengar crímenes de ese género los hijos de aquella tierra. El cuello cortado a cercén, de un tajo o el corazón atravesado por un balazo. Y si no se hacía mala Beatríz, lo serían los hijos, los descendientes. ¡Pobre padre de Antonio! La nobilísima familia de los Rico, de blanquísima ejecutoria desde el buen patriarca que la fundara hacía un siglo, se abocaba a ello, a que por un capricho sentimental del hijo pródigo, le saliesen al tronco común ramas podridas. ¿No era aquello una gran desgracia?

—¡Qué tonto de chiquillo!—exclamaba don Facundo.—No digo que renuncie a Beatríz... Pero, de ahí a casarse... vamos, que no cabe en cabeza sana...

Una tarde, tuvo que salir Antonio de la botica, para no andar a trompazos con todo el mundo. ¡Aquel don Facundo! Era un buen hombre, cumplía

Antonio contestó firme:

—Sí, padre, muy decidido...

El padre cogió una silla, se sentó con lentitud, y determinó con voz segura:

—Antonio, no te casarás con Beatríz...

Lo esperaba Antonio, y sin embargo, la negativa, hecha sin explicaciones, como dada por obvia, le dió un escalofrío.

—No te casarás, por lo que sabes tú, y sabe todo el mundo...

La voluntad férrea del padre se expresaba así, en frases cortas y definitivas. Su maciza contextura era la exteriorización de su espíritu: rudo, indomable, dominador. Antonio comprendió que estaba solo. Su madre, más débil, más tierna, se dejaba llevar de las decisiones del padre.

Antonio intentó una explicación:

—Pero, ¿por qué, padre?

—¿Por qué?... ¡Porque no quiero en mi familia miembros carcomidos!...

Antonio se rebeló. Del padre había heredado la voluntad fuerte, y un Dios bueno le había dado además el alma noble que se exalta contra las injusticias.

—¿Carcomido, porque es hija del pecado? Del Amor, diría yo, que no se plegó a vuestras exigencias, a vuestros convencionalismos... ¡Hija del arroyo! ¡Hija de nadie! ¡Condenada al pecado, a engendrar hijos para el pecado! Y yo, ¿no tengo entre mis ascendientes, miembros carcomidos? ¡Borrachos, mujeriegos, criminales! ¿Tú, padre, tú madre, me podéis jurar aquí, con la solemnidad de todo juramento hecho en nombre de Dios, que no hay en mi sangre,

vicio, crimen, pecado? ¿Hay alguno en el pueblo, en el mundo, que pueda decir, abierta la conciencia a la plena verdad: en mi cuerpo, en mis venas, sólo hay sangre de pureza y de virtud?

El padre se levantó, lívido, tembloroso. La acusación tremenda lo sacudió como un latigazo.

—No te arrojo a puntapiés, porque eres mi hijo. Pero, o renuncias a esa mujer, o te vas de esta casa para siempre. Para siempre, entiéndelo bien.

Salió de la estancia, dando un portazo que hizo retemblar la casa, con un formidable estruendo. Fué como una rúbrica de trueno a la decisión firmísima de que, se empeñase como se empeñase Antonio, jamás se casaría con Beatríz, con su consentimiento. El viejo patriarca, que dormía su sueño de siglos, podía descansar tranquilo, porque jamás formarían parte de la familia por él fundada miembros carcomidos...

La madre—madre al fin—pretendió dar a Antonio el consuelo de unas palabras amigas:

—No te resientas, Antonio. Es por tu bien. Olvidarás a Beatríz, encontrarás otra mujer, y verás cómo eres feliz después.

Y en la necesidad de justificar al padre, añadió:

—Ya es viejo, el pobre. ¿Por qué le vas a dar ese disgusto?

¡Viejo el pobre! Y ¿él? ¿no era más doloroso, más infinitamente trágico ver truncada la felicidad en plena juventud, por estúpidos prejuicios, y más que eso, por una irrazonable injusticia que reñía con su hidalguía, con sus creencias, con la religión que él, y su padre, y su madre y todos profesaban?

—Bueno, dejemos eso para más tarde—termi-

nó la madre.—Tú estás apasionado. Duerme bien, descansa lo mejor que puedas y verás que mañana piensas de diferente modo.

Le dió un beso, un enorme beso en que iban fundidos todos sus amores de madre. Antonio sintió que estaba aquel beso empapado en lágrimas:

—¿Lloras, madre?

—¡No, no, no!—Quiso disimular su pena, santísima, la mujer. ¿Por qué he de llorar, sabiéndote tan bueno?

Mentía, con una mentira piadosa, y se mentía a sí misma. Algo, en lo muy hondo de sus entrañas, le hablaba de tragedias por venir. Antes de salir, todavía formuló un ruego:

—Sé bueno, mi Tonio...

VI

—"Sé bueno, mi Tonio"... ¿Qué era aquello? Sentir, pensar como pensaban y sentían don Facundo y sus contertulios, su padre, su madre, el pueblo, dejándose atar por prejuicios sin razón. Cometer la enorme injusticia de condenar sin previo juicio a la que consideraba la más santa de todas las mujeres. Y por encima de todo ello, hacer trizas de su corazón, rechazando, ahogando el amor por el que había estado suspirando en sus andanzas por el mundo. Y, ¿su derecho a la felicidad? Y, ¿el de aquella pobre mujer?

Una mujer peca, y puede redimirse todavía. Una mujer se enfanga, y todavía le queda el remedio del arrepentimiento. Y ¡he aquí a una mujer que jamás

había pecado, a la que se negaba todo, hasta el derecho, la posibilidad de ser buena sólo porque la engendraran, en una borrachera de amor, sin la sanción de la epístola de S. Pablo!

¿No fué Cristo quien dijo de la Magdalena: perdonados le son sus pecados, porque ha amado mucho? Luego, la madre de Beatríz, al pecar amando, tenía la redención en su mismo pecado. Pero no; estas gentes eran más severas que Jesús. Habían condenado a la madre, echándola de su seno, matándola de verguenza, de pena, y todavía se cebaban en la hija, considerándola fatalmente condenada al mal.

Y el pueblo, constituido en tribunal, único e inapelable, pronunciaba su veridicto, por boca de don Facundo, entre carcajadas de sensualidad:

—Esas mujeres han nacido para eso. Encontráis una flor al borde del camino, la cogéis y aspiráis su perfume intensamente. Después, ahitos de la flor, la tiráis. Después vendrán otros, que la cogerán y la tirarán de nuevo...

Lujuriosos, criminales, viciosos, todos. Hasta su padre, a quien una mañana sorprendió persiguiendo, a pesar de su edad, a la criada en la cocina, brillándole los ojos con un fuego de sensualidad. Inmorales, hasta el Juéz de Paz, que aconsejaba innobles transacciones a una huérfana, violada en pleno sueño, para librar de la cárcel al culpable, pariente lejano de uno de los hacendados del pueblo; egoistas, como el viejo médico que se negó a salir de casa una noche de lluvia para asistir a una viuda, enferma repentinamente de un ataque, porque no tenía dinero la pobre con que pagar sus servicios; hipócritas, chismosos, como doña Tecla que ocultaba bajo una costra de polvo y afeites

sus años, y de rezos y novenas sus maldades. Era aquello un continuo carnaval en el que todo el mundo ocultaba bajo careta sus instintos, sus vicios, sus infamias. Eso; caretas nada más: careta, la virtud de doña Gloria Rivas; careta, la piedad de don Facundo; careta, la amistad, el honor, la justicia, todo, todo, todo...

Y ¿él mismo, Antonio, no llevaba una careta de obediencia, de respeto a su madre, al estallar en protestas dentro de su conciencia contra todas aquellas injusticias, sin atreverse a formularlas con acentos que oyeran hasta los muertos, a echar en cara a tanto canalla sus villanías?

Se decidió; la voluntad indomable del padre se revelaba ahora en él, en toda su fuerza.

Sería bueno, pero tal como debía y con quien debía serlo. Con aquella pobre mujer, vilipendiada, menospreciada, llevándosela consigo, y viviendo el resto de su vida, haciéndola olvidar todas las injusticias, las amarguras, los menosprecios que ensombrecieron su vida en aquel pueblo...

VII

Arrancó el tren violentamente. Arrojados a un mismo tiempo de sus respectivos asientos, Antonio y Beatríz se encontraron en el comedio del espacio que los separaba, buscando ambos a la par apoyo en un mutuo abrazo. Sólo que, pasado el susto, Beatríz, roja de verguenza, de pudores heridos en lo vivo, se desprendió de los brazos que la ceñían, y fué a ocul-

tar su rostro entre las manos, hundiéndose en un rincón. Por una extraña asociación de ideas, Antonio recordó cómo veniera, en este mismo tren, apelotonado y bostezando a cada instante. Dulcemente, amorosamente, se acercó a la mujer:

—¿Tienes miedo, mi Beatríz?

Y, como callára, continuó un poco resentido:

—¡No haber venido conmigo, si es así!...

Beatríz irguió su cabeza, triunfal, separando de sus ojos un rizo que se le había caido a la frente:

—No, no. Miedo, no, Antonio. Contigo, como quieras, donde quieras, por toda la vida, en cualquier rincón del mundo, amándote y siendo amada...

En sus ojos límpidos fulguraba, con una divina luminosidad, el Amor. Antonio, arrastrado por fuerza irresistible, fué a depositar sobre sus labios el beso primero. Beatríz se estremeció, pero no protestó y sólo abatió su frente sobre el pecho.

Se habían fugado, al iniciarse la noche. Ella estaba en la iglesia, asistiendo a una novena, rezándole a la Virgen el gran amor de su alma. De ella sólo se despidió con un beso muy intenso en los pies florecidos de rosas. ¡Era la única que la quería en el pueblo! A la puerta de la iglesia, esperábala ya Antonio. Y recatadamente y por calles envueltas en las primeras sombras de la noche, se dirigieron a la estación para coger el último tren.

Un revisor entró en el departamento que ocupaban, les sonrió bonachón y mientras taladraba los billetes, murmuró al oido de Antonio:

—Ahora sí que no irá preguntando cuánto dista todavía el término del viaje...

Antonio reconoció en el revisor al mismo a quien tenía ganas de insultar en su venida. Lo encontró, esta vez, simpático. Guiñándole un ojo, le contestó todavía:

—Preferiría que este viaje no terminase nunca. Beatríz se había asomado a la ventanilla.

Antonio se puso a su lado. Y abrazados vieron cómo, con la primera curva de la vía, desaparecía a lo lejos la estación a tiempo que también, más lejos todavía y con el último rastro del pueblo, desaparecía la bóveda de la iglesia que era apenas una masa de sombra entre las sombras de acacias y palmeras...

CUESTA ARRIBA

I

AHORA sí que daba gusto echar un vistazo, en esta mañanita de sol, a aquella haza que se extendía en ligero declive desde la casita de nipa, enclavada en lo alto, hasta el regato oculto por enormes canchos. La lluvia de la noche anterior había caido como una bendición del cielo y el arado se hundía sin esfuerzo en la tierra, cuyas entrañas fecundizadas parecían palpitar, al abrirse, en un estremecimiento de germinación prolífica. Era una tierra seca, muerta días antes, que de pronto y por milagro de una lluvia benéfica, abríase en un abrazo de amor a todas las semillas echadas en sus surcos, para alimentarlas, darles vida con su vida propia y su propia savia...

Y ahora, en esta mañanita de sol, Marcos empuñaba su arado con el mismo orgullo con que un rey empuñaría su cetro de oro. De cara al Oriente, a las bravas cumbres, a toda la gloria del cielo, se estremecía al contacto de la tierra remojada, como si a través de sus pies cubiertos de barro fueran penetrándole en las venas oleadas de aquella vida misteriosa presentida bajo sus plantas, que con dulcísima anticipación sabía iba a traducirse después en espigas de oro. Antojábasele, además, en su optimismo, que hasta su carabao, bestia pesada y fuerte, compañero de todas sus fatigas y desvelos, participaba de aquella sensación de triunfo anticipado y adivinaba qué hermoso campo sería aquel cuando, crecido el palay, fuese

todo una inmensa alfombra de esmeralda, flecada de rojas gumamelas en los bordes del camino.

Irrumpió de pronto, venida de cualquier parte, una bandada de aves de paso. El vuelo describió una ligera elipse, como si pretendieran posarse sobre la tierra a picotear, y de pronto, asustadas, se declarasen en fuga, hasta desaparecer en la lejanía.

Marcos las contempló, sin maldecirlas como otras veces, porque se sentía felíz. Sólo pensó, compasivo:

—Buscan el sustento, las pobres...

Una voz que fué rebotando de surco en surco lo hizo volver la cabeza.

—Lluvia fecunda, la de anoche, ¿eh?

Era Tasio, que como todas las mañanas, iba camino del pueblo. Marcos no lo quería, lo odiaba casi, con un odio instintivo, porque no le gustaban su mirar zaino, sus burlas descaradas, y sobre todo aquellas patillas largas, inclinadas como la hoja retorcida de un puñal, hacia las comisuras de los labios. Pero contestó:

—Sí, fecunda...

Quería hablar con tono tranquilo, sonriéndose también, porque eran hasta sacrílegos en este nuevo florecimiento de las almas y de las cosas todo odio y resquemor. Sentíase en su inmensa felicidad capaz de estar por encima de todas las pasiones. Por eso hasta quiso añadir, bromeando:

—Ya verás que tenemos un bautizo como pocos se han visto.

Lo dijo también con orgullo, con el santo orgullo de saberse padre de la criatura más hermosa que vieran los ojos. Ahora mismo la estaba viendo él, en su imaginación, con sus mofletes morenos, con sus negros ojazos, con su maciza contextura forjada en el triple

crisol de unos amores sanos, de los vientos de la sierra y de los besos del sol. Y era suya, muy suya aquella divina reencarnación de sí mismo, hecha para perpetuar su nombre y afianzar más y más en aquella tierra la casita enclavada en lo alto, como una apoteosis de todos sus afanes. El pensaba en un bautizo rumboso, con abundancia de lechón y ginebra, para cuando espigase el palay, cuyos primeros brotes pronto verdearían entre los surcos...

Tasio hizo una advertencia:

—Pero de aquí a que coseches, habrá de transcurrir aun mucho tiempo, y nadie está seguro de nada en este mundo...

Marcos arreó su carabao e inició un nuevo surco, sin hacer caso del otro. Replicó, sólo, con firmeza:

—O se bautiza mi hijo con la pompa que se merece, o... ¡no se bautiza!

Tasio se sonrió socarronamente y se despidió:

—¡Bravo!... Me voy. Espero que será una gran fiesta el bautizo. Me doy por invitado y a fe que prometo hacer buena cuenta de tus botellas de ginebra.

Y ya andando, todavía añadió, subrayando sus palabras:

—Tú sabes, Marcos, querer como pocos a tu hijo.

Marcos quedó clavado, ante la sorpresa del golpe formidable. ¿Qué solapada intención había puesto Tasio en sus palabras que asi tenían la fuerza de un conjuro de toda una historia de chismes y rumores, alimentada con negra villanía, allá en el corazón del barrio? ¿Hacía alusión a la tremenda sospecha que habían llevado a su alma medias palabras e intencionadas reticencias cogidas al azar en corrillos que se

callaban en sabiéndolo cerca, como para ocultarle una enorme desgracia?

El mismo, con toda su acrisolada fe en la santa moza que había escogido por mujer, no había sabido sustraerse a la venenosa influencia de tales chismes. Hasta habían sido tan grandes sus dudas al principio que, cuando se enteró de que fructificaban las entrañas de su Jacinta, creyó volverse loco ante el temor de que no se le pareciese a él el fruto. Eso sí, lo reconoció rugiendo de felicidad como suyo, cuando una fuerza irresistible lo obligó a clavar sus labios sedientos de cariño en las mejillas, en los brazos gordos, en todo el cuerpo del chiquillo. Desde entonces se mostró sordo a tales rumores, y cuando hasta él llegaban en sutiles retazos, lo besaba furiosamente, como si alguno pretendiera arrebatárselo.

Había sido en Tasio una crueldad horrible el poner en sus palabras la expresión de quien compadece una infame transigencia. Marcos pensó que hubiese sido mejor pedirle explicaciones, pero cuando lo quiso hacer, ya el otro se había perdido camino adelante, trás de un macizo de arbustos...

Marcos ya no empuñó su arado con orgullo de rey. Mordíalo otra vez la duda, una duda tan fuerte y tan cruel que jurara que le cruzaban con un látigo la frente todos los habitantes del barrio.

II

Aquella noche, Marcos se vistió con su traje dominguero. El barrio estaba de fiesta, puesto que era el último día de las "Flores de Mayo", y la "hermana", rumbosa, a fin de poder invitar a todo el mundo, había

hecho levantar frente a su casa un enorme emparrado de caña, techado con hojas de plátano.

Ganosa de resarcirse de la lluvia de la noche anterior, la luna brillaba en pleno esplendor, en un cielo sin nubes. El platanar contiguo irradiaba claridad de plata en un continuo vaiven de sus amplias hojas, que daban la impresión de plumajes de aves de leyenda. De las ramas de árboles vecinos pendían, además, numerosos faroles japoneses, de fantásticos dibujos en colores. Del pueblo habían venido, además de la orquesta especialmente contratada para la ocasión, numerosos jóvenes de ambos sexos que, cuando Marcos llegó, ya se habían sentado en círculo, bajo el emparrado, sobre toscos bancos; detrás, los habitantes del barrio se habían acomodado del mejor modo, como asustados de presentarse ante la luz a la vista de tanta gente nueva.

Sentíase orgulloso Marcos, con su camisa de jusi, con sus pantalones blancos, hechos en el mismo pueblo. Sus pies hechos a hundirse en lodo, estaban encerrados en la molesta prisión de unas chinelas rojas, con dibujos de flores polícromas. Pero no era de sus prendas de vestir de que se sentía orgulloso; era de su mujercita que, llegándole apenas al hombro, abría los grandes ojos, profundamente admirada. Tenían fama de hermosas las chicas del pueblo; sobre todo, aquella Inday, cuya fama de dicharachera y jacarandosa había llegado hasta el barrio; pero ahora que la veía él, delicada y frágil, no comprendía como podía gustar a los hombres. ¡La suya en cambio! Y contemplaba con amorosa embriaguez la fuerte armazón de ella, morena y brava, como una hija del sol. Los brazos robustos, reventones los pechos, ámplias las

caderas, hechas para engendrar hijos fuertes, sólidos, como aquellos canchos del río.

Pero no se sentía feliz del todo; porque estaba celoso; extrañamiento celoso, de todos aquellos señoritos del pueblo que se comían a su mujer con los ojos, riéndose a Dios sabía qué injuriantes comentarios a la belleza de su mujer. Pero quería disimular su disgusto, ante todo el mundo, ante ella sobre todo, para quien fuese una ofensa gravísima pensar siquiera que pudiese ser infiel ni aún de pensamiento. Para vencer sus absurdos celos, hasta quiso gastar una broma:

—Mira, Cinta, cómo están locos por tí...

Y Cinta, su idolatrada Cinta, lo miró un poco extrañada y contestó displicente:

—Anda, bobo, que ni si fuésemos novios todavía...

Sin podérselo explicar, Marcos se resintió de su mujer. ¡Novios! ¿Acaso no era mejor que así lo fuesen siempre, aún cuando encaneciesen sus cabellos, y cruzasen sus caras hondas arrugas, y se doblasen sus cuerpos, como troncos vencidos? Tan lleno sentíase él de aquel cariño por Cinta, que aunque se uniesen todos los deseos de todos aquellos hombres, no llegaran ni a la mitad de su santa, loca adoración. ¡Deseos de los otros hombres! Ahora se le ocurrió que podía ser que realmente la deseasen los otros, como los machos desean a las hembras, y eran una corroboración clarísima aquellos ojos que hoy notaba extrañamente brillantes, como ojos de gato en acecho en la oscuridad. No podía explicárselo él. Pero ahora antojábasele muerta toda su alegría de momentos antes y sentía además subírsele a la garganta en oleadas amargas desconocida ponzoña de celos y de rabia con-

tra sí mismo, contra ella, contra todo el mundo. Ahora quería cogerla en sus brazos—los palpó para convencerse de la dureza de hierro de sus músculos—y llevársela a través de las sombras, cuesta arriba, hacia la casita aquella de nipa, enclavada en lo alto del palayal, nido soledoso y santo de sus santos amores...

Despertó de su locura, porque un rasgueo gimiente de guitarra preludiaba un canto. Fué un *kundiman*, sencillo y sentimental, en un chorro de ayes y sentires. Se le antojó que eran rumores de selva, de corriente, de voces como aquellas que en la soledad del camino a través de los breñales acompañaban su ojeo en las noches de caza, en lo alto de la montaña; o como aquellas que en las tardes lluviosas gemían agonizantes en las entrañas de la selva espesa. Le pareció un sacrilegio que, al finalizar el canto, aplaudiesen los otros, con bárbara resonancia, cuando sólo un silencio hondo y santo debía rubricar la melancolía infinita de la tonada.

La aparición de Tasio le fué dolorosa. El recuerdo del encuentro de la mañana revivió su odio. Cuando se le acercó, con su mirar zaino y gesto de burla, tuvo que contenerse.

—Ha habido cantos al parecer, ¿eh? Ya me lo decía yo... Inday habrá sido...

Miraba ahora a Inday, con descaro montaraz. Luego se volvió a Cinta y le disparó la pregunta.

—Oye, y ¿por qué no cantas? Debieran saber esos del pueblo que aquí también tenemos cantoras...

Marcos saltó, impulsivo:

—Y a tí, ¿qué te importa eso?

Tasio le miró de hito en hito. Luego, pausadamente, fríamente, replicó:

—Y a tí ¿qué te importa eso tampoco?

Estaba prendida la chispa que debía iniciar el incendio de odios contenidos por largo tiempo. Estaba el pretexto para justificar el choque a muerte, porque Marcos, con sus celos, y él, Tasio, con su ejecutoria de valiente, si alguna vez llegaban al choque, tenían que hacerlo a muerte por fuerza. Sólo que Cinta se interpuso.

—No seáis tontos. Llamáis la atención...

Era verdad. La gente se había fijado en el incidente y comentaba a gusto. Marcos no podía oir los comentarios, que adivinaba injuriantes, y violento, se volvió a su mujer.

—Cinta, vamos a casa...

Se fueron; él, delante de ella, cabizbajo, en una sorda explosión de ira. Tasio permaneció clavado, mirándolos partir, con su eterno gesto de burla. Después, murmuró:

—¡Estúpido!

Ahora, olvidado el incidente, bailaban la "cariñosa", cuatro chicas del pueblo. Era una historia de amor, relatada en movimientos rítmicos, con sus alternativas de fe ciega, de celos, de disgustos y reconciliaciones. Las danzarinas ponían el alma entera en las evoluciones, ganosas de impresionar a aquella sencilla gente lugareña, que miraba embobada. La luna era, en lo alto del cielo, una inmensa hostia santa. Del fondo del barrio, subía el hondo silencio de las noches tranquilas...

III

Era una gloria el palayal. Las lluvias se habían sucedido regularmente, en cantidades justas para que

sirviesen de savia fecundamiento. Brotaban las primeras espigas sólicas, erectas. Después de la brega de la marcos dejaba errar su vista desde la ventanillasita enclavada en lo alto. Cuesta abajo erao lo había soñado, una alfombra de esmeralda de rojas gumamelas en los bordes del cos peñascos enormes del río surgían ahoranensas rosas blancas. Algunas aves de pasosarse a picotear, pero Marcos las ahuyentaradas. Dentro de algunos meses maduraríanıs y bien se echaba de ver que serían un filóni la bendición del cielo no abandonaba aquel

Acontecía sin embarobre la dicha del pobre labrador se cernían en vez, como chubascos inesperados, somldesaliento. Ni él mismo se lo explicaba; pfondo de aquellas penas adivinaba la siluetde la duda. Muchas veces, cuando su hij a sus rodillas esparrancándose débilmente caer al suelo, se negaban sus brazos a cogantarlo como solía, a la altura de la cabeza rle violentamente, con ruidosas carcajadas. chiquillo quedaba muchas veces abandonadooco de rabia y de celos, Marcos se marchaba, hacia cualquier sitio, con una sed de destie lo hacía injusto hasta con su carabao, pacerte. Pasaba por alternativas de cariño y oı mujer. Algunas veces la hablaba como un:

—Cinta, ¡Oh Cinta!..

La acariciaba con locan; jugaba con sus cabellos, la cogía entre sus la alzaba en vilo, orgulloso de su fuerza dera entonces maravilla que sus manazas calbnvirtiesen en ma-

nos de seda capaces de manejar sin quebrarla la más frágil porcelana. Pero otras veces la increpaba duramente, sin ninguna razón.

—¡Holgazana!... Vete allá abajo, a limpiar el palayal...

No importaba que estallase en incendios el sol. La pobre Cinta tenía que bajar para ir desbrozando los surcos de uno en uno. Volvía jadeante, con los cabellos caídos a la frente, como corona de espinas. Y entonces arrepentido de su crueldad, salíale al encuentro Marcos, la subía en brazos a la casita, y allí se deshacía en mimos y arrepentimientos:

—Loco, soy un loco, Cinta. Pero es que te amo tanto, tanto que no sé lo que me hago...

Se acurrucaba a sus piés, como un chiquillo necesitado de calor. Cogía sus manos y las ponía sobre su cabeza.

—Así Cinta, así, como mi madre. Y sélo tú, porque muerta ella, solo te tengo a tí para quererme, como me ha querido la pobre...

De repente, se ponía serio con una expresión de tragedia en sus ojos. Entonces alzaba la voz temblorosa y apretaba el puño.

—Pero si alguna vez me engañases, Cinta, te mataría, a tí y a tu amante, como se mata a un perro...

Cinta temblaba entonces. Porque en sus ojos y en sus palabras latía la decisión fuerte del bruto que hunde su cuchillo sin pensar en nada. Y se alejaba de él, instintivamente, ante la posibilidad de que aquellas manos que la acariciaban se convirtiesen de repente en dogales a su garganta.

Una tarde, Marcos volvió a su casa con el ceño fruncido. Al mediodía, mientras descansaba a la

sombra de un árbol, un amigo había charlado con él. Hablaban de cosas indiferentes, hasta que con rápida decisión, el otro le disparó:

—Tengo que decírtelo, Marcos. Tu mujer te engaña...

No sabía él como no saltó sobre el amigo, para ahogarlo. Acaso era el afan de saberlo todo, el nombre del infame, la historia entera de aquella infamia. Y el amigo se lo dijo todo, claramente.

—Es Tasio, y todo el mundo lo sabe. Esa infamia lleva un año de vida y es cosa sabida que tu chiquillo...

—¿Qué ¿Qué?...

Había él rugido como fiera herida.

Y cayó sobre él, como un trueno, la revelación que esperaba y no quería oir:

—¡No es tuyo!

IV

Estaba hecho el convenio. Claro, el amigo, avisaría así que se presentase ocasión de sorprender a los culpables. Esta misma tarde, meses después, el amigo daba cuenta de su misión:

—Ayer, apenas amanecido, los ví a los dos cruzar el río. Los perseguí, arrastrándome como una serpiente entre los herbazales. Así estuve durante media hora, hasta que al llegar a la bifurcación del camino, allá, bajo las cañas, se separaron...

Marcos los veía con sus ojos inyectados de sangre, tal que si los tuviese delante. Cogidos de las manos, en los parajes ocultos, entre los altos cogonales; a distancia prudente, cuando en los claros podía haber ojos que acechasen; y luego, ya para separarse,

Tasio miraba a todas direcciones, para convencerse de su absoluta soledad y se inclinaba luego rápidamente, para poner su último beso sobre los labios de la infame...

—Por la tarde,—prosiguió Claro—volvieron juntos, iniciada ya la noche. A diez pasos de esta misma casa, se dieron el último abrazo...

Por dolorosa coincidencia se iniciaba esta tarde la siega. Con la proximidad de la noche, los segadores se afanaban en su tarea. Las bromas, los cantos habían cesado como por milagro, para no desperdiciar ni un momento de los pocos que aún quedaban. Abundante era la cosecha, como se había previsto. Las espigas, reventonas, rubias, se doblaban bajo su propio peso y era de gloriarse en el intensísimo perfume que despedían. Sólo de vez en vez, un mozo alegre y enamorado interrumpía su trabajo, para susurrar a la moza del lado:

—La boda será para cuando tenga un palayal así...

O si no:

—¿Ves esta espiga dorada? ¡Así estás de hermosa, tú!

La aludida se sonrojaba, bajo el pañuelo a cuadros, anudada a la frente. Pero bien se echaba de ver en el fondo de aquel sonrojo la dulcísima ventura en que se anegaba la muy felíz...

Y había una santa envidia en todos por aquel afortunado Marcos que, más que ninguno, podía estar orgulloso de aquella recompensa a sus afanes. El bautizo de que se había estado hablando tanto tiempo sería sin duda alguna el más rumboso de cuantos se habían celebrado hasta entonces. Con toda seguridad, sería invitado todo el pueblo. Hasta se susurra-

ba que el mismo Diputado por el distrito sería el padrino, el cual, por estar cerca las elecciones, contribuiría con esplendidez al éxito de la fiesta. Podía prometerse pues un día más alegre que el mismo día de la fiesta del barrio.

Sólo Marcos no pensaba en aquel bautizo. Sólo Marcos tenía el ceño fruncido en esta tarde gloriosa, como si todos sus trabajos para convertir aquel campo en el más hermoso del lugar, hubiesen atraido la maldición del cielo. Mientras los segadores forjaban castillos en el aire con la parte que esperaban recoger de la cosecha, él pensaba en la tragedia que se avecinaba.

—Sí, Claro—decía a su amigo—sólo una prueba clara, vista con mis propios ojos. Luego, vendrá lo que tú ya sabes...

Ello era lo que una tarde había dicho a su mujer:

—Si alguna vez me engañases Cinta, os mataría, a tí y a tu amante, como se mata a un perro...

Claro era buen amigo; la ofensa considerábala suya también, y con toda seguridad, lo avisaría a él cuando pudiese sorprender a los culpables. El mismo lo había asegurado:

—No tengas cuidado, Marcos. Te avisaré cuando sea tiempo.

La tarde avanzaba. Desde abajo se veía la casita enclavada en lo alto como un atrevido bajorrelieve sobre el fondo rojizo del cielo que incendiaba el sol al morir...

V

Laorme alegría en aquellos últimos meses la scos cuando, una mañana, Claro le dijo, con cidón:

—ie será. Se han citado en el cerro al anoche

Macía el sitio. Era una casita abandonada, del río. Aislada del resto del barrio, ningun por sus cercanías, después de ponerse el sía por tanto seguro abrigo a culpables an allí sería. Se arrastraría por entre los cognque tuviese que dejar pedazos de su piel enarzas y espinas. No pensaba en el dolor; sólo en el magnífico instante en que su pacira de meses y meses encontraría recompen

Pel día dedicado a una tarea: afilar su bolo. o largo, de hoja brava, como había comprondo, sin resentirse, los troncos más añosos,la montaña. Comprobaba cómo iba adquirio, a medida que lo afilaba. Podía confiarabíalo siempre acompañado, así para cortar ndo levantó su casita, como para segar planas en su palayal. Un día, yendo de caza, stera partió en dos una serpiente larga comco de un bojo. Ahora sabría partir en dos otra serpiente más venenosa todavía...

Yala tarde, Cinta le dijo:

—ś ir al mercado para comprar pesca-

do. Mañana vendrá más gente y no tendrán qué comer...

Marcos sintió una conmoción. Allí estaba la infame, preparando su crimen, bajo cualquier pretexto. Iría al mercado probablemente, para comprar cualquier cosa con que justificar su ausencia. Después, a la vuelta, iría a encontrar a su amante en el cerro, para pasar con él horas de amor. Tuvo deseos de cogerla allí mismo, arrastrarla como un guiñapo y despedazarla a bolazos. Pero se contuvo. Hubiese sido aquello sin razón aparente y luego, él, el otro, el más infame de los dos infames se escaparía. Mejor era esperar; sorprender a los dos, y matarlos de un solo tajo, mientras cometían el pecado.

—Si, vete y de paso, cómprame algunos cigarrillos.

Tuvo bastante serenidad para que no se delatase en su voz la ira infinita que le mordía las entrañas. Pero no se atrevió a mirarla cara a cara, temeroso de que fulgurase en sus ojos el incendio de su alma...

Se marchó Cinta, con un cesto bajo del brazo. Marcos la miró partir, pensando en que dentro de algunas horas aquel cuerpo bravío y fuerte caería tronchado. Tuvo lástima de ella, de él mismo, del derrumbamiento de toda su felicidad mentida, de aquel final de un amor que había sabido de la gloria en unos días inolvidables. Tuvo lástima sobre todo, de su hijo, de su casita aquella, que parecía ahora más hermosa, más jirón de cielo caido sobre aquella altura para encanto de sus ojos y de su vida. Pero se rehizo. Aquel cuerpo que creía tan suyo, había sido, era aún, sería de otro, dentro de pocos instantes. Toda su fe jurada se mancillaría por Dios sabía qué vez aque-

lla noche. Aquellos labios gruesos y rojos verterían en boca que no era suya todos sus tesoros de ventura...

Al empezar a anochecer, Claro vino, como buen amigo, a recordarle la hora.

—Marcos, vete...

—Sí, voy...

Nada más. Extrañamente tranquilo, Marcos se prendió el bolo a la cintura. Luego abrazó a Claro.

—Si algo me ocurre, cuida del chiquillo. De nada es culpable, el pobre...

Claro le cogió la mano, sin responder. Fué una promesa; fué una juramento. Marcos lo comprendió, pues se volvió y le dijo en voz baja:

—Que Dios te lo pague...

Traspuesto el río, Marcos se internó en el cogonal, desviándose del sendero. Era espeso el cogonal, y las hojas, afiladas, finas como estilete, le azotaban, hiriéndolo, el rostro. En la maraña se quedaban presos a veces los pies pero los libraba de una violenta sacudida. Ya en el corazón del cogonal, quiso probar su bolo. Lo esgrimió con fuerza contra un haz, y la planta, partida, cayó silbando a sus pies. Se sonrió satisfecho. La hoja de su bolo, que ahora tenía reflejos siniestros, cercenaría sin esfuerzo el cuello de un hombre...

Le dió un vuelco el corazón, y tuvo que comprimírselo, temeroso de que estallase. A algunos pasos se levantaba la casita abandonada, como una sombra siniestra en las sombras de la noche. Faltaban dos de los cuatro peldaños de la escalera de caña, y la puerta, cerrada, caería de un puntapié. Por las rendijas del tabique de *sawale* se filtraban débiles haces

de luz parpadeante. Un pono de guayaba daba exactamente a una ventana entreabierta, a una distancia que podía salvarse de un salto. Marcos se arrastró como una serpiente, sin hacer ni el más ligero ruido, con el bolo cogido con fuerza, pronto a descargar un golpe. Ya frente a la casa, tuvo impulso de echar abajo la puerta de una sacudida y saltar luego sobre los culpables. Pero lo pensó mejor. Se subió a la guayaba, enroscándose a su tronco. Luego miró hacia dentro...

Una nube de sangre le nubló los ojos. Al venir, palpitaba en su alma una muy vaga esperanza de que se engañaba, de que su mujer era una santa y buena como la había creido cuando, al pie del altar, juró ser para siempre suya. Y he aquí que la esperanza se desvanecía completamente, porque allí mismo, a dos pasos de él, la veía con sus propios ojos, tal como era, perjura y traidora e infame, con aquel infame que manchaba su honor. Salvó la distancia de un salto, sin saber lo que hacía, y blandió su bolo. Fué un solo golpe en el que se concentraron todas las fuerzas del hombre acostumbrado a echar abajo troncos de molave. Fué un solo golpe dado a ciegas, que se hundió en el cuello del traidor, con la misma facilidad con que se hubiese hundido en un montón de tierra floja. No hubo ni un solo grito, porque paralizada Cinta de miedo y espanto, no sintió que aquel golpe había hecho saltar también completamente cercenados cuatro dedos de su mano derecha, con que tenía aprisionado, en prisión de amor, el cuello de su amante. Cinta sólo pudo dar un salto, como jamás pensó pudiese dar. Pretendió escapar luego por la ventana, pero otro tajo la cogió de través, partiéndole la frente en

canal. Tampoco sintió dolor, pero sí unas ansias inmensas de correr, de volar para huir de la muerte que la cercaba. No supo cómo lo hizo; pero de pronto se vió en el seno de la noche, corriendo como el viento, con los vestidos hechos jirones, sangrando por todo su cuerpo, con la vida escapándose por las puertas de sus heridas...

EXCELSA

I

—¿IRÍA? ¿No iría?

Llevaba dos días preguntándose lo mismo el pobre Vicente Santa María, y ya iba siendo aquello una obsesión. La carta, plegada en infinitas dobleces por tanta repetida lectura, temblaba otra vez en sus manos, inquisidora, apremiante. ¡Extraño poder de atracción tenía aquel pedazo de papel ordinario en el que una mano vacilante había trazado un par de líneas! Y ¡horrible el enigma que envolvía para quien se encontraba en la difícil situación de no saber si huir de un cariño muerto o fingirlo resucitado ante una mujer que se moría!

—Vamos, Gil, ¿qué me aconsejas? Yo ya no puedo más... Por todas partes me persiguen esas preguntas: ¿voy? ¿no voy?

Gil Montenegro, amigo de muchos años, tomó la carta. El papel era basto, cogido al azar probablemente en el apremio de la necesidad urgente y surcábanlo por todas partes, como venas, las rayas negras que habían dejado las dobleces. Picábalo la curiosidad por saber qué era esta nueva hazaña del hombre que se dedicaba al *sport* del amor, como otros se dedican al *tennis*, al *bowling*, al ajedrez...

—Me tiene intrigado sobre manera esa carta,—continuó Vicente.—La llevo conmigo desde que la recibí, antes de ayer. La tomé a broma, primero, pero por ignoro qué razones fué adquiriendo influjo hasta

convertirse en lo que hoy es para mí: un grave caso de conciencia.

Gil leyó la carta en un abrir y cerrar de ojos. ¡Bah! Poca cosa, en verdad, para quitarle el sueño al amigo que, en una elegante *non curanza,* había dejado trás de sus conquistas amorosas una larga estela de lágrimas y recriminiciones. ¿Para qué se iba a preocupar por la carta de una histérica que desde un lecho del hospital lo llamaba para que "fuese testigo de sus últimas horas"? Hasta había que dudar de si estaba realmente en trance de muerte la mujer aquella que se ocultaba bajo la inicial L. con que firmaba la carta. Sería, con toda probabilidad, la burda añagaza de una novia abandonada que veía en una enfermedad de poca monta ocasión para reanudar unas relaciones olvidadas.

—No vayas, Vicente,—aconsejó, al fin, Montenegro—A tu edad, y con tu historial de amores, sería triste, sería ridículo desempeñar el papel de protagonista en una novela sentimental que, escrita en forma de libro, tendría que venderse por entregas.

Definitiva la decisión, ahora, merced al consejo del amigo. Ya no iría. Que se pudriese en el hospital aquella L. (Lucía) de quien conservaba el recuerdo de un noviazgo un poco pegajoso, con muchos besos y con muchas riñas. Luego, un hospital con su olor nauseabundo de medicinas y antisépticos, con su lúgubre espectáculo de lisiados y enfermos no encajaba a sus caprichos de hombre limpio que, cuando se bañaba, tenía que volcar antes en la tina un frasco de agua de colonia...

II

Y, sin embargo, Vicente fué al hospital, apremiado por un poco de piedad que le mordía la conciencia. ¿A qué negar a una infeliz que podía estar muriéndose el único ensueño que esperaba en este mundo? A un condenado a muerte, siempre se le concede la última gracia que pide. Y no, no era ficticia, ni de poca monta la enfermedad. Un tumor canceroso en el estómago, avanzadísimo, que había reventado por razones que ignoraban los mismos médicos e iba llevando a todas las reconditeces del cuerpo, por la red de puentes de las venas, la muerte, una muerta lenta, de continua, dolorosa agonía, en un como sistemático asalto a todos los reductos a que se plegaba, defendiéndose tenaz, la vida...

Vicente encontró a Lucia hundida en el lecho, inmóvil bajo el embozo de unas sábanas blanquísimas. Una mano amiga había colocado a la cabecera un rosario de sampaguitas. Sobre una consola de cristal, un puñado de rosas parecía querer escaparse del estrecho cuello del florero en demanda de aire y luz. Una *nurse*, toda blanca desde la cofia almidonanda que le ceñía, como una corona, la cabeza, hasta los zapatos de lona, sin tacón, le impuso silencio, con un gesto mientras le ofrecía una silla.

—¿Duerme?—se atrevió él a preguntar.

—Le acaban de administrar una dosis de morfina. Es la única forma de hacerla olvidar a la pobre sus dolores—susurró la "nurse".

Vicente tuvo que reprocharse de pronto un mal pensamiento. ¡Hasta esta alcoba donde rondaba la muerte y a donde había acudido por imperativos de

la piedad, llevaba su donjuanismo descarado y sin escrúpulos! Porque comprobó que más que en la enferma, se habían fijado sus ojos en esta enfermera blanquísima, esbeltísima en su uniforme albo, ceñido al busto que emergía en un triunfo de gallardas proporciones. Bello además el rostro, un poco moreno, con sus ojos brillantes bajo el doble arco de las cejas, con la nariz chatilla, expresiva sin embargo, y sobre todo, con su boca breve, de labios rojos, gruesos, que marcaban, al hablar, el contorno de un corazón...

Se irguió el Remordimiento en su conciencia y tuvo que desviar los ojos de la *nurse*. Al hospital había venido no a esto tan cruel de llevar a la vera de la misma enamorada enferma sus infidelidades. Si aquella Lucía tenía contados los días de su vida, que al menos se llevase prendida a su alma la divina ilusión de haber recobrado, al morir, un cariño desde mucho antes muerto. A él, Vicente, nada le costaba añadir a la larga serie de mentiras de su vida la mentira piadosa de hacérsele creer que, nuevo hijo pródigo del Amor, volvía...

Pero, ¡qué diablescamente bella esta *nurse*, que se iba de un lado a otro, ágil, escurridiza, también perfumada, con un perfume que no era de esencias de flor, sino de cuerpo de mujer, sano, limpio, fresco!...

III

Lucía sintió un renacimiento de su fe en la vida. Hasta olvidó, en la nueva felicidad que le inundaba el alma, los horribles dolores que desgarraban sus entrañas. Todas las tardes y casi a la misma hora—

la hora sentimental del tramonto—se despertaba del falso sueño que traía la morfina para encontrarse con la realización del sueño de ver a su lado al amado. Lucía apenas hablaba entonces. Bastábale idolatrar al ingrato con la muda elocuencia del alma que se asomaba a los ojos, deshecha en las perlas de sus lágrimas...

La primera tarde que apareció Vicente, le había dicho:

—Ya ves, Lucía, he venido...

Estaba llena de resentimientos la mujer. Hasta había habido momentos en que llegó a creer que no le sería ya posible perdonar al amado su abandono. Pero bastó su presencia, bastaron las breves palabras aquellas para que sólo se quedase en su alma la impresión de la dulcísima realidad presente de tenerlo cerca de sí.

Así, todas las tardes, a la hora sentimental del tramonto, Lucía veía a Vicente a su lado.

Pero también todas las tardes, Vicente venía antes de la hora sentimental. Y mientras la morfina ejercía su acción en la enferma, el asiduo visitante se dirigía a la terraza en que remataba el pasillo de los cuartos de pago, en uno de los cuales se encontraba Lucía. Y a esta terraza, por cualquier pretexto, Vicente atraía a la bellísima *nurse*, a ella presentado ya por un amigo común de los dos.

Solían hablar de cosas diferentes. De flores, de músicas, de bailes. El hombre, ducho en la materia, llevaba a veces la conversación al terreno de la caridad y llamaba excelsas a las que se dedicaban a cuidar enfermos. Excelsas ellas, las enfermeras, excelsa por sobre toda ponderación, por sobre todas ellas, ella, que malograba los años áureos de su juventud,

encerrada entre cuatro paredes, igual que una monja, más que una monja todavía, porque en vez de rosarios y devocionarios, manejaban sus manos pinzas y vendajes...

—Y pensar—precisó un día Vicente—que en vez del cuadro de porquerías y enfermedades de este hospital, hay quien sabría, con sólo abrirle de par en par su corazón, mostrar a sus ojos el milagro de un paisaje de mimos y adoraciones...

—Oh, ¡cállese usted, cállese!—protestó roja de rubor, la *nurse.*—Cállese por piedad... Ahora mismo va a despertar Lucía, *su* Lucía...

Y huyó ágil, escurridiza, perfumada...

IV

Pronto se dió cuenta Vicente de que la *nurse,* le huía. Ya no venía, como otras tardes, a la terraza a hacerle el regalo de su presencia y de su conversación. Sólo la vislumbraba de tarde en tarde como fugaz aparición, cuando, por imposiciones del oficio, iba al cuarto de la enferma a administrarle medicinas. Y ¡cómo hablarla en esas ocasiones, con Lucía bien despierta, con esta enferma de amor siguiéndole todos los movimientos! ¡Cómo arrojar a la pobre mendicante de cariño el insulto de una nueva pasión florecida delante de sus propios ojos, durante estos pocos días que restaban de su vida!

Porque Lucía se agravaba. Así se lo había dicho el médico y así lo comprobaba él mismo, en las cada vez más demacradas facciones, en la creciente debilidad que un día le atenazaba los pies, y otro no

la permitía ni levantar siquiera los brazos del embozo. ¡Y a esta agonizante estaba él atado, ridículo protagonista de una novela sentimental, como había dicho su amigo Gil, buena para venderse por entregas! Entonces se dió cuenta de que si fué piedad la que lo trajo al hospital una tarde, ya no era piedad la que lo obligaba a volver todas las tardes, sino otra cosa, esta *nurse* esquiva y huraña, que por huraña y esquiva había sabido trocar en amor irresistible, aquello que al principio tomara él por pasión de momento!

Y no le quedaba ni el remedio de dejar de venir al hospital. Lucía le había suplicado:

—No te marches ya, Vicente, por favor. Ahora que te he recobrado sería horrible volver a perderte.

No había tenido valor para negarse. Quedábale todavía un jirón de conciencia y comprendía que alejarse hubiese precipitado el fin de la enferma.

Su liberación ahora dependía—horrible pensamiento que lo asustó—de la muerte de Lucia. Y en cuanto ella muriese, ¡con qué satisfacción huiría él a su vez de este lugar donde había gustado el acíbar del primer fracaso!

Y una tarde pensaba en esto, dormida todavía Lucía, cuando la mampara del cuarto giró y entre sus batientes apareció, toda blanca como siempre, la *nurse*, con un termómetro en la mano.

Ahora era la ocasión. Tendría ella que estar por lo menos cinco minutos en el cuarto para esperar que se marcase en el instrumento de cristal el grado de la fiebre. Entretanto...

Sólo que ella leyó su pensamiento y retrocedió, en instintivo movimiento de fuga. Los batientes, li-

bres ya de sus manos, giraron como riando. Pero se volvieron a parar, ahora aprpor las manos de Vicente que, por rápido ina ya en persecución de la fugitiva...

Imposible la fuga ya, en estas ciias, sin llamar la atención de las otras enfeıe iban cruzando el pasillo. Así lo comprenue optó por fingir indiferencia y dirigirse a l ¡Después de todo, qué más daba que me(las necesarias explicaciones!

Y Vicente, que venía encendida, sólo tuvo una pregunta que envolvía un aproche:

—¿Por qué huye usted de mí?

Y ante el silencio embarazado ontinuó:

—Si le es pesada mi presencia ıaré, lejos... Pero, por Dios, dígamelo claııe todo es preferible a esta horrible situaciór

—¡Oh, no, no, no!—protestó cal alma la mujer—No es eso, sino que...

—¿Qué? ¿qué, por Dios?

Y como volviese a callar la nente siguió hablando calurosamente:

—Bien sabe usted, bien sabes trigió— que desde la tarde aquella en que noor primera vez, he vivido de la ilusión deese ser mío algún día tu cariño. Yo lo necesinsío...

—Pero ella, Lucía...

—La muerte la reclama y a nos recla- ma... la Vida.

Hubo una transfiguración en laSu voz se hizo severa:

—No tenemos el derecho de enıs últimas horas de una moribunda, Vicenérdate,

acuérdese—se corrigió—de sus propias palabras: es excelsa por sobre toda ponderación la mujer que se dedica a cuidar enfermos...

Y tras de una pausa, añadió todavía:

—Y ¡más excelsa es la mujer que sabe respetar la ilusión de otra mujer!...

¡Excelsa!... ¡Sí, divinamente excelsa, esta *nurse* cuya inmensa piedad no sólo se cuidaba de cuerpos enfermos, sino también de almas necesitadas de amor! ¡Excelsa, esta mujer, que entregaba íntegra a otra mujer la felicidad que debía ser suya ya, por derecho de su belleza y de su juventud y por el derecho que le daba la loca adoración en que la tenía Vicente!

Y Vicente, desilusionado, vencido, preguntó:

—Y ¿mi amor? Y ¿nuestro amor?

Era el suyo el grito de una pobre alma que se encuentra por primera vez frente a frente con el Amor, el verdadero, el dardo divino que abre en los corazones eternas heridas.

Y era también el grito del que ya no espera nada...

Gimió todavía:

—¿Qué haré con este cariño mío que es ya mi vida?

Y ¡ante la mente de la santa mujer se puso de relieve toda la magnitud de su sacrificio, puesto que también toda su alma se preguntaba qué haría con la herida que había en ella abierto el dardo divino, herida que con este renunciamiento acaso sería una herida de muerte!

¡Que lo fuese! Así apuraba de una vez hasta

las heces el martirio, fiel al lema de caridad—para los cuerpos y para las almas—que se había impuesto.

Pero otra *nurse*, que llegó corriendo, en susto, a reunírseles en la terraza, trajo la solución que acaso el dios del Amor, piadoso, había preparado:

—¡Lucía, la pobre Lucía está muerta!...

Ya no se hablaron Vicente y la Excelsa. Sus ojos se fundieron en una mirada indefinible en la que palpitaba la promesa de un nuevo porvenir, mientras sus almas, pasadas por el crisol del dolor, elevaban al cielo una plegaria por la pobre mujer que, al morir, les daba a los dos la Vida.

ANDIDATO

I

CON vantil, Guillermo Sandoval contempló suue la luna del aparador copiaba por entero ;ulcra, de líneas rítmicas. Sabíase buen mozous momentos de inofensivo narcisimo, lo ıpedía que tuviese una clara inteligencia ›ezase a obtener éxitos en su carrera de a .

Y, sin a Guillermo Sandoval parecíale casi una ;retensión de su loca fantasía el pensar siq por espontáneo y unánime voto, había sido candidato oficial del bando que desde tiemorial imponía y quitaba representantes en ¿Qué sobresalientes méritos tenía él, conicinco años apenas vividos, frente a tanto pcal afianzado por largas y fecundas ejecu Con todo, era una realidad, palpable ya, puesto que todavía olía la habitación al ;antos *coronas* fumados. Todavía parecía poirse el ampio gesto, a la vez protector y a:, con que el bueno de su viejo colega, don habíale disparado la absurda noticia:

—Narmo. Nosotros, ante nosotros y por nosot3 decidido escogerlo para que nos representróximos comicios... Nosotros...

Y do, líder formidable merced a sus treinta aidico en la provincia, había cogido

al vuelo la frase y completádola con su poderosa voz de bajo:

—Eso es, nosotros vemos en usted al que ostentará con gloria nuestra representación en el Salón de Mármol.

Con don Gonzalo y don Melitón estaban las otras notabilidades locales, el farmacéutico, el maestro principal, un curandero pueblerino, lenguaraz y maldiciente, un señor de puñal y adarga, tipo superviviente de la andante caballería local, licencioso y camorrista, y otros que formaban la flor y nata de la caciquería de barrio.

La voz meliflua del curandero había añadido, además:

—Los pobres estaremos de su lado... es usted generoso... lo conocemos... Sabemos que, aún en el poder, se acordará usted de sus amigos...

Ya todo lo demás, después de aquello, había parecido un sueño a Sandoval. Ni siquiera se acordaba de cómo les contestó. Acaso con la lengua trabada, puesto que aquella borrachera de gloria, más fuerte que la del vino, lo trastornaba por completo. Y había aceptado con entusiasmo, con cierta sensación de deslumbramiento en todo su cuerpo y en toda su alma, tal que si la visión del futuro le penetrase por todos los poros.

Se fumaron *coronas*, costeados naturalmente por él y se debió copiosamente. Así, la habitación, en esta hora del recuento de gloriosos recuerdos, olía a humo y olía a vino. Resentíase un poco su estómago, aquel estómago que había sido siempre su martirio, pero, ¿qué importaba tan pequeño contratiempo? No es dable exigir que esté todo pavimentado de rosas el camino de la Gloria...

II

Y se lo comunicó a su Marieta del alma, la fiel compañera en todas sus luchas y en todos sus triunfos, bendita mujer que tenía por razón única de vida la loca adoración con que quería a su Imóng. Su voz, al describir el cuadro del porvenir, tenía ese ligero temblor que imprime a la garganta la visión de inesperadas grandezas...

—Verás... viviremos en Manila, en una casa mejor que ésta como compete a mi alta jerarquía. Nos haremos de un automóvil, y en los días en que no haya sesión, pasearemos por las avenidas de la capital nuestra dicha. Asistiremos a lás grandes recepciones y de cuando en vez, daremos también las nuestras... Un político, ya sabes, tiene que conservar buenas amistades, crear buena imprisión, agasajar a los mangoneadores de la situación... Luego...

—Y, ¿si sales vencido?

La interrupción, súbita e inesperada, cortó de golpe el galope de la imaginación de Guillermo. ¿Vencido? Nunca había pensado en semejante contingencia. No se le escapaba que en toda lucha hay quien sale vencedor y hay quien sale vencido. Pero en su inmenso optimismo, Guillermo no era capaz de pensar en la amargura de una derrota. Así, con una sonrisa de seguridad, replicó:

—¡Bah! ¡Imposible!... Con don Gonzalo, con todos esos líderes que tienen en el puño al electorado, ¿quién sale vencido?

Marieta abatió su frente. Era una crueldad volcar sobre la roja llama del entusiasmo de su marido

la frialdad de una duda. Puesto que lo quería su ídolo, a seguir adelante. Ella estaría con él hasta el final, como siempre, como era su deber, ante Dios y ante los hombres...

Aunque, alma adentro, ella se sentía triste, con una infinita tristeza. ¡Aquella casita de amor, tan limpia y tan mona! ¡Aquel jardincito de sus cariños y de sus cuidados, con sus enormes rosas, con sus jarrones de extraños dibujos, con sus brotes de violetas y begonias! ¡Sólo Dios podía adivinar qué pies impiadosos profanarían la santidad de aquellos lugares, levantados por el Amor, cuando las exigencias de la lucha hiciesen necesarias toda condescencia y toda transigencia!

III

Guillermo volvía de los mitines con la garganta dolorida y el cuerpo destrozado. No estaba hecho para aquellas correrías por los barrios, con sus caminos intransitables, a veces a pleno sol y a plena lluvia a veces. El contacto de las masas, sucias, malolientes, a las que había que estrechar la mano y repartir sonrisas, ofendía sus gustos de hombre pulcro. En los principios, habíalo cautivado la novedad de todo aquello, y cuando, al calor de prolongados aplausos, se levantaba para dirigir la palabra a las muchedumbres, tenía trasportes de tribuno. Pero después, a fuerza de repetir las mismas ideas y los mismos conceptos y casi las mismas expresiones, llegó a pensar que no hacía más que recitar lecciones aprendidas, tal que en sus días de estudiante.

—Yo me presento, señores, sigiendo la voz del

deber que me llama a la lucha. Conozco que no tengo aptitudes para sobrellevar las responsabilidades que entraña el cargo, pero rehuir el mandato del pueblo es una cobardía moral...

Lo decía sin convicción, con ese tono monótono con que se repiten todos los días las oraciones de costumbre. Aparte de que, ¿en qué otra forma iba a hablar a aquella gente? La primera vez que trató de explayarse en un programa de nuevas ideas de gobierno, notó que se iban marchando por grupos los oyentes. Sus mismos compañeros le decían...

—Está bien eso, don Guillermo... pero, ¿qué quiere usted que le digamos...? Esos ignorantes quieren frases, pirotecnia deslumbrante, aunque no las comprendan. Hable usted de sus derechos, de sus vejaciones, de sus miserias...

Otros, más intransigentes, más duchos en la crueldad de las campañas políticas, añadían:

—Y tocarlo un poco al contrincante. Tendrá sus defectos, sus vicios...

Náuseas le causaba a Guillermo todo aquello. Su adversario, una persona respetable, perfectamente inofensiva, y que no le había hecho ningún mal, le merecía, sino otra cosa, consideración siquiera por sus canas. De ahí que él protestara:

—No, no, no... Hay que llevar la lucha al terreno de las ideas. Nada de personalismos, nada de calumnias...

Pero en su interior, Guillermo empezaba a dudar, con cierta rabia contra la lógica de las cosas. ¡Pensar que un cualquiera, sin letras y sin instrucción, salía más aplaudido que él en aquellos mitines, con cuatro frases mal hilvanadas sobre supuestos derechos pisoteados y tiranos sin entrañas!

Y así, un día y otro día, siempre ocupado en sus mitines, siempre zarandeado por sus electores. Se dormía entre personas extrañas y despertaba rodeado de personas extrañas que venían con las más raras exigencias:

—Señor, mi hijo está enfermo, y no tenemos dinero para pagar al médico...

—Señor, mi hermano se ha enzarzado en una riña y lo van a meter en la cárcel...

—Señor, llevo tres años sin pagar mi cédula personal...

Y ¡la pobre casita de sus amores! Ya la infeliz Marieta no podía con su cuerpo, en aquel continuo ajetreo, y quedaba abandonado aquel suelo antes tan lustroso como un cristal. Pero el desfile de personas duraba todo el día y cada cual dejaba, como un recuerdo, alguna suciedad, al abandonar la casa. Salivazos rojos de buyo, cáscaras de plátano, manchas de eructos. Nada se libraba de aquella avalancha de porquería. Se ennegrecían las paredes, los muebles, los pasamanos, las ventanas, los marcos de las puertas. Y ¡el jardincito de sus cariños y cuidados! ¡Sin rosas, con los troncos de sus plantas tronchados, con los jarrones de extraños dibujos hechos añicos! Alguna vez, Guillermo sorprendía en los ojos de su mujer lágrimas furtivas. Algo en ella parecía decirle:

—¿Ves, Guillermo?

Y el mudo reproche se le clavaba en el alma, como un sutil venablo de acero. Verdad es que Marieta pretendía disimular sus penas y disgustos, y hasta hacía esfuerzos por alimentar el fuego de su entusiasmo cuando venía de sus correrías vencido de fatiga, pero, en sus ojos... ¡qué oculta tragedia tal que si dijesen que la pobre esposa quedaba abandonada días

enteros, que pasaba temblando de terror la soledad de aquellas noches de lluvias y de truenos!...

Para consolarla, hablaba de sus perspectivas de triunfo.

—La victoria es segura, Marieta. Ya hemos recorrido todo el distrito y mi candidatura es recibida en todas partes con entusiasmo. Ven en mí a la nueva generación, repleta de ideas modernas, llamada a desempeñar el papel de Mesías en el país. Hasta las masas van comprendiendo la necesidad de inocular en el organismo gubernamental nueva sangre, savia nueva...

Y en estas intimidades de marido a mujer, se les prendía el entusiasmo y renacía la fe en los dos, rosada como una aurora, y los dos se ponían a soñar.:

—Bailes, recepciones, casa fastuosa, automóviles, paseos por las avenidas de la capital, discursos maravillosos en el Salón de Mármol, para orgullo y ejemplo de los constituyentes...

IV

A dos semanas de las elecciones, bullía el pueblo, tal que si estuviese de fiesta. Se poblaban las esquinas de grupos de hombres que discutían las probabilidades de triunfo; se cerraban tarde las tiendas, y en las boticas las tertulias se hacían más animadas. Cruzaban las calles multicolores cartelones y se destacaba sobre las paredes de las casas, en una algarabía de colores, infinidad de pasquines.

Y pícaros y oportunistas hacían su agosto. ¿No se repartían gratuitamente los tabacos y los tragos y se daba comida a todas horas en las casas de los

candidatos? Pues a comer y beber y fumar de lo mejor...

Y el pobre Guillermo, hecho un mar de sonrisas, tendía la mano a la chusma que invadía su casa en busca de alimento a su estómago y a sus vicios. Por el viejo comedor desfilaban diariamente incontables personas venidas de no sabía él donde y que luego se marchaban, sin siquiera dar las gracias, a sólo Dios sabía donde.

Y entretanto, el dinero se escapaba a chorros. Ya varias veces se le había acercado Marieta, quejándose de falta de fondos. Debían haber fallado los cálculos, puesto que todos los ahorros se habían ya agotado, y estaban todavía en lo más culminante de la lucha.

—Pero, ¿y las contribuciones?—inquiría Guillermo.

Marieta se quedaba mirándolo, extrañada.

—¿Qué contribuciones?

—Toma... don Melitón, don Gonzalo, todos esos que me han lanzado...

Nada, no llegaba nada. Don Melitón creía dar bastante con lo que pagaba de su propio peculio a los vehículos en sus correrías; don Gonzalo decía no estar dispuesto a invertir más caudal propio en el bien de otro.

—Pero, ¿qué haremos, qué haremos, Marieta?

Imposible retroceder. El honor estaba comprometido y una retirada en aquellas circunstancias significaba su muerte política. Fué, pues, preciso ir tomando dinero a préstamo y pagar intereses escandalosamente usurarios, y cuando ya no quedaba en el pueblo ningún prestamista, se echó mano de las alhajas, de los terrenos, viejas herencias que se habían ido

transmitiendo de generación en generación como un sagrado legado de padres a hijos...

¡Ya apenas batía sus alas de oro la visión de futuras grandezas!...

V

En la misma víspera de las elecciones, le entregaron a Guillermo un impreso indecente, asquerosamente libeloso. No se atrevió a enseñárselo a su mujer, por no añadir a las torturas de la pobre sufrida la tortura de la malediciencia, y en su despecho, frente a sus líderes más conspicuos, lo leyó sintiendo cómo se le clavaban una a una las palabras.

—"Ese bisoño de Guillermo Sandoval aspira a ser Representante, como si la Cámara tuviese necesidad de biberones. ¿Por qué no pide a su mamá la luna? No sabemos cómo espera triunfar a menos que apele a lo que hizo cuando se sometió a los exámenes para abogado: la trampa, el engaño, el soborno"...

Le interrumpió don Melitón, rojo de ira:

—¿Ha visto usted, Guillermo, ha visto usted? Yo ya se lo decía: nada de escrúpulos con esa gente, nada de floretes con personas que se merecen garrotes de encrucijada. Y ¡usted quería llevar la lucha al terreno de las ideas!...

Guillermo tuvo un acceso de furor.

—Conque, eso, ¿eh? Pues ya verán lo que hago...

Fué preciso que don Melitón hiciese prevalecer toda la autoridad de sus canas. ¿Qué iba a hacer? Segurísima la derrota en cuanto sus adversarios pro-

palasen la noticia de que apelaba a la violencia para conseguir su triunfo.

—Esta noche tiene tiempo para defenderse, Guillermo—lo consoló don Gonzalo.—Habrá un mitin general en la plaza y el que quiera, tiene a su disposición diez minutos para hablar.

En efecto, se había levantado frente a la iglesia, en una amplia plaza empedrada, con cabida para miles de personas, una improvisada tribuna donde a la hora del atardecer se iba a dar inicio a los discursos.

Guillermo se preparó. Era la batallla definitiva, de la que acaso dependía el éxito de la lucha. El pueblo, por el número de sus electores, dominaba todo el distrito, y era cosa admitida que quien se llevase la mayoría en él tenía la victoria asegurada. Aparte de eso, se decía que concurrirían al mitin conspicuos líderes de otros pueblos. Pero en aquellos momentos ya no pensaba Guillermo en su triunfo, en la gloria de un asiento en la Cámara de Representantes. Lo que tenía grabado en su mente, como con hierro candente, era que pluma anónima había pretendido mancillar su honor con lodo. Urgía defenderlo a toda costa, demostrar a aquella gente que no se le podía ofender impunemente.

Al toque del Angelus, varios amigos suyos lo acompañaron al lugar. Una multitud, ávida de emociones y de librarse de la monotonía de sus respectivos hogares, se había congregado en la plaza, y lanzaba al aire de cuando en cuando gritos ensordocedores. Apenas encontraron sitio, desde donde poder oir bien los discursos. Se asfixiaban de calor y tenían que taparse las narices, para huir del olor nauseabundo de vecinos recién llegados de talar los campos, bañados en sudor. Un joven, conocido por sus

fechorías en el pueblo, tenía la palabra y hablaba de tiranías:

—No hemos de ser esclavos para siempre de los mandones que se han hecho millonarios en el poder...

Aplaudía la muchedumbre, entusiasmada. El orador prometía una nueva era de abundancia y de riqueza en cuanto fuesen derrocados los actuales gobernantes, y entonces ya no habría ni ricos ni pobres. La fortuna sonreiría a todos por igual. Guillermo, impaciente, apenas prestaba atención a lo que decían. Frases de costumbre, los mismos gestos de todos los mitines. Las mismas personas aplaudiendo a los mismos oradores por las mismas ideas. No valía la pena. Ya habían desfilado tres oradores y le dijeron que seguiría al que hablaba. Así, Guillermo, empezó a hilvanar en su interior las palabras con que iba a empezar su discurso. De pronto, se irguió atento. Un hombre, con cara de asesino, arengaba a la multitud:

—No os pido que votéis por nadie, pero eso sí, os pido que no os mancilléis, votando por personas que debieran estar pudriéndose en la cárcel, en vez de andar sueltos por esas calles de Dios.

Por el cuerpo de Guillermo serpenteó una corriente de escalofrío. ¿Lo aludían a él? Aquellas palabras, el libelo de aquella mañana, ¿no guardaban extraña uniformidad de tono y significado?

—Jóvenes imberbes—continuó el orador—que debieran estar aun mamando...

No le cabía la menor duda. Era el aludido. Pero, ¿qué importaba a aquella gente su edad? ¿no llevaba probado, con lo que con sus veinticinco años tenía hecho, que la edad no obstaba al desarrollo del

talento y de la inteligencia? Y, ¿de qué crímenes hablaría el hombre?

Pero el golpe final, inesperado, que lo hizo saltar de su asiento, como un león herido, fué el siguiente párrafo:

—Jóvenes que debieran estar recogidos en sus propias casas, en tertulia de amor con sus esposas, para que no dén lugar a que a espaldas suyas, otro...

Quedó tan aturdido que casi no comprendió lo que implicaba la injuria. ¿Qué pretendían? Pero de pronto se hizo luz en su mente. ¡Marieta! ¡También la pobre, la santa Marieta de sus amores, enfangada en aquella lucha sin entrañas! ¡También ella que no había hecho ningún mal a nadie, la mejor y más santa de todas las mujeres, bendita compañera que había sido su pan espiritual en su hambre de gloria y de conquistas! Pero aquello no podía ser, puesto que ya habían llegado a lo más sagrado de su alma. Y ocurrió. Saltó, sin darse cuenta siquiera de cómo iba a salvar la distancia que lo separaba del infame y clavó sus uñas, sus manos, todo su cuerpo hecho garras, en el miserable calumniador a quien sentía debajo de sí, como un montón de guiñapos, como una víbora a la que había que arrancar la vida para que no volviese a empozoñar con su veneno a las personas santas...

¿Qué le importaba el triunfo, qué le importaban todas las grandezas humanas? Por encima de toda gloria y de todo honor, estaba Marieta, la divina Marieta de sus amores.

Por la mente de Guillermo pasó, en rápida visión, el cuadro de su vida pasada; una casita limpia y mona, con muchos besos y con mucho sol y un jar-

dincito con enormes rosas, con jarrones de extraños dibujos, con brotes de violetas y begonias...

VI

Cuando después del recuento final de votos, le comunicaron a Guillermo la noticia de su derrota, sólo se encogió de hombros. Ya lo esperaba él, después de la escena de la tarde aquella, y lo esperaba con cierta ansiedad como si de ello dependiese su total liberación de un peso enorme.

—Magnífico—todavía comentó ante Marieta—¡así podremos volver a la tranquilidad de nuestra antigua vida!

El Idolo con Pies de Barro

I

ASí, el piano de frente a la puerta, con frondosas plantas de anahaw a ambos lados. Encima, como una nota de elegante trivialidad, la muñequita de mofletes reventones y labios de rabioso bermellón, envuelta en sedas y encajes, portando en alto, a modo de sombrilla, la pantalla de la bombilla eléctrica color de rosa. En el comedio de la sala, la mesa redonda de narra, esbelta y elegante, con su florero de cristal pintado. Macetas en los rincones. Luego, en los intercolumnios, cuadros de firmas conocidas: una reproducción del "Spoliarium" de Luna, paisajes de Amorsolo y de Fabián de la Rosa, y desperdigados en las paredes, en artística anarquía de posiciones, dibujos a pluma de Jorge Pineda. Y en sitio prominentísimo el espejo de bisel para que duplicase en su magnífica luna todos los adornos a los ojos del visitante...

—Adiós, artista...—bromeó la esposa.

—¿Por qué no honorable?

—¡Ah, sí, honorabilísimo!...

Ambos rompieron a reir, felices. Era un juego deliciosísimo este trajinar consiguiente a toda mudanza, con los muebles amontonados en todas partes, con cajones y envases tirados al descuido, tropezándose aquí y allí con montones de ropas y de trapos. Así, estaban hechos unas fachas los dos, con la mugre que se les pegaba.

—¡Negro!...—volvió a bromear la esposa.

—¡Negrísima!...—devolvió, regocijado, el marido. Y tornaron a reir, como novios, con aquellas chanzas que sabían a caricias. ¡Enorme, inconcebible felicidad! ¿No se realizaban por fin unos sueños que, de puro fantásticos, les habían parecido imposibles? ¡Diputado él, Angelito Monteverde, el hijo pródigo de la familia que, de estudiante, cosechaba más calabazas que aprobados! ¡Bah! ¡Cosas de la suerte, tan voluble, tan extraña! Aunque, ¿por qué no? A él sobrábale talento para triunfar, con su mezcla de optimismo y de sentido común que ya iban sirviéndole de peldaños en una gloriosa ascensión. Angelito bien merecía este triunfo y cuantos tuviese.

—Eh, tú, tontuela, ¿no me lo merezco?—Preguntó Monteverde, exteriorizando su pensamiento. Su mujer no lo comprendió de pronto, y tuvo que aclarar:

—¿No te parece que me merezco este triunfo?

Y la mujer, deshecha en admiraciones, clamó convencida:

—Ese y todos los triunfos...

Así era aquella Nena Flores, morena simpatiquísima que había trastornado la cabeza a todo el mocerío de su pueblo. Loca de amor y de admiración por su Angelito del alma que se atravesó en su camino, envuelto en un diabólico prestigio de galante y triunfador cuando empezaba ella a sentir una rara nostalgia de amores y cariños. Ella lo había visto venir a su vida, temblando de horror ante posibles desengaños, pues conocíalo sin corazón como abonaban tantas novias abandonadas, tal que trastos inútiles tirados en el camino, cuando, deshecha la ilusión con el afán de novedad satisfecho, enfilaba sus actividades a nuevas y más interesantes conquistas. Sólo que

aquella vez, Angelito se enamoró de veras y fué con ella noble, uniéndosele en matrimonio para siempre jamás...

Y he aquí que elegido Angelito diputado, se encontraban en Manila y empezaban a formar su nidito de amor en un suburbio tranquilo y alejado. Un chaletito coquetón, de cuatro habitaciones apenas, monísimo, sin embargo, en su fondo un poco rústico de nankas y limoneros. Bien valía la pena de los cien pesos que tendrían que pagar por él. Nena podría emplear su tiempo, en las ausencias del marido, cuidando del jardín, mientras Angelito triunfaba—¿acaso alguna vez fracasó en su vida?—en el Salón de Mármol...

—Señorito, que se hace tarde...

En jarras, simulando un gentil enfado, Nena recordó al marido su trabajo. Luego subida sobre una silla, fué detallando los adornos que quería:

—Estatuitas, de porcelana o de escayola, color bronce, en los rincones, bajo la sombra de las macetas. Cortinas de cretona floreada, al estilo Tutankhamen, en los vanos de las puertas y ventanas. Luego, las anaquelerías atestadas de libros, de grandes libros, para que cuando viniesen los simpatizadores, los líderes, los constituyentes, los amigos, y hasta los adversarios, se quedasen embobados ante tal despliegue de sabiduria...

—Pues, ea, esto se acabó—protestó, siguiéndola en la broma, el marido—porque ahora mismo me declaro en huelga, y aún más, me convierto en amo a mi vez y ordeno y mando a mi antigua ama que me pague el trabajo en... ¡abrazos y besos!

Y la tomó en brazos y la aupó, haciendo alarde de su fuerza de atleta. Nena, desde su altura en el

aire, no tuvo más remedio que pagar lo que se le exigía...

II

De puntillas, sin apenas imprimir a su paso un leve roce de seda, Nena salió del dormitorio. En el amplio lecho de camagón antiguo quedaba Angelito, en profundo sueño. Así sucedía todas las mañanas. La vida de diputado debía tener sus imposiciones, porque todas las noches llegaba él a hora avanzada, abrumado bajo el peso de un cansancio que apenas le daba fuerzas para enfundarse en unos pajamas y echarse a dormir. Ella se desvelaba también a la fuerza. Hubiésele causado enorme remordimiento pegar los ojos sabiendo que trabajos de una importancia que ella solo podía adivinar, incapaz de comprender nada en su ignoráncia, reteníanlo en su mesa de trabajo. Ya que de nada servía ella, que al menos encontrase el marido siempre que volvía, abiertas, a la par que las puertas de su hogar, las puertas de su cariño en vela.

Pero Nena, acostumbrada a despertarse a la hora del alba, como mujer casera y hacendosa, era siempre la primera en abandonar el lecho.

Ya fuera de la habitación, cogió de una consola el último número de "El Debate". Era parte de un culto de admiraciones que tributaba a su ídolo. No había como los periódicos, con sus hojas volanderas, para propagar famas. Y desde que una vez, a raíz de la inauguración de la nueva Legislatura, vió en las columnas del diario mañanero la lista de los nuevos miembros, entre los cuales sus ojos de enamora-

da supieron destacar el nombre de Angelito, guardaba a "El Debate" una rara afección, tal que si considerase al periódico partícipe de su cariño.

Fué saltando las páginas. Nada. Noticias vulgares, de sucesos que ocurrían todos los días. Relatos de investigaciones administrativas que en nada le interesaban, de acontecimientos sociales, de algún que otro drama de amor, rojo como el corte de una herida. Luego, ah, sí, ya estaba lo que buscaba, perdido en la sección de anuncios:

—"Crónica Parlamentaria—La sesión de anoche resultó, como casi todas las de esta semana, sin interés alguno. Fué una sesión relámpago..."

La gacetilla, de apenas diez líneas, no mencionaba nombres. Se notaba en su confección el aburrimento del pobre cronista que no sabía cómo dar forma interesante a la descripción de una jornada parlamentaria que había durado cinco minutos, lo justo para pasar la lista y aprobar unánimemente la moción de levantamiento.

Nena acabó por tirar el periódico disgustada. Otra desilusión, de las que sufría todos los días. ¿Por qué no decían nada de su marido? Sentía como si algo robasen a su ídolo. Angelito, que la abrumaba por la fuerza de su talento y de su personalidad, de recia apostura y lengua suelta, bien merecía los honores de una mención en letras de molde. Envidia debía ser, envidia de esta gente maligna y terrible, incapaz de reconocer méritos en quienes, como Angelito, acababan de venir de provincias, no ungidos todavía con un nombre popular...

Desde el dormitorio, resonó la voz del diputado:

—Oye, Nena, ¿está listo el desayuno?

—Ahora mismo...

—No te olvides de mandar por naranjitas de China, ¿eh?

Fué corriendo a la cocina. No podía confiar a la simplota de la criada la difícil tarea de adivinar qué platos gustarían al ídolo. Desde adentro, la voz insistió.

—Date prisa, Nena.

Era displicente el tono, como si en vez de a una esposa, dictase órdenes a una criada. Pero Nena, incapaz de un resentimiento, lo justificaba pensando en que el desvelo de la noche anterior y la preocupación por trabajos trascendentales poníanlo de mal humor aquella mañana, como todas las mañanas. Su alma, de ingenua y de enamorada, clamaba por palabras de cariño, pero en ella ejercía supremacía la mujer anulada por una admiración sin nombre.

Ya frente a frente, sentados a la mesa, con el desayuno de por medio, se miraban furtivamente. Ninguno parecía atreverse a romper el silencio que pesaba sobre los dos como un aire hostil. Fué con cierta timidez que Nena inició:

—¿Has pasado bien la noche?

—Sí, relativamente...

Y con más timidez todavía, hizo otra pregunta:

—Llegaste muy tarde... ¿Venías de alguna sesión "sine die"?

Recordaba vagamente que siempre que su marido llegaba más tarde de lo ordinario, decíale que venía de una sesión de noche entera que ellos llamaban "sine die". ¿Qué sabía ella de estas cosas? También, como otras veces, el marido vendría la noche anterior de otra "sine die".

Y él se lo confirmó, sin mucha seguridad:

—Ah, sí... Se trataba de aprobar los presu-

puestos, que con la oposición de muchos miembros, no acaban de convertirse en ley.

No volvieron a hablar. Desde que Angelito era diputado, Nena se había vuelto de una timidez extraordinaria. Era como si el puesto hubiese colocado a su marido en un plano vedado a su vulgaridad de mujer ignorante. Bastábale, en estas horas que debían ser de intimidad, contemplar al ídolo y sorprender en sus menores gestos sus deseos y órdenes.

—Sabes, Nena—se dignó por fin decir el marido—no comeré en casa esta siesta. Tenemos trabajos urgentes en el comité y quedamos los miembros en tomar, a las doce, un ligero piscolabis en un hotel de Intramuros.

Media hora después, Nena volvía a su soledad de todos los días. El ídolo se había ido, a fabricar grandezas con trabajos que le darían nombre y solo quedábale a la pobre mujer para matar el aburrimiento de larguísimas horas el jardín con la alegre policromía de sus flores raras.

III

La mala suerte continuaba tenaz, desesperante, y Angelito tuvo que levantarse de la mesa de "poker", a la una de la madrugada. Lo aburría infinitamente aquella partida que llevaba cuatro horas ya, sin que ni una vez por casualidad hubiese podido *conectar* una mala *escalera* siquiera. Además, no era cosa de seguir firmando pagarés que luego, agotadas ya las dietas de todo un mes en descalabros anteriores, no sabría cómo redimir.

Se despidió:

—Bueno, os dejo... Me estoy cayendo de sueño...

Hizo ademán de marcharse, pero antes de que pudiese ganar la puerta, un compañero propuso:

—Vamos a Santa Ana, a bailar un poco. De todos modos, no queda *quórum* para continuar la sesión. Yo pago los gastos de la fiesta...

Lo de todos los días. En las primeras horas de la madrugada se disolvía la sesión "sine die" y, si alguien invitaba, se iban todos al cabaret mencionado.

Angelito volvió a sentir las vacilaciones de costumbre. Aquello era una infamia sin nombre. Una miserable traición a la pobre mujer abandonada en el hogar, a quien sorprendía todas las noches aún despierta al volver de sus correrías, bien creída de que él venía de sesiones prolongadas de la Cámara. ¡Si al menos fuera su mujer menos buena para tener, en su desamor, pretexto a tales malas andanzas! Pero no; era ella quien le abría la puerta, transfigurada por el gran cariño que le encendía el alma. Ni una palabra de reproche; nunca una pregunta que implicase duda. Sólo una mansedumbre inmensa, una generosidad sin límites que muchas veces le daba, como un dardo, en pleno corazón haciéndolo odiarse a sí mismo, al tener que reconocerse, por fuerza, miserable.

Otro compañero añadió a la proposición la broma:

—Desafortunado en juego, afortunado en amores... Vaya una suerte la tuya, Angelito... Porque lo que es a tu Josefina, bailando el "scandal", no hay santo en la corte celestial que la resista...

—Y !qué gracia, Dios santo!

—Y ¡qué formas!...

—Y ¡qué manera de derretirse en mieles contigo!

Si, todos estos compañeros de juergas, de juego, de crápulas, conocían la historia. Otra infamia, más grande todavía, aquella bailarina, procaz y desenvuelta, que le había trastornado los sesos, igual que a un colegial. Una preciosidad, realmente, con su pureza de líneas esbeltas, con su exuberancia de carnes blancas. Una pobre muchacha provinciana, a quien la miseria y una carga de seis hermanitos obligaban a ganarse la vida, tejiendo piruetas en un salón de baile. Se la habían disputado a docenas los hombres, pero ella, casquivana al parecer, sólo contestaba con un gracioso mohín a las proposiciones que se le hacían, hasta que llegó él, un poco provincianote en sus trajes y en sus modales, buen mozo sin embargo y gallardo, merced a una vida de método y de aire libre en los campos. Se conocieron y creyeron encontrar, el uno en la otra, al saberse igualmente venidos de provincias, un jirón del hogar pueblerino abandonado y añorado en lo profundo de sus almas, acaso sin saberlo ni ellos mismos.

Pero, ¿a qué pensar en estos escrúpulos? La Vida—así, en mayúscula—le ofrecía generosa estas aventuras que acaso, si no las aprovechaba ahora, no volverían a presentarse nunca. El hogar propio, tan frío, tan falto de interés, con la monotonia de sus macetas eternamente verdes, de sus cuadros inmóviles, lo esperaría asi tardase años en aquellas andanzas.

—Ea, vamos,—accedió Angelito.—Después nos llevaremos a nuestras respectivas "parejas" y daremos por ahí, bajo la caricia de las estrellas, un paseíto en automóvil. . . .

—Conformes—exclamaron todos a coro.

En Santa Ana bailaron un par de *fox-trots* y bebieron media docena de *cocktails,* mientras la policromía cambiante de las luces tejía en las copas desbordantes alegres irisaciones y flotaba en el ambiente un enervante aroma de flores marchitas y perfumes baratos. Luego, en tanto que la *jazz band* desgranaba las notas ondulantes del *why did I kiss that girl?,* abandonaron, medio beodos, el local para iniciar la segunda parte del programa...

IV

Nena abandonó su labor, sobresaltada. El timbre del teléfono repiqueteaba insistentemente, y en el silencio y tinieblas de la madrugada tenía una sugestión de catástrofe. Temblábale todo el cuerpo cuando Nena se acercó al aparato:

—El Honorable Monteverde acaba de sufrir un lamentable accidente—oyó, como en sueños, que le decían.—Un vuelco de automóvil...

Adivinó todo el horror del resto. Poderosa, con una precisión inverosímil en los detalles, su imaginación se le pintó el cuadro: el coche hecho pedazos en una violenta anfractuosidad del camino desigual, con las piezas de hierro retorcidas en asimétricas contorsiones, y bajo un montón de planchas destrozadas y cristales rotos, Angelito, su Angelito del alma, inmóvil, desfigurado el rostro por una ablución de sangre, desorbitados los ojos, convertido todo él en un montón de guiñapos sangrientos.

Desde el Hospital habían llamado y a él se dirigió, mal cubierta por una bata de dormir, olvidada, en la trágica intensidad del momento, de todo pudor.

El cochero del vehículo que se ofreció a llevarla, la miró, como miraría a mujeres de mal vivir.

El sereno del Hospital, acostumbrado a escenas raras, contestó a sus preguntas, indiferente.

—¿El que acaba de sufrir un accidente? Espere... Ah, sí, está en la sala de emergencia. Deben estar operándolo en este momento.

Un siglo, un siglo entero parecieron durar las palabras del sereno, y otro siglo, de más intensidad todavía, el que tuvo que emplear para cruzar otras tantas salas antes de llegar a la en que se encontraba Angelito.

Y ¡en qué lamentable estado lo encontró! Medio desnudo sobre la mesa de operación, con las carnes al aire, cubiertas de sangre y lodo en tumefacta mezcla de hediondez y podredumbre. Un golpe tremendo de una barra de hierro le había partido la cabeza en canal. El cráneo, mondo, como si un barbero enloquecido le hubiese desollado el cuero cabelludo con una navaja bárbara, parecía una boca monstruosa que mostrase al desnudo, en vez de sus dientes, la ensangrentada blancura de su fábrica de hueso. Un mechón de cabello, intacto por un caprichoso azar, se plegaba a la frente en haz, destilando igual que el canal de un alero gotas de sangre negruzca. Una pierna, vuelta de revés, colgaba inerte de la mesa y marcaba, con las sacudidas de la operación, absurdas oscilaciones de péndulo...

—Pero, ¿cómo ha sido esto, Dios mío?

Nena hizo la pregunta a ninguno y a todos: al médico, indiferente en aquellos instantes a todo el mundo; a los guardianes nocturnos del Hospital, atraídos a la sala de operación por morbosa curiosidad; a las enfermeras que contemplaban la masculina desnu-

dez del accidentado con una gravedad de sacerdotisas.

—Por favor, explíquenme...

En el silencio pavoroso del cuarto, el bisturí, al henderse en la carne, cortando y rajando, separando pedazos de huesos incrustados, producía un eco metálico que despertaba otro eco de muerte en el alma de la pobre mujer. El médico, severo, con el pulso seguro, con el aire de aburrimiento de quien se ve forzado a despertarse a hora intempestiva para ejercer una función ordinaria, se inclinaba sobre el cuerpo tendido, comprobando con mano diestra las partes desarticuladas en el sistema óseo, aplicando todas sus sentidos a la más díficil tarea de sorprender los más ligeros síntomas de interiores lesiones. Era como un oficiante de un culto extraño, vestido de blanco ante un altar de sacrificios.

Una enfermera, dolida de la horrible tensión nerviosa de Nena, quiso ser generosa, explicando el accidente:

—Ocurrió hace una hora, en el Cavite Boulevard. El automóvil, un flamante Hudson de alquiler, llevaba una velocidad de setenta kilómetros. En Cortabitarte, quisieron dar la vuelta. La manivela no funcionó, y falto de dirección, con el chófer fuera de sí, el coche se precipitó en una zanja...

—Pero, ¿con quienes iba? ¿quién lo trajo?

Otra enfermera, que había oído la conversación, dió pormenores:

—Con algunos amigos y amigas. Venían de Santa Ana... Un poco beodos, igual que el chófer, a quien en un momento de camaradería de vino, obligaron a beber...

Nena miróla con ojos que no comprendían, y la enfermera, sin adivinar su propia crueldad, dió detalles mas precisos:

—Sí, unas bailarinas de aquel cabaret, que iban con ellos de paseo. Habían estado un momento sentados sobre las rocas, tal vez bebiendo... El policía de guardia todavía encontró intactas, por un milagro, botellas de whiskey en la zanja donde volcó el coche...

Y fué entonces cuando Nena se dió cuenta. ¡Engañada, engañada en su inmensísima fe, ultrajada alevosamente en lo más sagrado de sus sentimientos! Angelito, el ídolo, en compañía de mujerzuelas de cabaret, ahito de vino y de vicios, como un cualquiera, mientras ella, la pobre esposa que en él adoraba, como en un Dios, creíalo abismado en importantísimos trabajos! Y ¡era por eso, y por otras infamias que sólo Dios podía saber, que llegaba todas las noches tarde a casa, con el cuerpo destrozado, sin humor ni para darle las buenas noches en forma de un beso siquiera! Y ¡era por eso que él pretextaba continuamente trabajos urgentes de no sabía ella qué comités!

Desapareció de sus ojos el moribundo, con toda su podredumbre y su miseria. La muerte de sus pobres ilusiones era mucho más cruel que esta muerte inminente del cuerpo del ídolo, arrojado de su pedestal por una triste realidad que enseñaba descarnados sus pies de barro. En una fracción infinitesimal de segundo, que tuvo la duración de una eternidad sin embargo, vió con los ojos de su alma, tal que en una rapidísima cinta cinematográfica, todas las adoraciones locas en que habíalo tenido, convencidísima plena-

mente, con su sencillez e ingenuidad de provinciana y de enamorada, que no había en la tierra un hombre tan bueno como él. Y ¡ella, que tenía a su ídolo en un plano tan elevado, que jamás osó profanarlo con su vulgaridad de mujer zafia e ignorante! Sintió náuseas, un horror tan profundo de todo aquello, que casi la alegraron las palabras del médico, dichas con la gravedad de una sentencia de muerte:

—Es cuestión de minutos... Un trozo del cristal del parabrisas, fino como estilete, le atravesó el costado izquierdo, perforándole un pulmón...

Sí, que muriese. Mejor era que en el momento trágico de conocerlo en toda su miseria de hombre ordinario y con vicios, desapareciese el ídolo de su vida para siempre, para no tener a quien despreciar, u odiar acaso, durante el resto de ella. Mejor era que el camino, hasta entonces único de sus vidas, bifurcase en direcciones opuestas, ¡ella camino de su calvario, y él, camino de la eternidad!

Nena tuvo ese mal pensamiento porque no pudo impedirlo. Pero luego, su alma cristiana, abnegada hasta el sacrificio, se dió cuenta de aquella pobreza de sentimientos y se rectificó, clamando a Dios, como una mártir:

—Sálvalo, sálvalo, Dios mío. Si es imprescindible que tomes una vida, te ofrezco la mía...

V

Pero murió Angelito, sin haber recobrado el conocimiento siquiera. Sólo sus ojos, antes de cerrarse para siempre, parecieron recobrar vida un instante

e impetrar perdón, en una mirada indefinible, para todas sus maldades. Así creyó Nena, que supo olvidar todos sus ultrajes en la hora suprema y sellar su perdón con un beso sobre los labios del muerto.

Pero toda su excelsa generosidad no pudo impedir que mientras lloraban sus ojos la muerte del esposo, unas campanas invisibles doblasen a muerte en su corazón por el ídolo que también moría, arrojado de su pedestal por una triste realidad que mostraba descarnados sus pies de barro...

LA RAZON DE LA FUGA

I

ME imagino el formidable escándalo que mi fuga habrá causado en Santa Elena. A estas horas, no se darán punto de reposo las males lenguas. Todos los odios, las envidias, los resquemores que ha levantado en el villorrio mi condición de rica y—lo digo sin falsas modestias—de hermosa, hasta ahora soterrados gracias a la influencia de mi familia, la más rancia y prócer, andarán con toda seguridad sueltos en corrillos y tertulias, como jauría en pos de una presa en que clavar sus dientes.

Y sí, yo, María Asunción Villegas, la única heredera de la cuantiosa fortuna de los Villegas de Santa Elena, crecida en una pensión de religiosas, obligada a guardar una conducta "honrada e intachable", siquiera por la memoria de mi madre, muerta en olor de santidad, y por no desmerecer ante los ojos de un pueblo que no tolera, ni siquiera en el amor, que debiera ser libre "como las naves, como las nubes, como las sombras", actitudes no sancionadas por su rígido código moral, yo, repito, me encuentro a la hora de escribir estas líneas en una habitación de hotel en Manila, en compañía del primer hombre que supo hablarme al corazón.

Tengo veintitrés años, pero de ese largo rosario de días sólo el de hoy, con la inverosímil multitud de variadas emociones que me ha brindado, merece la pena de llamarse vida. Yo misma, que al abandonar casa y familia estaba dispuesta a todo, me asusto de

pensar que pudiera en el breve lapso de algunas horas, iguales a las de ayer, a las de todos los días en su modalidad exterior, torcerse de una manera tan brusca el rumbo de una existencia.

Hace unas cuantas horas, o para ser más exacta, hasta las cuatro de esta madrugada, yo era una de tantas jóvenes que vegetaban en Santa Elena, respetada, si no querida, por todo el mundo. Con la amanecida, habrá corrido por todo el pueblo como un reguero de pólvora la noticia de mi fuga, y ahora seré otra para aquellas gentes, completamente diferente, como si el sencillo hecho de haberme ido con un hombre, a espaldas de mi familia, en busca del amor, equivaliese a un desdoblamiento de mi personalidad.

No siento ningún dolor, ni remordimiento siquiera. Si escribo no es, como pudiera sospecharse tal vez, para justificarme ante los que me leyeren, o ante mi propia conciencia, por lo menos, con razones que, de tener esa finalidad, serían sofísticas. Escribo porque tengo una inexplicable comezón por irradiar en alguna forma la gran novedad de mi vida. Escribo porque escribir cuando se es felíz, es prolongar la felicidad. Escribo también a modo de evocación. Así, a medida que vayan surgiendo al conjuro de la memoria las distintas fases de mi vida pasada, podré saborear con mayor intensidad mi liberación presente. Igual que si, ganada una cumbre ansiada a costa de enormes sacrificios, contemplase desde su altura las rugosidades del camino difícil.

Ya está anocheciendo. Antes de ocultarse, el sol me envía a través de los cristales de la ventana lanzas de luz, irisadas. Sea porque en mí impera omnipotente el Optimismo, sea porque la Felicidad pone un brochazo de oro sobre todas las cosas, la verdad es

que siento que esa claridad penetra por todos los poros de mi cuerpo y prende una luminaria de fiesta en mi alma. Yo, en este instante, debo tener un loco diablillo en mi sér porque siento unas locas ganas de reir, de cantar, de bailar... Ahora comprendo porque triscan las cabras, y porque ahora mismo vuelan de rama en rama, con sonora fanfarria de alas y de trinos, dos gorriones enamorados que tienen, por rara coincidencia, su nido en una hendidura del marco de mi ventana.

II

No hablaré de mi niñez. Mis primeros años transcurrieron en la anodina, incolora ordinariez de todas las infancias. Aparte de que, llevada a los diez años de edad a un colegio de religiosas en Manila, sólo conservo de mis días infantiles jirones dispersos de vaguísimos recuerdos. Lo único que se destaca en mi memoria, como un tablón intacto de un naufragio, es la escena de mi despedida.

Poco antes de venir el tren que debía llevarme a la capital, llegamos a la estación. Era al caer de la tarde y hacía un calor sofocante. Yo ignoro cual me apenó más: si la perspectiva de la inminente separación o el ambiente enrarecido, preñado de electricidad, como si pronosticase tormenta. Mi padre, que debía acompañarme a Manila, daba sus últimas instrucciones al mozo encargado de los equipajes. Mi madre me tenía consigo aparte, como si desease prolongar en todo lo posible la felicidad de tenerme al lado. La pobre, la santa mujer, podía apenas hablar,

y cuando lo hacía, un hipo desgarrador le cortaba las palabras que así llegaban hasta mí truncadas:

—Jamás te olvides de nosotros, Maria Asunción... Sé buena, fiel en el cumplimiento de tus obligaciones, así te querrán mucho las buenas religiosas. Estudia, estudia sin cesar...

Cuando llegó el tren, haciendo retemblar la frágil estructura de la estación de madera, mi madre tuvo un gesto de tigre que defendiese un pedazo de sus entrañas. Me abrazó, me colgó de su cuello, magullándome bajo la caricia de sus manos. Yo sentía hincarse sus uñas en mis carnes. Pero no pudo decir nada y adiviné antes de oirlo, el desgarrador sollozo en que hubo de estallar la pobre. Todavía la ví, antes de perderse la estación trás una curva del camino, apoyada a una columna, lacios los brazos, con los ojos clavados en la máquina que se iba, resoplando, como si el peso de aquella pena hubiese añadido en un segundo muchos años a su vejez bien conservada.

¡Santa mujer! Fué la última vez que nos vimos. Cuatro meses después, y una mañana gris, de lluvia pertinaz, la madre superiora pidió en plena capilla a la comunidad que rezase por una pobre compañera que acababa de quedarse huérfana. La huérfana era yo.

III

Mi vida de colegio fué igual a la de todas las colegialas. Aquella existencia en colectividad, sometida a una disciplina férrea, con hora fijas para todas las actividades, incluso el aseo personal, me produjo el efecto de una llanura inmensísima cuya horizontes pu-

dieran dominarse desde cualquier punto. Así, por la natural influencia del medio, fuí creciendo sin complicaciones en el alma, sin hondonadas en el pensamiento, abiertos a los ojos de todo el mundo mis horizontes, igual que una llanura, rectilínea además, y muy religiosa... A veces, leyendo vidas de santos, únicos libros que se nos permitían, pedíale a Dios la gracia de que unos paganos me tendiesen en parrillas, sobre un incendio, como a San Lorenzo, o que me traspasasen el cuerpo con flechas, igual que a San Sebastián. Me prometía también que, de casarme algún día, sería a imitación de Santa Cunegunda que impuso a su marido, antes de tomar el juramento vinculador, la condición de guardar ambos voto de castidad...

Con todo, era feliz, con esa felicidad inconsciente, y un poco cruel, de los niños y de los locos, que lo mismo los hace reir ante un pobre diablo que se cae de bruces en la calle, que ante el espectáculo de un perro al que una lata vacía de conservas atada a la cola empuja a una loca carrera. Sólo derramaba en mi vida algo de melancolía la conducta de mi padre que se limitaba a mandarme, con mucha regularidad, eso sí, mis mensualidades. Sus cartas, secas, frías, que acompañaban a los giros postales, nunca hablaron de intimidades de su vida, ni del pueblo siquiera. Por suerte que de año en año íbame quedando más y más alejada de Santa Elena con el resultado de que su recuerdo venía a reducirse en mí a la memoria inconcreta y sin perfil de las cosas que vimos de niños.

Así fueron transcurriendo los años, hasta que me gradué hace algunos meses. Hube de abandonar el colegio porque nada me quedaba ya por estudiar. Pero mucho sospecho que a mi padre lo hubiese alegra-

do que me quedase más tiempo en la pensión. Esta circunstancia, aparte de haberlo yo hallado rejuvenecido, como si un aire primaveral le infundiese renovada savia, me intringó sobremanera, y sin querer pensé con dolor en mi pobre madre muerta. ¿Era acaso su sombra querida que me ponía en guardia?

IV

A mi vuelta a Santa Elena, encontré todo igual a cuando salí, sólo con una pátina de vejez las personas, lo mismo que las cosas. Nuestro viejo caserón me resultó también no tan grande como cuando, de niña, me subía yo a sus cornisas trepando con agilidad de mono a las panzudas columnas. Un pono de santol que, cuando me marché, era apenas un brote, ya abatía sus ramas bajo el peso de sus dorados frutos. Todavía, desde el balcón volado de mi cuarto, pude coger uno, maduro, que me brindió, al partirlo sin esfuerzo, clavado como cuña entre las palmas de mis manos, la suave pelusilla blanca de sus pepitas dulcísimas...

Al mes de mi estancia en el hogar solariego— ¿por qué fueron tan impiadosas esas señoritas de Ruíz que no me dejaron en mi feliz ignorancia del mal?— me enteré del enorme, inconcebible crimen de mi padre. Fué la mayor de las tres hermanas quien me lo dijo. Al recordarlas, se me viene a la memoria la gracia picante, y un poco irónica, de la canción:

Tres, eran tres
Las hijas de Elena
Tres, eran tres
Y ninguna buena.

He aquí sus palabras:

—Apenas se ve a tu padre, María Asunción...

Repliqué:

—¡Como está siempre ocupado en sus trabajos!

—Sí, ¡claro!... Como, además de la hacienda, tiene tantos asuntos a que atender...

Todavía confirmé, con aire inocente:

—Yo ya le digo al viejo que no se meta en tantos negocios. De todos modos, ¿para qué necesita él ganar tanto? Con lo que tenemos hay bastante...

Y mi interlocutora, esta vez con acento incisivo, rebosando malicia y segunda intención, me corrigió:

—No te creas... A lo mejor, hay gastos "extraordinarios" que un hombre viudo, no muy viejo todavía y con excelente salud tiene que afrontar...

Amoscada, y ya en sospecha de algo formidable, con todo mi pudor en abierta e instintiva rebelión, inquirí:

—Explícate, mujer... Con tus medias palabras, nadie te entiende...

—Pues hija, ya que lo has de saber—y la muy indecente fué dejando caer una a una las palabras para mejor saborear el efecto de su revelación—sábelo de mí. Tu padre tiene guardada en la hacienda a una...

No estampo aquí la palabra soez, grosera. Pero la tengo grabada en la mente, como si me la hubiesen estampado con hierro candente, como grabados tengo en el alma los otros mil detalles—de escarnio y verguenza—que, ya a coro, me fueron dando las tres hermanas.

No lo sentí tanto por mí. Después de todo, en mi padre no hubo más que indiferencia para la hija a quien procuraba tener lejos de su lado, para acaso

mejor campar por sus respetos. Fué por mi pobre madre, a quien, luego me enteré de eso, todavía en vida engañaba ya mi padre.

V

Entre bostezo y bostezo se me iba la vida en el poblacho, casi siempre sola en el caserón. A veces venían a hacerme compañía otras jóvenes de mi edad, pero las hallaba tan insulsas, tan atadas por la rutina del vivir pueblerino en sus ideas que prefería mil veces a su compañía mi soledad. En mí entonces empezó a nacer, por natural consecuencia de un contínuo *dolce far niente,* el prurito del análisis. ¿Cual era la finalidad de mi vida? ¿Era posible que mi destino se redujese a esto tan aburrido de contemplar, encerrada en mi cuarto como en una prisión, de día, las flores del campo y de noche, las estrellas del firmamento? ¿No eran más felices que yo las aves que tenían todo el espacio para sus vuelos, las fuentes que tenían todos los segundos para sus cantos?

Para matar de algún modo mi aburrimiento, me aficioné a la lectura y fueron mis compañeros periódicos y novelas, aparte de una vieja criada, fiel y charlatana y de Sultán, un perrazo de crines de caballo y ojos llorones. Así, fuí conociendo, leyéndolos, a nuestros poetas: Apóstol, Guerrero, Recto, Balmori, Bernabé, Tuells... Las obras de autores extranjeros modernistas—Sassone, Insúa, Lopez de Haro, Anton del Olmet...—fueron abriendo mis ojos a desconocidas perspectivas y mi francés bastante aceptable me familiarizó con novelistas—Barbusse, Huysmans, Margueritte...—que pusieron un signo de in-

terrogación a mis creencias hasta entonces nunca discutidas. Sentí al mismo tiempo—influencia de libros de disección erótica—una rara vibración en mis nervios que a veces, especialmente en el bochorno de las siestas cuaresmales, me producían dolorosas angustias con sus raras punzadas...

Y fué en este tiempo que mi padre propuso:

—Ya estás, María Asunción, en edad de cambiar de estado. Así, te he escogido a un chico, rico y bien educado, de rancia familia, que pronto te hará la corte.

Igual que si, en vez de marido, el autor de mis días hubiese escogido un buen coche para mí. A la interrogación que debieron formular mis ojos, mi padre dijo el nombre:

—Es Adolfo Santiago.

Yo lo conocía de vista, y hasta en noches de feria, había cruzado con él algunas palabras. Yo cogí la noticia con el ciego fatalismo que fué la norma de mi vida desde que me enteré del lío. Si me casaba, ¿qué más daba que fuese con este Adolfo Santiago, o con otros que se llamasen de distinto modo y que, en último término, serían probablemente como éste, un poco ricos, un poco educados, con mucha vanidad en la mollera y pocas ideas en el entendimiento?

Y ¿el Amor, el divino Amor que llama a la vida de todas las mujeres con sus cantos de oro? Yo no lo conocía. Lo adivinaba nada más, en las heroinas de mis novelas, en las rimas—¡oh, las golondrinas de Becquer!—de mis antologías, en las figuras pálidas y mudas que veía de tarde en tarde poner los ojos en blanco en los *films* del cine local. Lo adivinaba también en mis nervios, en mis pobres nervios hiperestesiados que a veces parecían distenderse, como la vibrá-

til cuerda de un arpa en espera de una mano sabia que la hiciese volcar sus escondidas armonías.

Adolfo Santiago me hizo el amor, pero el amor no vino en mi auxilio. A Adolfo Santiago lo encontraba ruin, cursi, a más de fatuo. Siempre hablaba de su sastre, de sus corbatas, del automóvil que, en cuanto se casase, compraría. Un día hasta se reveló inhumano, cruel, porque como le ladrase mi pobre Sultán, le dió un bastonazo tal al pobre animal que le hizo recular entre dolorosos quejidos. Por cierto que mi Sultán supo vengarse con creces, llevándose de un mordisco un pedazo de sus pantalones una noche que venía de visitarme.

Con todo, y de ello nunca podré arrepentirme bastante, me decidí a casarme con él. Era el aburrimiento, el horrible aburrimiento que aceptaba cualquier cosa que imprimiese novedad a mi vida inútil.

VI

Y vino él, Federico de la Vega, de no sabía donde, elegante y mundano, siempre con una sonrisa magnética y una bella frase en los labios. Culto, espiritual, un poco poeta y un poco músico, un poco loco, además, de creer las historias que lo habían precedido.

Fué como un rayo de luz. Sus visitas llenaron nuestro viejo caserón de risas, de armonías, de versos. A las dos semanas, y ya con esa rápida intimidad que justifica la vida patriarcal en los pueblos pequeños, se sentaba al piano, con absoluta libertad, e interpretaba a su antojo piezas que yo desconocía y que luego resultaban trozos dispersos de obras vulga-

res que él, con su talento pristidigitador, sabía fundir en una absurda mescolanza de raras exquisitices, al modo de una abeja que picase néctar de flor en flor para formar luego la deliciosa miel de su colmena. También recitaba versos, y su temperamento profundamente artístico sabía poner en ellos una dulce inflexión.

Cuando me dijeron que era casado, ya era tarde. La lenta labor de conquista, pero constante, de gota de agua que cae sin cesar sobre roca viva y la horada insensiblemente, estaba hecha. Mi corazón, terreno abonado, se había abierto al Amor, y mis labios, despiertos a la voz del instinto, habían gustado ya del veneno de los besos. Una mano sabía plañía la cuerda vibrátil del arpa que respondía al conjuro, volcando sus escondidas armonías...

Y vino la proposición, envuelta en el encanto de una voz que asordinaba la emoción:

—Vámonos lejos de aquí, de este ambiente que ahoga, de este cementerio de ilusiones. El mundo no se reduce a los límites de Santa Elena. Tras de esos horizontes, hay otros, flecados de oro, de rosa, de luz, más extensos, más propicios a la felicidad. No desoigamos la voz del romance que sólo llama una vez a las puertas del corazón...

Todo el sedimento de viejos pudores, de antiguas creencias, de legendarios respetos al rígido código moral del pueblo, se levantó en mí rebelde, con un gesto de rechazo definitivo a la gloriosa perspectiva. Pero la voz tentadora fué acallando mis escrúpulos:

—¿Puedes comprender la vida así, un día tras otro día, en angustiosa seguridad de que los unos se parecerán a los otros, así vivas una eternidad como unas gotas de agua se parecen a otras gotas? Vivir

la vaguedad de unas creencias heredadas, flotaba sólida la fe en una recompensa eterna a la inmaculada blancura de su vida. Pero ¡cómo dejar aquel barrio! ¡aquellas tierras fecundizadas con el sudor de su frente! ¡el glorioso espectáculo de los primeros brotes al cese de las lluvias de Mayo! ¡la visión magnífica del esfuerzo premiado en la siega primero, y en las trojes repletas después! Y por encima de todo eso, ¡cómo dejar a su nieto, aquel brote de los amores de su única hija, muerta desgarrada con una herida de amor, al darle vida, lozano y fuerte ya en sus primeros años, como *molave* joven de aquellos que empenachaban las cumbres!

No; Simeón no quería vivir eternamente tampoco. Pronto empezarían los achaques, y para vivir encadenado a su *papag* era mejor cerrar los ojos definitivamente. Sólo una cosa quería él. Ver, antes de morir, hecho un hombre a su nieto, más fuerte que ninguno de los hombres del barrio, más garrido que cualquiera, que supiera talar las tierras como él en su bravía mocedad, y por el cual se muriesen de amor todas las mozas del lugar...

II

—¿Podemos subir, buen viejo?

Algunos de los excursionistas se habían parado frente a la casita del viejo Simeón y demandaban hospitalidad. Un ratito de descanso, a la sombra de los árboles de la huerta, o bien, si hasta ello llegaba la generosidad del dueño, dentro de la casita misma. El viejo ofrendó:

—Es vuestra esta choza humilde... Disponed.

Penetraron en pintoresca algarabía. Habían venido andando por caminos ondulados, y poco acostumbrados a pesadas caminatas, se sentían rendidos. Algunas chicas se sentaron sobre el suelo; los chicos se acomodaron de cualquier modo.

—Vamos a tomar algo... Todavía guardo un poco de azúcar...

Sentían sed y aceptaron la oferta. El *tabo*, lustroso, color de ébano, corrió de mano en mano, lleno de agua cristalina.

—Pues, sí—explicó alguno de la comitiva.—Hemos venido de excursión, desde Manila. En ferrocarril, hasta el pueblo, y luego a pie, desde la estación hasta la hacienda del amigo Federico, que nos obsequia con una lechonada. ¡Como acaba de hacerse abogado!... Comeremos en el río...

A través de la ventana, vieron pasar a otros. Probablemente los que componían la murga, como daban a entender los instrumentos de música que portaban.

Una, entusiasmada, clamó:

—¡Qué bien! Parece que hasta bailaremos... Este Federico es el demonio, cuando a divertirse tocan...

Cuando, ya descansados, se despidieron, el viejo Simeón sintió un remozamiento alma adentro. Aquella alegría, aquella despreocupación, aquella gloria vibrante del vivir, habíalas sentido él también cuando no tenía ni canas ni arrugas. Todo aquello era lo perdido para él; la juventud. Lo que tal vez muy pronto haría valer sus derechos en aquella prolongación de su vida, el idolatrado nieto que ahora mismo, bajo el dintel de la puerta, perseguía con los ojos, agobiado por el peso de deseos imposibles, el ruidoso desfile de los excursionistas.

El viejo Simeón sintió una inmensa, profundísima lástima del joven. ¡Aquí encerrado, en el estrecho límite de este barrio, sin conocer la vida, sin gustar la vida, como un ave en una jaula, barruntando desconocidas perspectivas tras la vaguedad azul de los horizontes lejanos! Y de pronto, sin comprender cómo, le vino una idea: ¿por qué no soltarlo un tiempo, para que se saturase de aire, de luz, de libertad, de vida?

Y, sonriendo, se lo comunicó al nieto:

—¿Quieres ir a la ciudad, ser como esos, por algún tiempo?

El joven escuchó la proposición, aturdido. Luego, vista la realidad del ofrecimiento, factible porque lo quería el abuelo, y porque el abuelo tenía algunos ahorros, soltó una risa emocionada y describió un salto de volatín, tal que si de pronto sintiese su vida necesidad de desbordarse ruidosamente. Luego, gritó con todos sus pulmones, con toda su alma:

—Sí, quiero, quiero, quiero irme...

III

De tarde en tarde, recibía el viejo noticias del nieto ausente. Bien se portaba el rapaz. Contaba con muchos amigos, y entre ellos gozaba fama de espléndido y manirroto. No perdía fiesta ni jaleo. A medida que se acortaba el plazo de la vida de ciudad, se entregaba con mayor intensidad al jolgorio. Claro que los ahorros se iban agotando, pero aquello no importaba. Para eso los había llevado consigo. De todos modos, pronto se impondría el retorno y cuando se reintegrase a la vida monótona de

barrio tendría en tesoro de experiencia lo que hubiese perdido en términos de dinero. En cuanto cayesen las primeras lluvias, volvería al barrio para afincarse en él definitivamente. Sería suyo el carabao más fuerte del corral del viejo, y las mañanitas de sol lo sorprenderían en plena brega, abriendo las entrañas de la tierra con la punta de su arado.

La temporada de aguas empezó temprano. Al quinto día del mes de Mayo, tronó inesperadamente. Mediada la tarde, una lluvia torrencial bramó furiosa. Antes del anochecer, sin embargo, tornó a lucir el sol, y el oro del crepúsculo se disolvió en la plata fundida que fingía la evaporación de las tierras fecundizadas. Aquella misma noche, el viejo Simeón, con grandes penas garabateó una carta al ausente:

—Vuelve inmediatamente... Pronto empezaremos la siembra.

Se sentía satisfecho. Había ya dado a la juventud de su nieto lo suyo, la parte de felicidad que le correspondía y aunque algún día, acaso no lejano, se sintiese vencido, tenía ya quien continuase su obra. Aquellas hazas que se extendían hasta donde llegaba la vista, no quedarían huérfanas aunque él muriese. Su nieto, fuerte, vigoroso, trabajador, sabría depositar en sus entrañas el sagrado polen de la simiente que se habría de traducir en fecundas cosechas...

IV

Lo aturdió la inusitada, la imposible, la absurda noticia traída por un amigo que, viniendo de una romería a Antipolo, había pasado por Manila:

—Tu nieto ya no quiere volver...

¿No volver? ¿No volver al barrio? ¿A su barrio? ¡Imposible! Y, ¿aquellas tierras? Y, ¿el carabao aquel, de piel lustrosa, pesado y gordo, que era el orgullo del corral? Y, ¿la siembra?... Soltó una carcajada trepidante ante la seguridad de que el amigo se equivocaba:

—¿Que no quiere volver mi nieto? O estás soñando, o bromeas, o estás loco. ¡Ah! sí, ya sé. Vino contigo; está en la huerta, para darme una sorpresa, el picarón. Ea, vamos...

Se abalanzó a la puerta, dudando ya de la seguridad con que él esperaba encontrarlo. Y, ¿si no estuviese? ¿si no quisiese volver realmente? ¡Imposible, imposible! Pero cuando no lo vió, ni al pie de la escalera, ni en la huerta, ni en sitio alguno que abarcasen sus ojos, tuvo un sacudimiento como de fiera herida, y se irguió tal que en sus tiempos buenos, para rugir:

—Pues yo lo buscaré, y así arrastrado, lo traeré aquí, al barrio de donde no debió haber salido nunca...

Fué a Manila, efectivamente, acompañado por el fiel amigo. Y ya no era el buen viejo, bonachón y patriarcal de las veladas nocturnas en la paz de la casita. Una rabia profunda ante aquella renegación por quien el más quería de lo más caro que tenía en la vida, le había inflitrado nuevas energías, acopladas con una exaltada ansia de defender aquel pedazo de tierra que había él abierto al trabajo de los hombres.

En la casa donde se hospedaba su nieto, le dieron una noticia tremenda:

—El chico se despidió esta mañana, no sabemos para donde. Hablaba de ir lejos, para no volver más...

Luego, la casera, conocedora de los hombres y de las cosas, comentó:

—Querrá divertirse más... ¡La juventud!

Se hizo luz en la mente del viejo. Sí, era aquello, la juventud, que al poner sus labios sobre el borde de la copa quería vaciarla toda entera. Sí, era aquello, el abismo de los placeres, atrayente y traidor, que no soltaba a quienes se asomaban a su fondo. Y ¡él, que no lo había comprendido! Y ¡él, que había lanzado a su propio nieto, a un pedazo de su carne, a las fauces del monstruo que esperaba agazapado entre sedas y oros! Y su alma, su pobre alma transververada de dolor, tembló ante el convencimiento de que había cometido un irreparable error cuando lo mandó al chico un día a la ciudad.

Cuando el viejo Simeón volvió al barrio se sintió doblar hacia la tierra. Más que sus setenta años, pesaba sobre sus espaldas este dolor grandísimo. ¡Pobres tierras aquellas que se verían huérfanas del sagrado polen de la simiente que debía traducirse en fecundas cosechas!...

EL MIEDO

I

ERA el *batis*, con su doble muralla de rocas tan grandes como montañas y de *baletes* tan altos como nubes, una cinta zigzagueante de plata que partia el barrio en dos. Todas las mañanas, en cuanto se asomaba el alba, irrumpían desde ambos lados y por veredas que se abrían entre malezas y zarzales grupos alegres para solazarse en las delicias de un baño.

Eran siempre las primeras en llegar las mozas. Antes que de cantar de aves y zumbar de insectos, se poblaba el fondo rumoroso del *batis* de chillidos y de gritos. Hasta las pobres flores que se abrían entre las grietas de los muros caían tronchadas por manos aleves que las convertían en proyectiles en una batalla de aromas y perfumes...

II

Angué adoraba estos baños a pleno sol, bajo la doble bóveda verde y azul de las cañas y de los cielos. Adoraba la brisa que tenía extraños cantares cuando pasaba por sobre las copas de los árboles. Adoraba el leve chorro cristalino que nacía al pie de un *dap-dap* y que tenía para ella, al fragmentarse en diamantes sobre su cabeza, una amplia caricia purificadora. Adoraba sobre todo...

Lo sabían sus compañeras, todas. Más que nin-

guna, lo sabía esta amiga íntima, Atang, que nunca se olvidaba de bromear:

—No sé quien es más fiel en la espera de tu llegada, si la fuente o cabe la fuente, Andrés...

Tras la cortina de agua, transparente como hecha de encajes, se sentía Angué enrojecer, pero ¡bah! ¡sí! ella adoraba por encima de baños y brisas y chorros este bendito lugar porque en él se le había revelado el misterio del Amor en ese Andrés tan malo, tan malo que sin saberlo ella, antes de hacerse novios los dos, se quedaba horas y horas tendido entre matorrales, allí arriba, como en un palco de ramas y de hojas, contemplándola en medias desnudeces, sorbiéndosela toda entera a través de los ojos, hasta que un día...

Bien, ya novios, él se lo había explicado:

—¿Qué quieres? Sabía que hacía mal... pero pensaba que mirándote, mirándote sólo, desde lejos, todavía me quedaba corto, ¡más corto que... esa agua que, además de verte, puede deshacerse sobre tí en interminables abrazos!

III

En cuanto se iniciaba el crepúsculo, volvía el *batis* a su soledad, y con el callar de voces humanas, surgían los mil vagos rumores de cosas y de almas de cosas. Luego caía la noche, tupida, como una inmensa ala negra y al horror de las sombras se añadía la honda emoción del silencio. Jamás, a tales horas, vagó persona alguna por aquellos contornos.

¿Cómo, si del *batis* se contaban extrañas consejas?

Era una nidada de *tikbalangs*. Venidos de sus lejanos escondrijos, reuníanse aquí en misteriosas citas en cuanto se hacía de noche. Aquí traían sus víctimas; aquí las alimentaban con excremento de caballo; aquí tenían sus orgías cuando de sus correrías volvían con pingües botines. Hasta el barrio, que cerraba herméticamente sus puertas y ventanas, llegaban a veces rumores de batir de alas, de pisadas y de gemidos...

Angué les tenía a los *tikbalangs* un miedo horrible. ¿Por qué no, si persona que cataba de su raro alimento, persona que convertíase en *tikbalang* también? Y era tanto el miedo de Angué que, a veces, en pleno día y en medio de sus compañeras, se estremecía pensando en que mientras se bañaba podía estar mirándola uno, desde la copa de algún *balete*. Andrés le daba bromas muchas veces:

—Los *tikbalangs* ¿sabes? también se enamoran. ¡Ay de tí si alguno de tí se prenda!

Angué temblaba de horror, hasta que Andrés se echaba a reir y decía:

—¡Tonta! Los *tikbalangs* sólo existen en la imaginación de los miedosos.

IV

Angué y Andrés tenían frecuentes riñas. A veces se quedaban días enteros sin hablarse. Los disgustos surgían de cualquier cosa, más generalmente del empeño de él en retrasar la boda.

—Vamos a ver, hoy estamos en Mayo,—solía decir él—bueno; la boda será para Septiembre u Octubre, después de la cosecha. Tengo tres cavanes plantados de palay y poca suerte tendré si no recojo lo bastante para la fiesta...

—¡Fiesta! ¡Fiesta!—atajaba ella—tu estás loco, más que loco. Mejor será ahorrar lo que hayamos de gastar en ese *baysanan* y formar, con el ahorro, un pequeño capital.

Claro, no se entendían. Andrés quería celebrar el acontecimiento con algo grande, inusitado, de que hablasen por mucho tiempo las gentes. Ella se empeñaba en que era tonto gastar en un *handaan* que iba a durar breves horas el dinero que había costado todo un año de brega.

—Lo que yo quiero—había confiado Angué un día—es una boda sencilla, en estricta intimidad. Tú y yo, nuestros padres, el cura que da su bendición y... nada más...

Pero Andrés no se dejó convencer. La boda debía celebrarse en Septiembre u Octubre y si ella no quería...

Estaba de mal humor el hombre, y sin pensar en la crueldad de sus palabras, ofreció la alternativa:

—Y si no te avienes, pues... ¡nunca!

Angué se sintió morir. ¡Cómo! ¿nunca? ¿nunca ya? Y más que el desengaño, el dolor, pudo en ella la indignación ante la ofensa:

—Entonces vete y no vuelvas más. Yo ya sospechaba que dabas largas al asunto, no por la fiesta, no por esperar la cosecha, sino porque querías preparar el camino poco a poco... ¡para una definitiva separación!

El se alejó abochornado, vencido. No, no era eso lo que quería, con toda sinceridad. Pero había sido tan firme, tan decidida la despedida que no tuvo más remedio que marcharse. Sólo que ya en la vereda, y antes de perderse entre zarzales y malezas, se dió cuenta del horror de perderla para siempre, para siempre, para siempre... Y volvió, también decidido, a proponerle una solución inesperada, fulminante:

—Bien, si crees que doy largas al asunto, pues nos casaremos, pero inmediatamente esta misma noche...

Y bajó la voz:

—A las dos, aquí te espero. Nos iremos al juez de paz, en el pueblo...

Angué vió que hablaba con sinceridad Andrés y sintió que se le caía del cielo de golpe, inesperadamente, la felicidad. Y todo su sér, toda su alma iba a desbordarse en una afirmación cuando de pronto, horrorizada, se tapó la cara y chilló:

—¿De noche? ¡no, no, no!

Andrés la miró sin comprender, sin adivinar. Y ella, se lo explicó, estremeciéndose:

—¡Los *tikbalangs*!...

¡Ah, sí, los *tikbalangs*! Pero Andrés, que había hecho el renunciamiento de su voluntad, quería que ella renunciase también a su vez, algo íntimo, en pago. Ello, su miedo, su inmenso miedo a los *tikbalangs*. Y fué firme, terco Andrés:

—Si no vienes, es que se confirma mi sospecha... ¡de que quien quiere acabar con todo eres tú!

Acusada, acusada de infiel, de traidora, de insincera en el gran cariño que era toda su vida. Todo, menos eso. Todo, menos permitir que la sombra de

una duda empañase la alta santidad y pureza de su amor. Y, sí ¿qué le importaban todos los *tikbalangs* habidos y por haber? ¿qué le importaba su miedo? Vendría asi se presentase la noche como boca de lobo, así le saliesen al encuentro rumores de batir de alas y de pisadas y de gemidos...

Y aceptó, también decidida:

—¡A las doce nos encontraremos aquí!

¡TRAIDOR!

I

—¡NINAY!... ¡Ninaaay!

Desde lo alto de la loma, donde tenía enclavada su casa, llamaba el viejo Andoy. Su voz todavía recia, de pulmones robustecidos por los espacios libres, iba rodando, rodando río abajo con una vibración de expansivas alegrías.

—¡Ven acá, Ninay!... ¡Pronto, Ninay!...

Ninay se estaba frotando la cabeza con el *gogo* donde las hojas de *kadling* habían dejado su intenso perfume. Así, la cabellera espesísima, negrísima tal que jirón de tinieblas arrancado de una noche, se tendía sobre los hombros, sobre las espaldas, sobre todo el cuerpo que emergía, en un alarde de curvas, de las aguas del río. Sobre las rocas vecinas, blanqueaban las ropas recién lavadas.

Bueno, tenía que renunciar por hoy al baño. El viejo llamaba apremiante, y cuando así llamaba algo grave debía ocurrir. Rápidamente y mirando a todos los lados, no fuese a sorprenderla alguno en íntimas desnudeces, se desprendió del *tapí*, se enfundó en una camisola a cuadros rojos y verdes, se lió a la cabeza a modo de turbante la tohalla, y a saltos fué ganando la cuesta que conducía a la casa.

Pero no llegó a ella, porque a mitad del camino le salió al encuentro el viejo Andoy. Desde lejos aún, éste le gritó la noticia:

—Fernando, Dandoy... ¿sabes? Dandoy viene

dentro de esta semana... Me lo anuncia en esta carta...

De un salto, Ninay se plantó a su lado y arrancó de sus manos la carta. Se enteró, en un segundo, del contenido.

—Si, ¡viene, viene Dandoy!... ¡Oh!...

Volaron al aire el *tapí* chorreando agua todavía, el *tabo* pulimentado de cáscara de coco, la batea de ropas recién lavadas, y Ninay, borracha de alegría, se abrazó al viejo, lo zarandeó bárbaramente, y luego, con los brazos en alto, fué dando vueltas en su redor en una danza loca e indescriptible, en la que su cuerpo espigado parecía convertirse en docenas de cuerpos giróvagos...

—¡Viene, viene Dandoy!...

II

Fernando, Dandoy, era el hijo del viejo. Cinco años antes, había partido, enamorado de los viajes y de las aventuras. Se metió de fogonero en unos barcos, de marinero en otros, y a veces, cuando no podía ser ni lo uno ni lo otro, se colaba en un rincón cualquiera, en el fondo de un bote, o en la cueva de las bodegas, y se dejaba llevar así de su espíritu inquieto y andariego, sufriendo hambres, privaciones, angustias indecibles. Desde Barcelona, desde Marsella, desde San Francisco, desde todos los puertos llegaban sus cartas, breves postales apenas, donde iban trazados un saludo y una leve indicación de su itinerario: "voy a París", o bien "voy a Barcelona", "voy a Bruselas"...

Y he aquí que de repente llegaba esta carta, más

larga que las otras, en la que comunicaba al viejo su deseo de volver al barrio, porque "cansado de sus correrías por el mundo, soñaba en la paz y tranquilidad de un hogar" y que guardaba para ellos "una sorpresa"...

—¿Oyes, Ninay?... Sueña en la paz y tranquilidad de un hogar... Nos reserva una sorpresa...

Y el viejo se sonreía, malicioso y bonachón, en tanto que Ninay se ponía roja, roja como las flores de las gumamelas que flanqueaban la vereda.

—Yo—añadió aún el viejo—adivino la sorpresa...

Ninay huyó, río abajo, sin saber qué hacía, sólo pensando en que pudiera ser la realización de sus sueños—aquella sorpresa. Porque ella, Ninay y él, Dandoy, se querían, se habían querido...

Se puso a recordar.

Ella había quedado huérfana a los siete años, y el viejo, que lloraba una viudez reciente, la recogió piadoso. Desde entonces, ella y Dandoy fueron compañeros inseparables y juntos saborearon el encanto de las vidas libres. Unas veces era el internarse en los barrancos, en busca de flores, otras era el arrastrarse hasta la meseta de roca en el pico, para recibir en ella tendidos, la caricia del sol. Jugaban también a los amores, y un día el juego se convirtió en realidad. Y desde entonces se amaron locamente, libremente, a la sombra de los cocoteros, sobre la alfombra rubia de las palayales, en las márgenes floridas del río que tejía, cantando, velos nupciales de espumas...

Era un sueño la vida. Hasta que de pronto, y una tarde en que el crepúsculo ponía su trazo de fue-

go en los horizontes, él, de repente, sin preámbulos, le espetó la tremenda noticia:

—Ninay, me marcho a tierras lejanas...

Y Dandoy se marchó, dejándola desamparada...

III

En tres días, quedaron brillantes como espejos las cañas del suelo, de los pasamanos, hasta del *batalan*, donde se guardaban los cántaros de barro y las ollas ennegrecidas de hollín. De viga en viga, se tendieron guirnaldas de hojas de *banay-banay*, cuya monotonía verde rompían con una nota blanca las estrellas de los *rosales*. Y como en días de fiesta, la bandera nacional con los bordes deshechos en flecos desiguales por los años, flameó sobre la puerta con la triple alegría de sus colores...

Fué Ninay quien, hacendosa y enamorada, supo hacer el milagro de rejuvenecer, con hojas y flores, la casita perdida entre plantanares y cocoteros en lo alto de la loma. En aquellos tres días, río abajo y cuesta arriba, estuvo trajinando sin cesar, con haces de helechos bajo el brazo a veces, a veces con una cesta sobre la cabeza, rebosando amapolas y campanillas.

Y el viejo Andoy sonreía, sonreía malicioso y bonachón, y a veces soñaba, un poco triste, bajo el abrumo de unas añoranzas de dichas perdidas. Era esta misma casita; era una santa mujer que hacía de él y del hogar los dos únicos cultos de su vida; era la muerte que se la llevaba, dejándole como único recuerdo de su cariño, un hijo, y era, por fin, su propia juventud que se ajaba, que se esfumaba en la le-

janía de los años... Y el viejo Andoy entonces se pasaba el dorso de la mano por los ojos para enjugarse unas lágrimas furtivas y se iba por no profanar la bendita alegría de esta Ninay con la tristeza de su alma que se desbordaba, rota, en sollozos.

IV

La casa se llenó de parientes, amigos y vecinos. Aquella misma tarde iba a llegar Dandoy y habíalos atraído la curiosidad de ver de nuevo al viajero, a quien muchos sólo recordaban de chiquillo. ¿Cómo sería? ¿Traería muchos recuerdos de sus viajes? ¿Tendría preparado para todos y cada uno de ellos el debido *pasalubong*?

Mang Asiong, un viejo que en su lejana mocedad llegó en sus andanzas hasta Manila podía lucirse.

—Ese chiquillo habrá llegado a América, y quien sabe si hasta Africa...

—¡Africa! Y ¿dónde está Africa?

—Está, pues está... al lado América. Vamos, como quien dice ¡vecinos!

Alguno se atrevió a comentar:

—Y de seguro que habrá estado en Roma, a recibir la bendición del Papa.

Mang Asiong miró con desdén por encima de los hombros al que así había hablado. Luego, para aplastarlo más con su desprecio, eructó, salpicando a sus vecinos con *buyó*. Dignóse, después de eso, contestarle:

—Quita ahí, hombre... Roma está muy lejos, en la punta de la tierra. Y al Papa, en todo caso, sólo lo ven los Obispos...

—¡Ah! ¡Es verdad!—comentaron los demás.

En tanto, Ninay tenía que aguantar el continuo tiroteo de bromas de sus amigas. Que si debía sentirse muy feliz, que si había sabido conservarse fiel, que si lo uno, que si lo otro. La más traviesa, Canding, hasta se atrevió a decir en voz alta:

—¿Quien apuesta a que dentro de un mes tendremos una gran fiesta?—y dirigiéndose con toda la malicia de sus ojos negros a Ninay, le ofreció:

—Si hace falta una madrina, ya sabes, estoy a tu disposición...

De pronto, al rumor de las bromas y de los comentarios, se sobrepuso una voz que avisaba desde abajo:

—¡Ya viene! ¡ya viene!...

Se abalanzaron todos a la puerta, a las ventanas. El viejo Andoy, olvidando sus años ganó, de un salto, la tierra. Ninay, aturdida, loca, sólo se acordó de hacer lo que hacen todas las mujeres en los grandes instantes: echarse a llorar. Luego, para ocultar su llanto, y acaso para prolongar el dulce martirio de la espera, se metió en el único cuarto de la casita. Por un hueco, que dejaban visible las hojas de los plátanos, se veía avanzar una carretela. Desde aquella distancia, sólo se veían bultos—maletas probablemente—entre los que parecía ahogarse el cochero. El pobre jamelgo, muerto de fatiga en la difícil carrera por barbechos y hondonadas, avanzaba trabajosamente el cuello, acusando bajo la piel la trabazón de sus costillas.

Por las rendijas abiertas en el tabique de *sawale,* Ninay vió desde su escondite, un poco vagamente por las lágrimas que le empañaban la vista,

cómo Dandoy, el Dandoy de siempre, moreno, sonriente, un poco delgado, vestido de negro, saltaba agilmente de la carretela y se abalanzaba a su padre, con los brazos abiertos, gritándole con toda su alma: "¡tatay!... ¡tatay!..." Los vió confundidos un momento en un amplexo irrompible, unidos por el imposible deseo de resarcirse de los años largos de ausencia. Luego... ¡Horror de los horrores! ¿Por qué no fueron de fuego sus lágrimas para que escaldasen sus ojos, para que la dejasen ciega en la trágica intensidad de este momento?—Vió cómo Dandoy, feliz, orgulloso, pavoneándose ante la estupefacción de todos, ayudaba a bajar de la carretela a otra persona, una mujer, escandalosamente blanca, escandalosamente rubia, que saltó, enseñando entre el revuelo de las faldas sus corvas, y miró a todos, a Dandoy, primero, al viejo Andoy, después, luego a los demás, con ojos de extrañeza, con ojos de asombro, con ojos que también acusaban una enorme, tremenda desilución...

Y para completar su martirio de un golpe, todavía llegó a los oidos de Ninay la voz de Dandoy que decía:

—Es Helen... Helen, mi esposa desde hace seis meses... Esa era la sorpresa que os reservaba...

Luego, Ninay ya no vió nada, ya no oyó nada. Por las rendijas, por las ventanas penetraron unas tinieblas espesísimas que le envolvieron el alma, el cuerpo, todo su sér en una total inconsciencia de todo. Solo creyó sentir que rodaba, rodaba, por una pendiente sin límites, sin fondo, envuelta en sombra, donde surgían a veces, como estrellas fugaces, paisajes

truncados... La meseta rocosa en el pico... floridos palayales... el río... luego, la casita sobre cuya puerta flameaba una bandera de gigantescas proporciones...

Pero antes de entrar en plena bancarrota la razón, pudo Ninay concentrarse toda entera en un supremo grito que repercutió hasta el río:

—¡Traidor!... ¡Traidor!

LA CASA VECINA(*)

I

NUNCA me he sentido tan espantosamente solo como estos días de lluvia lenta y pertinaz. Mi casa—esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana—se ha llenado de sombras y a través de los cristales de mi ventana favorita, adivino borrado por la ondulante cortina de agua su perfil señorial.

¿Por qué no decir la verdad? Por primera vez, siento vacilar la filosofía, quizá un poco egoista, en que he fundado mi vida entera: nada de afectos, nada de complicaciones sentimentales que habrían, o de traicionarme, o de verse cortados por algo más fuerte que la lealtad, como la muerte, dejando en ambos casos su sedimento de amargura en el alma. Yo he sido siempre un sibarita y para paladear la vida, he querido alejarme de toda posibilidad de dolor... Por eso, con mis treinta y ocho años, vivo solo en esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana, hoy sumida en sombras. Ni esposa, ni hijos. Yo sólo, con mis trofeos de caza, con mis arreos de *sport*, y sin más nota femenina en mi casa que una guitarra sugerente de curvas de mujer.

Pero, ¡estos días! ¡estas noches! Nunca imaginé que la soledad humana pudiera llegar a esta ansia mía de gritar a veces, por sentirme acompañado siquiera por mi propia voz. Hora tras hora me paso

---

* Éste y los siguientes cuentos, algunos escritos recientemente para EXCELSIOR, no formaban parte de la colección original que obtuvo el Premio Zobel de 1925.

pegado a los cristales de la ventana, viendo caer la lluvia deseperantemente lenta, desesperantemente pertinaz, sintiéndola rebotar en el tejado, deslizarse por los canalones, desflecarse sobre el empedrado desigual de la calle. Y en el silencio de esta soledad total, siento surgir de lo hondo de mis entrañas una queja contra el egoismo de la filosofía de mi vida solitaria. ¡Si tuviese algún afecto! ¡Si tuviese esposa e hijos!...

Pero, bien pronto, a esta queja de mi alma opone su reparo contundente la tragedia horrible de la casa vecina. Y me pongo a pensar que por grande que sea mi propia soledad, nunca lo será tanto como la soledad de ese hombre cuya sombra he visto vagar día y noche, como alma en pena, en la sala desierta de la casa vecina. Hondo escalofrío recorre mi cuerpo mientras rememoro. . .

II

Si escogí este sitio para levantar mi casa fué por su aislamiento. Alejado de la ciudad, no parece sino que está dejado de la mano de Dios. Para llegar hasta aquí, hay que pasar por puentes medio destrozados, por caminos llenos de baches y hondonadas. Apenas hay caserío. No hay más calle que la de enfrente, por la que nadie transita nunca. Levanté mi casa sobre un altozano para desde allí alimentarme a mis anchas de aire y de sol. ¡Dios, cuántas veces me he sentido renovado, rejuvenecido, bajo la caricia solar, llenos de oxígeno puro mis pulmones, de pie en esta loma erguida sobre el exiguo caserío de nipa! Pero en aquellos momentos de plenitud y hartura de

paz, a veces me asaltaba el temor de que alguna vez, alguno invadiese mi soleded y me robase la quietud campesina que me rodeaba por los cuatro costados.

Un día, mi miedo—¡miedo horrible!—hubo de confirmarse pues ví que unos hombres empezaban a desbrozar el solar de enfrente. ¿Sería para sembrarlo de cualquier cosa? ¿Sería para levantar frente a mi casa otra casa? Fuí siguiendo uno a uno los movimientos de aquellos hombres y pasé por alternativas de esperanza y desaliento, viendo cómo a veces parecían marcharse los hombres definitivamente y otras, aumentarse en número. Llegó el momento en que ya no era posible duda alguna. Iban a levantar una casa, pues venían carretones de piedra y venían camiones llenos de madera y de zinc. . . No describo mis angustias de aquellos días; la infinita desilusión de ver mi soledad invadida, de sentirme sustraido al pleno goce de mi buen sol y de mi buena brisa.

Entretanto, la casa iba surgiendo, cada día más completa. Primero los harigues, luego el techo, después los travesaños, las soleras. . . Los lados se fueron rellenando y amaneció un día en que ya no pude ver el campo del otro lado. Lo tapaba la casa ya entera, con paredes, con ventanas, con cornisas, con puertas. . .

No quise ver más. Me encerré en lo más íntimo de mi propia casa y hasta, para aislarme más, colgué cortinas tupidas de mis ventanas. Pero siempre, a todas horas, me perseguía el ruido sordo con que los carpinteros iban clavando clavos en la casa de enfrente. . .

III

El día del traslado de mis vecinos, me dejé vencer de la curiosidad. Si, después de todo, era inevitable su presencia, no perdía nada con saber qué tipos iba a tener por vecinos. Pero, apenas los pude ver. Venían en un automóvil y, a impulsos del afán de verse enseguida dentro de la casa nueva, casi a saltos salvaron la distancia entre la calle y la escalera. Un hombre, una mujer, un chiquillo de cortos años, dos o tres criadas tal vez. Y nada más. Ah, sí; detrás, dos camiones atestados de muebles, entre los que sobresalían un piano, un tocador moderno, un par de aparadores. Muebles caros, de lujo, nuevecitos. . .

¡La diferencia que puede haber entre una casa deshabitada y otra llena de gente! La casa vecina pareció adquirir vida y días hubo que creí asomarse a sus ventanas abiertas, casi visible de tan clara, el alma saltarina que debía andarle por dentro. El cambio no estaba precisamente en el ruido, en el piano, en la chillona voz del chiquillo que debía estar lleno de travesuras. Más bien lo estaba en algo indefinible, una sutilísima vitalidad palpitante que hinchaba todos los rincones de la casa aquella. Más adivinaba que veía una compenetración tal entre los moradores de la casa, sin excluir a la servidumbre, que inconscientemente comparaba la vida en aquella casa con una canción bien llevada.

En los días de sol, mis vecinos se dedicaban a cultivar un minúsculo jardín y me complacía en ver—adivinar más bien—cómo a veces, marido y mujer, disputaban sobre cómo habían de estar distribuidas

las plantas. Pero las disputas eran tan dulces, tan—aunque parezca una paradoja—sin disonancia, que llegaba yo a contener el aliento esperando oír el chasquido de un beso para matizarlas. Después, vuelto en mí de estas observaciones, me indignaba de mí mismo, en mi interior, porque comprendía que en el fondo, aquello que me ocurría era envidia. ¡Santa envidia de la felicidad aquella, tan manifiesta, tan palpable que materialmente la veía llenar la casa, expandirse hacia fuera, nutrir el aire, la claridad, hasta las sombras de la noche!

A solas, a veces suspiraba. Y miraba mi guitarra muda, tan sugerente de curvas de mujer. . .

¡Amores!. . . ¡Afectos! . . . Quizá estuviese muy equivocado al querer huir de ellos, por si me traicionaban o los veía cortados por algo más fuerte que la lealtad, como la muerte.

IV

De pronto, una mañana, sentí gravitar sobre mí el peso opresivo de un presentimiento. La casa vecina estaba muda; la casa vecina parecía envuelta en el aire recatado de algun desgracia. No sé por qué hay veces que un hombre agudiza tanto su intuición que ve más de lo que ven los ojos. Aquella mañana hubiese jurado que sobre la casa vecina veía yo proyectarse la sombra de algo irreparable e inevitable. . .

Así fué en efecto. Mi criado leal—única persona que me acompañaba en mi voluntario destierro—me dió la noticia:

—La señora de enfrente, que está muy enferma. . .

La noticia fué para mí un golpe tremendo. Sabía que detrás de aquella repentina enfermedad, cuya naturaleza ignoraba, vendría la muerte. Fatalmente, inexorablemente. Era como si yo leyese en el futuro. Y juro que no hubiese sufrido más si se hubiese tratado de mi propia hermana. ¡Pobre casa aquella, que se volvería muda y silenciosa, agobiada bajo el peso de la desgracia inmensa! ¡Pobre felicidad aquella, tan de ayer y condenada ya a morir tan trágicamente!

Sentí pasar los minutos, las horas, preñados de angustia. A cada momento, llamaba a mi criado para averiguar el curso de la enfermedad. A la madrugada, la buena mujer había tenido un ataque del corazón, leve al parecer; luego, se repitieron los ataques hasta que, ya mediado el día, los médicos tuvieron que decir al marido la tremenda verdad: era imposible salvarla de la muerte...

Y aquella noche murió en efecto.

V

La enterraron al día siguiente. Yo ví el ataud llevado en hombros, seguido de unos cuantos parientes y amigos. Pero por mucho esfuerzo que hice—tuve que ponerme de pie sobre una silla para ver mejor—no alcancé a ver al marido. Pero sí, ví al chiquillo y aquella desmedrada figura, toda de negro, con los ojos secos pero llenos de extrañeza, como si nada comprendiesen, puso en mi garganta un nudo. Seguramente, ya nunca volvería a verlo dando saltos por el jardín en miniatura, trepando por las columnas, llenando de voces la casa. Ya para siempre, en su alma quedaría

clavado el recuerdo del día aquel en que viera a su pobre madre pálida e inmóvil, llevada en hombros de unos extraños para no volver ya jamás...

Y ¿el pobre hombre de la casa vecina? Desde entonces lo veo ahí, en la casa de enfrente, vagando día y noche como alma en pena y a veces, clavado en la ventana, con los ojos hundidos en el minúsculo jardín, hoy entristecido por el abandono, sin darse cuenta de nada, ni siquiera del pobre chiquillo que se le queda mirando con unos ojos muy tristes, muy llenos de extrañeza.

¿Mi soledad? ¡Qué tiene que ver con la soledad que sentirá ese pobre hombre, después de haber conocido una tan honda, pero tan breve felicidad!

VI

Cae la lluvia, lenta y pertinaz... La siento rebotar en el tejado, deslizarse a lo largo de los canalones, desflecarse en el pedrado desigual de la calle. Mi casa está sumida en sombras. En torno mío, envolviéndome como una caricia larga y fría, sólo siento mi soledad. A veces, se apodera de mí un ansia invencible de gritar, por sentirme acompañado siquiera por mi propia voz.

Pero cuando, a través de la cortina ondulante de agua, veo el perfil borroso de la casa vecina con su dolor adivinado, se reafirma mi antigua filosofía. No, no; nada de afectos, nada de complicaciones sentimentales. Quizás no traicionen pero día habrá de llegar en que a su lealtad se imponga la muerte. Y entonces...

¡Mi soledad, por muy grande que sea, nunca será tanta como la del dueño de la casa vecina!

En Memoria de un Gran Amor(*)

I

CONOCI esta leyenda, que es una triste historia de amor, cierta noche de Abril, mientras me emborrachaba de luz de luna y de rumores de mar. En el cementerio del pueblo—un pueblo costero de Batangas, al que había llegado aquella misma tarde—me había llamado la atención un túmulo de suntuoso mármol labrado que entre las demás tumbas humildes era como un traje de seda entre batistas y percales. Leí estas palabras, que me hicieron sonreir irónicamente, grabadas en oro sobre el túmulo: EN MEMORIA DE UN GRAN AMOR. Nada más. Ni un nombre, ni una fecha siquiera. Sólo se notaba sobre la lisa superficie del mármol el lento avance del tiempo en la amarillenta costra que lo iba invadiendo.

Pregunté, indagué. Y un buen viejo, celoso guardian de cuentos y consejas del lugar, me contó complaciente y complacido esta leyenda, sentados los dos sobre la quilla de una banca volcada en un rincón cualquiera de la playa.

II

Ella—llamémosla Julia—era la moza más garrila del pueblo. Él—llamémoslo Fernando—era el mozo de más bríos en el lugar. Habían crecido juntos,

* Primer premio en un concurso de cuentos organizado por "La Tribu de Rami", una asociación cívico-social de Manila.

jugado a los mismos juegos y juntos sintieron la revelación del primer cariño.

—Te querré toda la vida, por sobre todas las cosas—había jurado Fernando un día.

—Te querré como se quiere a la Virgen—había murmurado Julia.

Se amaron. Y como eran todavía un poco chiquillos, siguieron jugando, y jugando a amores que muchas veces no acertaban a definir cuando eran juego y cuando eran amores. Pero en el fondo de todos sus juegos había siempre el reflejo del amor de sus almas. Así, cuando estaban los naranjos en flor, subíase a todos los naranjos el galan y los despojaba de todas sus flores. Y quedaba coronada de azahares la novia pudorosa que no sabía si protestar o morirse de delicia, mientras el novio decíale frases galantes al oído:

—Así estarás ante el altar muy pronto. Yo tengo tres cavanes sembrados de palay y muy poca suerte he de tener si con la cosecha no consigo levantar una casita, humilde y pequeña, pero mía, en el altozano más besado de sol. Y entonces...

Se cubría pudibunda el rostro la mujer, y el rubor empurpurábala toda, mientras seguía con sus visiones el hombre:

—Y en esa casita estaremos solos los dos con nuestro cariño. Solos para fabricar bajo el azul del cielo nuestro propio cielo hecho del azul del ensueño...

Y de pronto, sobre la paz del poblacho cayó como un trueno la noticia. El país entero se levantaba en armas. El país entero se lanzaba al combate, con el bolo libertador prendido a la cintura. La sangre empezaba a teñir de rojo el verde aterciopelado de los palayales.

Se animó el pueblo, con los comentarios, mientras las madres y las esposas y las novias temblaban de miedo por sus hombres.

—Allá ellos—decían unos—no hemos de malograr nuestras cosechas con luchas que no comprendemos.

—¿Qué mayor libertad—añadían otros—que esta libertad a plena luz y a pleno aire de los campos sin horizontes?

A veces cruzaban el pueblo grupos compactos de gentes de otros pueblos.

—¿A donde váis?—Les preguntaban.

—A la guerra vamos...

Tenían los rostros serios y en ellos pintada la sorda determinación de vencer o morir en el empeño. Fernando los veía pasar y se admiraba de la recia voluntad de aquellos hombres que iban a la muerte sin la menor vacilación. ¿Por qué? ¿Por quién?

—La Patria—le explicó uno que se había detenido un momento a beber—está por encima de todos los amores.

Y mientras dábale las gracias, le hizo una pregunta que fué a clavársele como un venablo en pleno corazón.

—Y vosotros, ¿qué hacéis que no váis a la guerra?

III

—Y vosotros, ¿qué hacéis que no váis a la guerra?

Le estuvo acosando a Fernando, a todas horas, la pregunta. No tenía un concepto claro del vocablo patria. La suya la tenía concentrada en bien poca cosa, en el pueblo, en menos todavía, en el pequeño pedazo de tierra que labraba todos los días.

Pero a ese pedazo lo amaba con toda la fuerza de su alma, con la misma fuerza con que amaba a Julia, y sabía que si algún día se lo arrebataban, habrían de pasar por encima de su cadáver. Y si no era por ese pedazo de tierra, que nadie discutía y que todos reconocían como suyo, ¿por qué patria iba él a lanzarse a la lucha sin más armas que un bolo?

—Y además—pensó Fernando—esos que van a la guerra tendrán, como yo, sus Julias del corazón. Y ¡bien poquito corazón deben tener quienes dejan atrás a sus novias para buscar la muerte!...

Pero una tarde de honda meditación, mientras la agonía del sol ponía trazos de sangre sobre el mar, Fernando creyó comprender un poco. Con alzar la vista, bien echaba de ver que no era su pequeña tierra el mundo, ni era solamente aquella su tierra porque él era del país donde había nacido, de todo aquel país que era tan grande. Y pensó más. Todos estos vecinos suyos, todos los de los pueblos contiguos eran hermanos suyos y así tenía que considerarlos si frente a ellos se ponía gente de otra tierra. Y así era el caso. Era de otra tierra la gente con quienes luchaban a muerte sus hermanos. ¿No era una deserción la indiferencia? ¿No había realmente por encima de la pequeña tierra que se labra todos los días otra patria por la que debieran luchar todos?

Por el pueblo pasó una noche un grupo, de vuelta de la lucha. Llevaban en improvisada camilla de ramas y hojas a un hombre herido.

—A poco más lo mataba el enemigo—explicaron sus compañeros—una bala le atravesó un hombro, y poco faltó para que le partiese el corazón.

Hirvió de ira el alma de Fernando. Era un hermano, este herido a quien a poco más mataba el ene-

migo de todos. Era suya la sangre que el herido había vertido. Y era por aquella patria—que era del herido y de él—por la que había estado a punto de morir.

—Volveremos después—continuaron sus compañeros—porque a éste hay que vengarlo...

Y otro añadió todavía:

—Y ¡deben vengarlo todos cuantos no se sientan cobardes!

¡Cobardes!... ¡Cobardes! ¡Él era uno, que se pasaba las tardes hablando de amor en la playa, sin que ni una vez las olas tintas de rojo en las agonías de sol le evocasen la sangre que iban derramando sus hermanos! ¡Él era uno que tenía concentrada toda su patria en el pedazo breve de tierra que roturaba todos los días, sin pensar ni una vez que en otros campos iba la muerte abriendo surcos para los hermanos suyos que luchaban! Se decidió. Sería fuerte. Pondría por encima del amor a la Julia de su corazón el amor a su patria.

Y fué a ver a Julia, transververada de nuevo cariño el alma.

—Voy con esos—le dijo breve—a la guerra.

Abatió su cabeza, temeroso de una repulsa, de una queja que pudiese hacerlo vacilar en la decisión. Y fué con asombro suyo, con un enorme asombro suyo que oyó a la altísima novia de su corazón:

—Bien segura estaba de que sabrías ser, como los otros, valiente. Vete, vete y lleva contigo mi cariño. Yo, yo estaré esperándote...

Se unieron en un abrazo de santa pureza. En la magnitud de su cariño supieron hacer del amor a la patria, no un rival, sino otro eslabón ¡para estrechar más los lazos del amor suyo!

IV

Julia estuvo esperando meses y meses. Fueron volviendo otros del pueblo que habían seguido el ejemplo de Fernando. Pero a las preguntas de Julia contestaban con evasivas:

—No sabemos nada, nada... Fuimos enviados a diferentes puestos. Es posible que haya tenido que trasladarse a otra provincia.

Al encontrarse solos, los compañeros de Fernando se enjugaban los ojos. Fernando no volvería, Fernando había quedado en el campo, de cara al cielo, con el pecho abierto por un balazo...

Julia estuvo esperando años y años, y nunca perdió la fe en la vuelta del amado:

—Volverá, volverá...—solía exclamar la pobre.

Envejeció. Perdió la memoria, perdió un poco la razón. Pero jamás olvidó la cantinela:

—Me lo dice el corazón: ¡volverá!

Una buena tarde de Mayo, mientras moría desangrándose el sol sobre el mar, la sufrida mujer murió. Y en el último resplandor de los ojos parecía brillar la inextinguible luz de la esperanza tenaz: volvería Fernando...

—¿Y el túmulo de marmol?—pregunté al viejo que me narró la historia.

—Lo costearon los vecinos del pueblo conmovidos por la magnífica lealtad de esta pobre mujer. Un estudiante de derecho, recien llegado de Manila, literario y sentimental, mandó grabar esas palabras: EN MEMORIA DE UN GRAN AMOR.

AMOR TIRANO

I

POR primera vez en muchísimos años, la casita solitaria que ocupaban las dos mujeres conoció lo que, no siendo dolor todavía, traía la amenaza de un dolor cercano e inevitable. Y de pronto, como si un alma atormentada se asomase a sus balcones, a sus ventanas, el aspecto alegre y coquetón de la casa, tan limpia que brillaba al sol, se tornó lóbrego y sombrío. Los vecinos, como si algo adivinasen, empezaron a hablar en voz baja y hubo en toda la barriada un aire de ominosa expectación...

II

Las dos mujeres, tan distanciadas en edad, no eran parientes, pero se querían más que si lo fuesen. La vida en común, llevada a lo largo de años de mutua armonía, de tolerancia mutua, había sido felíz porque estaba hecha de mutuas concesiones. La vejez de Adela y la juventud de Araceli se complementaban y nunca vaciló la una en buscar el apoyo de la otra. La de más edad, buscaba a veces el entusiasmo vital de la más joven y la más joven buscaba el sedante influjo de la mayor. De manera tal que en la alegría como en el dolor, fueron siempre las dos copartícipes en la misma intensidad.

Las señalaban los vecinos, con un poco de envidia:

—La amistad, en plena perfección. No pudieran

tenerla mayor si, en vez de ser amigas, fuesen algo más todavía; madre e hija, por ejemplo...

III

Pero las dos mujeres, atentas a su propia felicidad, no contaban con la Vida. Un día, Araceli, ya con sus diez y siete años, sintió una secreta ansiedad y, como arrastrada por el presentimiento de una revelación, fué corriendo al jardín. Lo encontró milagrosamente renovado, con un distinto sentido. Y le vibraron las aletas de la nariz al aspirar el perfume de las rosas y de los jazmines y ella misma se sintió cuajada de jazmines y de rosas. Además, en el cielo lucía un nuevo sol, tan luminoso, tan vibrante que Araceli lo creyó hecho de prismas de diamantes.

IV

Y aquel día, Adela rezó más intensamente. A la edad que ella tenía—bordeando ya los cincuenta años—se tiene en los ojos cansados el poder de penetrar en las almas. Y antes que Araceli misma, la pobre mujer había visto un alma nueva, nacida al influjo del jardín dotado de nuevo sentido y del sol luminoso y vibrante.

Ni siquiera tuvo necesidad Adela de interrogar a la amiga. Le bastó verla sonrojarse, vibrar bajo la muda pregunta de sus ojos escrutadores.

V

El dolor era todavía vago, sin contorno y sin perfil. El dolor no era más que una amenaza. Y Adela,

alma piadosa, quiso acogerse al favor del cielo a ver si Dios, en su infinita bondad, alejaba el peligro. Y Adela, alma bondadosa, tuvo la debilidad de odiar lo único que podía odiar palpable y visible: el jardín aquel, empeñado en florecer hasta bajo la arena de los senderos y el sol aquel, empeñado en incendiar el mundo hasta desde el seno de las nubes.

Pero lo que más odió Adela, con un odio que tuvo que confesar a su confesor porque ya era pecado, fué aquel hombre que un día pasó frente a la casa y dió a su dolor una forma inevitable y definitiva.

VI

¡Diez y siete años! ¡El jardín, germinando florescencias hasta sobre las tapias, hasta por entre las grietas de los muros! ¡El sol, espolvoreando de oro hasta lo más recónditos rincones! ¡La sangre, agolpándose cantarina a las venas henchidas! ¡La Vida, la Vida!...

Y por el sendero fronterizo, un Hombre.

Aquel día, Araceli dió gracias a sus diez y siete años, al jardín, al sol, a la sangre, a la Vida...

Y dió gracias, toda encendida de rubor, al Hombre que pasaba...

VII

Fué el Amor. Así, en seco. No hubo necesidad siquiera de protestas y de mentiras—dulces mentiras. Eran dos almas recién salidas de la fragua creadora y tal como nacían, desnudas de doblez e hipocresía, iban rectas a la mutua entrega.

—Te quiero—suspiró la una.

—Te quiero—suspiró la otra.

Adela, desde la constante vela de su cariño de amiga, lo presintió, lo adivinó, lo vió enseguida.

VIII

Pensó hablar a la amiga:

—Tú eres una ingrata, tú eres mala. Desde que nos decidimos a juntar nuestras vidas, no hubo nada en mí que no fuese tuyo, porque en tí vivía. Te quise más que una madre a su hija y no hubo sacrificio a que no estuviese dispuesta, por darte una alegría o ahorrarte un dolor. Mayor cariño que el mío no lo hubo en la tierra jamás. Y, sin embargo, por un advenedizo, lo olvidas todo.

Pero no se atrevió a decir nada, aunque bien claro veían sus ojos y sentía su alma que por el advenedizo aquel, Araceli lo olvidaba todo...

IX

Y tan lo olvidaba todo que una vez, cuando el Hombre le profuso la fuga, apenas pudo objetar debilmente la razón de Araceli.

—La pobre, lo que va a sufrir...

Pero el Hombre fué elocuente. Si el Amor de los dos exigía aquel sacrificio, ¿por qué no iban los dos a hacer aquel sacrificio? Los dos, porque también él comprendía lo que era desprenderse de un cariño viejo, de una amistad que era la envidia de los vecinos, y amándola él tanto, cualquier dolor de ella era suyo. Pero el Amor era así: exigía, apremiaba...

X

Adela era una buena amiga. Ninguna podía serlo tanto como ella. Y supo ser grande, magnífica.

En sus ojos cansados—hoy más que nunca, de tanto llorar en silencio—existía el don de penetrar en las almas y ella veía muy claramente, como si se los restregasen a los ojos, los preparativos para la fuga. Aún más, sabía que a veces, en lo hondo de la noche, el viejo jardín palpitaba de besos. Pero por encima de su dolor y por encima de su odio, supo tener el valor de guardar silencio. Pero era tanta su pena que hasta se olvidó de rezar. ¿Para que, si ya no cabía remedio?

XI

Los vió partir, de madrugada, desde el cobijo de un balcón sumido en tinieblas. Los dos jóvenes, atentos a su propia felicidad, no volvieron la cabeza siquiera. Tenían bastante con el camino que se les abría por delante. Y así desaparecieron, sombras confundidas con las sombras, pero tan llenos de luminosidad interior que era el mundo un mundo en ascuas.

Lentamente, como si de pronto hubiese comprendido que la Vida ya no tenía ningún sentido, Adela se fué tronchando, tronchando, hasta quedar de bruces en el suelo, con los brazos abiertos en cruz...

EL RETORNO(*)

I

VOLVIA...

Y volvía con el corazón roto en pedazos, con unas ansias indefinibles de convertirse en aire, en luz, en algo impalpable, que estuviese por encima del remordimiento y el dolor.

El tren corría bufando, manchando con sus flámulas de humo la azul transparencia del ambiente. A través de las ventanillas de cristal, María, con los ojos inmensamente abiertos en una sed de abarcarlo todo, veía los mismos paisajes que el recuerdo había grabado indeleblemente en su memoria. Extensas planicies, amarillentas ya bajo el flagelante bochorno de la canícula; maduros palayales, con sus espigas reventonas, inclinadas bajo el peso de sus granos de oro, qu se perdían allá lejos, en la línea de horizonte, siempre abierto, siempre igual; y en el fondo del panorama, largas hileras de cañas, rumiando sus eternas tristezas de gigantes solitarios. Acá y allá, contrastando con la tonalidad áurea del conjunto, se veían algunas gumamelas, fingiendo frescas manchas de sangre. Alguna vez, distintamente recortados por la luz solar, se vislumbraban los contornos de los oquedales.

Acaso fué ayer, tal vez fué hace muchos años, (¿quien mide esos lapsos de tiempo que distancian dos estados de alma opuestos?), que el mismo tren la había divorciado de su pasado de moza pueblerina, ha-

---

* Primer premio en un concurso de cuentos organizado por "La Vanguardia."

ciéndola correr hacia tierras incógnitas, en noches de ilusión soñadas y nunca palpadas al despertar.

Fronterizo, un viejo mascaba su *buyo*, reconcentrado dentro de sí mismo, en un mutismo egoista.

María se atrevió a inquirir:

—¿Está lejos todavía el pueblo?

El viejo la miró con extrañeza, no exenta de animosidad. ¿Quién era esta mujer que le preguntaba así? ¡Bah! Sería una de tantas viajeras del placer, que cansadas de verter en la ciudad el veneno de sus carnes pecadoras, van a buscar en los campos, en la virginidad de alma de sus gentes sencillas nuevos escenarios para sus aventuras galantes.

—¿Linao?—gruñó más que contestó el viejo.— De aquí hasta allá el tren tendrá que correr todavía lo que dura un cigarrillo. . . .

No quiso ser más explícito. Chasqueando la lengua, arrojó un salivazo.

Ella no insistió. ¿Para qué? Aquel lenguaje era para ella asaz conocido, y bien comprendía muy a su pesar la idiosincracia un poco montaraz de aquella gente. Sabía que su traje llamativo, el olor a perfume barato de su cuerpo, delatábanla tal cual era: una flor del fango, arrojada por el azar o por propio capricho a la vida fácil del placer. Para aquel viejo, acorazado por un código moral estricto, era humillante sostener conversación con mujerzuelas de tal jaez. Tal vez sospechaba que iba ella a turbar el reposo beatífico de aquellos contornos con el olor a pecado de sus carnes. . .

Volvió a contemplar los lugares que iba dejando tras sí el tren. A ambos lados de la vía, verdes platanares abrían sus anchos abanicos de hojas, agitándolas al pasar aquel monstruo de acero, con coquetería

de damas de salón; algún potro suelto, levantaba espantado la cabeza, hinchando su nariz, y se lanzaba después a una loca carrera a campo traviesa, levantando al peso de sus cascos nubes de polvo. Para aquel salvaje habitante de las campiñas, el tren que volaba rugiendo y arrancando chispas a sus rieles de acero, era un intruso que venía a poner trabas a su libertad.

II

Al saltar de la carretela, que con sus bajadas y subidas por veredas desiguales le había magullado despiadadamente las carnes, María aspiró con una sed de dulzura la primera brisa de la tarde. Estaba olorosa a flor, a flor que tras el bochorno de la siesta, se abre en una corona de pétalos, para derramar su perfume bajo el cobijo de la piedad tardecina; sentía vibrar con cierta voluptuosidad las aletas de su nariz, erecta y sensual, bajo la caricia de aquel perfume, mezcla de olor de mazorcas de maíz y de espigas de palay recién cortadas, y de sampaguitas y mileguas.

Allí estaba la casa. No había cambiado. Diríase que los años, que son canas en los hombres y mugre en las cosas, habían respetado aquella cabaña de nipa, cuna, lecho de amor y tumba de sus padres. El mismo cerco de caña, disimulado bajo una espesa mata de sampaguitas, de cadenas de amor, de gumamelas, protegía el zaguán de miradas indiscretas. Hasta el pono de guayaba a que en sus tempranos años se había tantas veces encaramado, se erguía aún, si pobre en hojas y frutos, firme todavía, a la bajada de la misma escalera. Una jaula vacía, abierta por los lados, hablaba en la ventana de pájaros muertos o es-

capados a la espesura de los bosques, sedientos de libertad, de vida...

Dió un paso atrás, atemorizada. Un mastin blanco-cenceño, corría hacia ella, ladrando furiosamente.

—¡Eh! Volcán... ¡Arriba!...

A María, le dió un vuelco el corazón. Como la casita de nipa, la voz de su hermana menor no había cambiado a pesar de los años. Y en su memoria revivió la imágen de Trining, la predilecta de sus padres. Era blanca, con blancura lechosa; los ojos negros, intensamente negros, tenían llamaradas de fuego, que se convertían inmediatamente en cascadas de ternura infinita. Su figura menuda daba la idea de un junco...

Ahora la veía de nuevo bajo el dintel de la puerta. Estaba más madura, más envejecida tal vez. El dolor, noches desveladas, pensando en el porvenir de sus hermanos huérfanos, habían puesto melancólicas ojeras al rededor de sus ojos; la conciencia de sus deberes, maternales antes de tiempo, había rizado su frente en tempranas arrugas. Sólo el mentón partido en dos por la gracia de un hoyuelo conservaba el encanto de los antiguos días.

—¿Buscaba a alguien la señora?

María sintió una conmoción dolorosa. Trining no la había conocido, y se sentía cobarde al tener que dejarse conocer ahora. Hubiese preferido que de buenas a primeras, su hermanita hubiese reconocido en aquella extraña, a la hermana mayor que, hacía muchísimos años, en una noche romántica de Mayo, se había fugado.

—¡Trining!...

Rompió en sollozos. Sus manos se extendieron

en un deseo de abrazo, y temblaron sus piernas, bajo la impresión de aquel encuentro doloroso.

—¿Tú María, tú aquí?...

Se abrazaron estrechamente, apasionadamente. Los dedos de Trining juguetearon entre los cabellos de su hermana, y sus labios, labios rojos, labios ardientes, labios de fuego, no supieron ya separarse de las mejillas, de la boca, de la viajera. Después se la llevó casi en volandas, escaleras arriba, llorando y riendo al mismo tiempo. Volcán miró a las dos hermanas, con ojos todavía furiosos y se tendió después gruñendo sobre sus patas traseras...

III

—¿Preguntas cual fué mi vida? Fué como la de todas las de mi clase. Días de bonanza, noches tempestuosas, caricias de la fortuna y flagelazos de la suerte... He aquí en resumen toda mi historia. Recorrí pueblos, repartiendo sonrisas sin pensar jamás en las madres, esposas, hermanas, hijas, que quizás habrían de llorarlas. Triunfé alguna vez; tal vez me creí reina y soberana de mi pequeño mundo, pero fué siempre doloroso el despertar. ¿Era feliz? ¿Estaba contenta? Nada me faltaba, es verdad, pero sentía algo allí en el fondo de mi conciencia que en mis noches de soledad me hablaba de cosas idas, de recuerdos de una infancia lejana, perdida entre las brumas de lo que ya no vuelve. Luego, el recuerdo de nuestra madre...

Trining escuchaba el relato, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta. Allí estaba la historia, sangrante y triste de su pobre hermana; tan grá-

fica y real que parecía vivirla ella misma en aquellos momentos formidables...

—Y ahora,—prosiguió María,—yo quiero volver a esta tierruca, que nunca debí haber abandonado, sedienta de amor, de amor verdadero; de revivir mi infancia, de aspirar esta brisa que es pura y conocer estas almas sencillas, sin manchas en su transparencia de cristal...

Trining se levantó bajo una impresión de terror.

—¿Volver? ¿Volver aquí de nuevo?... Imposible, María, imposible...

—Y ¿por qué?

—Porque te está eso vedado por nuestra madre que en el cielo está. Oye, María: un encargo me dió antes de morir y fué éste: "Hija mía, cuida a tus hermanos. Si la ausente vuelve,—no quiso ni mencionar tu nombre,—arrójala de tu casa, para que no se contaminen mis otros hijos...

María palideció de horror. Estaba proscrita de aquel hogar. Su madre, a quien tanto había ofendido, tenía ordenado su destierro perpetuo del solar de sus mayores. Y ¡ella, ella que quería regenerarse, volver a la vida tranquila de los antiguos días, se vería de nuevo obligada a mendigar dinero, a costa de sus carnes!...

Su hermana, temblorosa, prosiguió, cogiéndola violentamente:

—Vete, vete antes de que lleguen de la escuela tus hermanos. Vete, porque nuestra madre te lo manda. Continúa tu vida si quieres; regenérate si eso prefieres, pero márchate porque aquí no tienes sitio... Vete por Dios...

María tuvo un gesto de rebeldía. ¿Con que su madre, muerta y todo, seguía persiguiéndola? Pues

no sería; antes preferiría ella morir, para acabar de una vez con aquella vida maldita...

Quiso saltar por la ventana. Trining, rápida como el pensamiento de su hermana, la cogió por la orla del traje.

—¿Qué haces desgraciada?... María, por Dios, vuelve en tí. Mira que eso está mal, que eso es un pecado.

Desfallecida bajo el peso de emociones tan encontradas, María se dejó caer en un asiento. Una extraña laxitud se apoderaba de ella, y sentía que todo giraba en su rededor.

Trining, hermana al fin, le rodeó el talle con las manos, y la besuqueó ruidosamente. Otra vez volvieron a juguetear sus dedos entre los cabellos de su hermana. Y otra vez sus labios, rojos y ardientes se posaron sobre las mejillas y la boca de su hermana.

Después se levantó decidida:

—Mira, María; si nuestra madre te proscribió de mi hogar, yo, a despecho de su mandato, te admito...

María se levantó de un salto; se precipitó sobre su hermana, y la zarandeó a besos, deshecha en mares de ventura...

El Alma de la Pascua

Sin un alma infantil, sin fe sencilla,
¿Cómo he de comprender la maravilla
De ingenuos nacimientos y belenes?

I

SE dicidió en un momento. Llamó a un dactilógrafo y fué dando órdenes:

—Diga al chófer que prepare el coche para un viaje largo. Después, a los de casa, que me pongan dos trajes en la maleta. Yo me marcho a Santa María...

Hugo Belmonte, al volver a quedarse solo, hubo de admitir que acababa de quebrantar una costumbre inveterada. Era la primera vez que se dejaba llevar de un impulso rápido, permitiendo al corazón imponer sus fueros al cerebro. Tuvo que autoanalizarse en busca de razones para explicar aquella extraña conducta. Hubiese sido una sinrazón que decidiese el viaje por nada, porque sí...

Bien. La noche anterior había pasado por la Escolta. La vieja calle parecía haber perdido su frialdad comercial y se la sentía palpitar con una nueva vida. Cruzábanla de parte a parte líneas de bombillas eléctricas que parecían tatuajes de luces. Los escaparates daban la impresión de estar cuajados de brillantes. Los dueños, ingenuos e impregnados del espíritu de la Pascua, habían dado rienda suelta a la imaginación. Detrás de los cristales, deslumbraban las blancuras de nieve que fingían los copos de algo-

dón. De lagos congelados con lechos de cristal, emergían árboles de Navidad, erectos pinos de cartón y papel con las ramas abatidas bajo el peso de muñecos y bombones.

Por las aceras discurría la multitud, una multitud pausada y festiva, saboreando la intensa emoción del momento presente, sin esa vaga inquietud que despierta el pensar que va avanzando el final de la fiesta. Se adivinaba en todos la seguridad de que, por mucho que corriesen las horas, había por delante en amplia perspectiva plenitud de goces...

Hugo pensó en sí mismo. ¿Por qué, siendo la Pascua fiesta de todos, se sentía él al margen de la alegría general? ¿Qué sino impiadoso lo aislaba de los demás? ¿De qué estaba hecha su alma que no vibraba al compás de este entusiasmo que parecía irradiar de todos los cuerpos? Tuvo un momento de amargura. ¡Pobre títere, fatuo y vacío, él que se sabía de memoria los códigos y no acertaba a explicarse cómo podía esta gente sentirse feliz con sólo extasiarse ante las luces y comprarse un pedazo de tela y emocionarse con el aire fácil y cascabelero de un villancico!

Hugo se pasó toda la noche cavilando. Y de repente, esta tarde en su oficina, en la pausa entre dos alegatos, se le ocurrió la idea. Iría a su pueblo. Se empaparía de sencillez, de humildad en la paz de aquel lugar que no había visto durante los últimos quince años, demasiado absorbido por sus trabajos, fustigado por el afán de huir de la pobreza que había conocido en su niñez. Iría a Santa María a ver si el calor de los recuerdos conseguía despertar su alma a la sugestión santa de esta fiesta de todos que es la Pascua...

Entró el dactilógrafo y anunció:

—El coche está listo. La maleta también, según me acaban de avisar.

II

Al anochecer y a medio camino todavía, cayó una llovizna fina, helada. El chófer corrió las cortinas y Hugo tuvo que encogerse en un rincón, tiritando.

—Mucho cuidado, Crispín—indicó.—El camino está resbaladizo seguramente. Mucho ojo en las curvas...

Se hizo difícil el manejo, con el parabrisas empañado por el agua. El claxón tenía que gemir a cada instante. Dentro del círculo de luz que proyectaba el reflector, surgían árboles, casas, bultos informes que lo mismo podían ser personas que animales. La noche parecía una boca enorme que se tragaba al automóvil en rápida succión...

—Si chocáramos ahora—pensó, con un poco de miedo, Hugo.

Estaba medio arrepentido ya. Loco debía estar para haberse decidido a este viaje tonto. ¡Para lo que debía estar esperándolo en el pueblo! ¡Si casi no le quedaba familia! De niño perdió a sus padres. Por eso mismo, tuvo que abandonar Santa María. No quería ser una carga para el tío único bajo cuyo amparo pasó a vivir. Y ¡ese tío se había ido también! No quedaban más que unos parientes lejanos, tan lejanos que acaso ni se acordarían de él. Y ¡en casa de sos parientes había él pensado alojarse! ¡Bah! ¡Tonto, decididamente tonto él, al pensar como nunca había hecho, en volver al pueblo! ¡Quién lo mandaba a él! Tan bien como se sentía, en su indife-

rencia a todo, sin importársele un ardite que se divirtiesen ó no los otros. Allá ellos con sus cosas, con su modo de ver las cosas. Y ¡él se había dejado llevar de aquella sensiblería de última hora, con la que sólo había conseguido estar aquí muriéndose de frío, en un viaje endiablado por caminos llenos de baches y charcos, en un constante peligro de romperse la crisma en alguna hondonada del trayecto!...

Cerró los ojos. No quiso pensar. Dormitó en su rincón. Pero, enseguida lo despertó, sobresaltado, un estampido:

—¿Qué, qué ocurre, Crispín?

—¡Una goma que se nos ha reventado, señor!...

Paró el coche. Bajó el chófer para inflar una goma de reserva. Volvió a dormitar Hugo en su rincón, pero su imaginación fué más fuerte que su voluntad. Y pensó. Y rememoró. No habían sido siempre así sus nochebuenas. De chiquillo, las había tenido felices. Se dormía temprano con encargo a su madre de que lo despertase al primer toque de campanas.

—Pero, al primer toque, ¿eh, mamá?

—Sí, niño, sí, al primer toque...

Bueno, no lo despertaban y se le escapaba la misa de gallo. Claro, amanecía él con la rabieta de no haber podido oir la misa. Pero mamá, muy diplomática, lo primero que hacía era amontonar juguetes y dulces y golosinas en cama. Se le iba pronto la mala espina, y saltaba de la cama alegre, con la perspectiva del traje nuevo, del asalto a los parientes en demanda de aguinaldo... Bruscamente, Hugo se despertó de sus ensueños. Otro estampido.

—¿Otra goma, Crispín?

—Sí, señor...

III

A la entrada del pueblo, lo recibió un repique de campanas. Hugo encendió una cerilla y consultó la hora. Las doce en punto. La misa de gallo, con toda seguridad. Se sacudió, distendió sus miembros entorpecidos y dió instrucciones sin vacilar:

—Tuerces a la primera calle, a la izquierda, y te paras delante de la quinta casa. Despacio, Crispín...

Sospechaba que no había cambiado el pueblo. Se lo confirmó su primera impresión. Había la misma curva violenta, a la entrada, el mismo edificio ruinoso a modo de guardián, y el mismo puente antiguo, de rampas pendientes.

A las ocho debió llegar, y llegaba a las doce. Creyó que no llegaría nunca. Sólo faltaba que ahora, con lo intempestivo de la hora, no lo recibiesen sus parientes.

—Esta es la casa, señorito...

Hugo separó las cortinas, y reconoció el edificio, hundido entre las sombras de una amplia huerta. Ordenó a Crispín que llamara. Sonaron aldabonazos. Tenía algo de tétrico y mistrioso aquel ruído en la media noche. Hugo, desde el coche, inquirió:

—¿No contesta nadie?

Se acercó Crispín, para explicar. No había luz, ni se movía alguno. Debía estar completamente desierta la casa, con la gente fuera, en la iglesia con toda probabilidad.

—Prueba otra vez—volvió a ordenar Hugo.

—Completamente desierta la casa—le fué a confirmar Crispín, al cabo de un rato.

Se quedó sin saber qué hacer Hugo, maldiciéndose por su mala ventura. ¿Dónde se metía él ahora, a esta hora inoportuna de la media noche? Fué examinando los alrededores. El alumbrado público, de gas, apenas si alcanzaba a desgarrar las tupidas tinieblas. A lo lejos, bajo un farol, brillaba un charco. En el fondo de la calle, se destacaba la sombra de una acacia gigantesca. Algunos vanos de puertas y ventanas se recortaban iluminados. A veces surgían sombras enlutadas que se dirigían a la iglesia. Se perfilaban un momento en los sitios de luz, como aves de mal aguero y volvían a sumirse en las tinieblas.

Oyó otro repique de campanas. Ah, sí, recordaba bien. *¡Gloria in excelsis*—Gloria en las alturas! La misa estaba en plena función, con el sacerdote cantando la gloria. Hugo hacía tiempo que no oía misa, pero todavía conservaba vagas nociones del proceso del santo sacrificio. *¡Gloria in excelsis!*—Cerró los ojos Hugo, tratando de emocionarse un poco con el recuerdo. Hasta inició un rezo, que no pudo terminar, olvidado de las palabras santas. Pero del fondo de sus entrañas rogó a Dios, rogó intensamente que en aquel momento siquiera le diese un alma sencilla, un alma humilde que supiese impregnarse del espíritu de la Pascua.

Oyó carcajadas, oyó voces alegres. Intrigado, él mismo giró la llave de la luz del automóvil. Los faroles, encendidos, dibujaron delante del coche un círculo luminoso. Hugo los vió. Gente del campo, ataviada con trajes nuevos. Jóvenes con toda seguridad, con pañuelos de seda anudados a la garganta los hombres, sombreadas por velos de crespón las mujeres. No parecieron darse cuenta ni del coche, ni de él, ni de nada. Iban borrachos de la alegría que parecía

emanar de ellos mismos, una sana alegría vibrante y sutil, que era como un pan hecho con la levadura de sus propias almas; una alegría confiada y sincera, clara como este repique de campanas que iban cantando gloria, gloria, gloria...

Hugo se dejó caer vencido, derrotado. ¡Pobre títere, fatuo y vacío, él que pretendía gustar del pan espiritual sólo concedido a las almas sencillas e ingenuas! Había venido al pueblo esperando que en su ambiente evocador de viejos recuerdos podría él volver a impregnarse del espíritu pascual. Y se había equivocado, puesto que ese espíritu no venía de fuera, sino de un fuego interior prendido por algo, el alma misma de la Pascua. Y ¡el alma de la Pascua no prendía ese fuego en todos! Escogía, seleccionaba, rechazaba. Él era un rechazado. En la dura lucha por la vida, se había él acorazado contra los sentimientos, endureciendo la corteza de su alma, porque cuando se tiene corazón no se triunfa en la vida. Él fué fuerte. Él ahogó su corazón. Y él triunfó. Pero, he aquí que el triunfo exigía también su precio. ¡Alma de la Pascua! ¡Espíritu sutil que busca almas sencillas, almas humildes, almas ingenuas!...

No, él no podía llegar a comprender esta fiesta de todos que es la Pascua porque para eso hay que tener corazón y él había perdido el suyo...

Hugo, con voz ronca, dió órdenes a Crispín:

—Da la vuelta... Nos vamos a Manila...

La máquina trepidó, giró la manivela con un chirrido. Y el coche, ágil, rápido emprendió en retorno. Hugo, embutido en su rincón, no pudo reprimir un sollozo...

AMOR MULTIPLE

ELENA *es una buena amiga mía. Mariquita es una amiga de Elena. No, no vayas a pensar mal, lector. No se trata de ninguno de esos triángulos de amor en que abunda tanto la literatura cinematográfica, porque a mí, en materias del corazón, no me gustan las complicaciones. Mariquita me interesa,—¿por qué no?—como me interesaría un problema cualquiera de ajedrez. Es sutil, complicada, casi enigmática. Me desconcierta la movilidad inquietante de sus ojos preciosos—de coqueta, superficialmente—y el dibujo amargado de sus labios. Me atrevería a afirmar que esos ojos miran la vida con sorna, como una broma pesada que hay tolerar en la mejor forma posible y que, inmediatamente, los labios gritan el mentís rotundo de su expresión dolorosa. No, no; la vida es una cosa muy seria, muy pesada y muy triste.*

Yo, a despecho de mis pretensiones de analizador de almas, confieso que no comprendo a esta mujer. Elena me dice—mi amiga y yo tenemos un pacto mutuo de contarnos nuestros secretos... y los de nuestros amigos—que la pobre muchacha acaba de tener el disgustazo de su vida. Estaba en amores con un chico—y es otra paradoja que ella, tan espiritual, tan fina, se haya enamorado de un chico que no tiene de particular más que sus bíceps de atleta. Bien; como sucede en estos casos, por fas o por nefas, se pelearon. Definitivamente, esta vez. El se marchó jurando no volver más; ella, por no ser menos, aceptó la invitación de unas amigas para pasar una tempo-

rada en Baguio. "Para olvidar..." dice en una de sus cartas a Elena. Y yo, que he leido las otras que fueron viniendo con asiduidad, me he preguntado muchas veces qué es eso que Mariquita—y con ella, las demás mujeres tal vez—llaman "olvidar". Estas cartas me desconciertan como todo lo de ella, quizá porque representan combinados en hermandad trágica "los ojos de risa" y los "labios de dolor", y no resisto la tentación de publicar extractos. ¿Indiscreción? ¡Quién sabe! Pero, ¡son tan interesantes, tan íntimos y sobre todo, tan incomprensibles!...)

Baguio, Marzo 4, 1930.

Querida Elena:

Apenas me he sacudido el polvo del camino, aquí me tienes, pluma en mano. He prometido escribirte inmediatamente y lo hago, aunque a decir la verdad, en ello hay un poco de egoismo. Me siento tan sola y tan triste que necesito volcarme toda entera en sinceridades. ¿A quién confiarme mejor que a Elena, la amiga-hermana, la única capaz de comprenderme?

Tú sabes cómo salí de Manila: con el alma lacerada. Lo digo no por dramatizarme, sino en justa expresión de la verdad. Nunca creí que se pudiese sufrir tanto y por un hombre que ha sido tan canalla. Porque la verdad es que lo ha sido Juan. Canalla, como no se puede ser más. Y, Dios, ¡cómo lo he querido! Por él, hubiese llegado a los mayores sacrificios; por él hice cuanto se puede esperar de una mujer. Y en recompensa, ¿qué he recibido? No quiero pensarlo más, porque me volvería loca. Aunque ya lo he sido hasta hoy: loca, como todas las mujeres que aman. Pero, ha sido una locura tan divi-

na ¡que mil veces incurriera en ella aunque me dijesen que a cambio sufriría tormentos mil veces mayores a éste que sufro, ya tan grande, ya tan insufrible! Pero al lado de ese amor tan inmenso tengo también—¡a Dios gracias!—ese orgullo, muy nuestro, de ocultar la herida bajo la sonrisa. En este viaje que duró siete horas, quizá nadie rió más que yo. Eran las mías unas risotadas locas, atolondradas, explosivas muchas veces, como serían las del clásico *clown* que, desde el tabladillo, tiene que hacer chistes mientras agoniza un hijo en casa. Menos mal que a mí,—¡qué vanidosa!, dirás—la risa franca cascabelera, borbotante, me favorece. Debí haber llamado la atención porque, desde Polo todavía, el viajero del compartimiento contiguo no cesó de mirarme. Sólo entonces comprendí que se puede mirar a una persona desconocida intensamente, abiertamente, sin incurrir en un torpe descaro. No he visto admiración más franca que la que brillaba en los ojos de aquel señor. Yo, claro, me sentía complacida... y ¡un poco atormentada por el remordimiento! ¡Héme aquí—me decía interiormente—frente a la mayor tragedia sentimental de mi vida y, sin embargo, todavía soy capaz de fijarme en que me miran! Pero, es que aquel hombre miraba de un modo...

Baguio, Marzo 6, 1930

Queridísima Elena:

Es un cadete; un cadete de Baguio. Alto, bien formado: guapo, en una palabra. Y nada tonto, como suele pasar con la gente aficionada a las armas. Además, es de buena familia. Sí, mujer; sí. Lo he averiguado todo; es decir, me lo han dicho. Aquí en Ba-

guio no sabes tú cómo se entera una de las cosas inmediatamente.

Tú habrás comprendido ya que hablo de aquel viajero del tren. De aquel que miraba de un modo... Pero, y ¿Juan? ¿El canalla de Juan? No te creas que me haya olvidado. Hay dolores que no se olvidan jamás. Este que tengo—saeta mortal que me traspasa el corazón—irá acompañándome a lo largo de mi vida, como una sombra inseparable. Lo llevaré bien oculto, pero, alma dentro, seguirá sangrando...

Baguio, Marzo 8, 1930

Elena, alma mía:

Lo conozco, me lo han presentado. Esta mañana, en el mercado. Tú comprenderás que no iba a quedarme en casa, suspirando. Ya te he dicho que conservo mi orgullo de mujer y este orgullo me manda llevar erguida la cabeza, puestos los ojos en el sol, aunque por dentro vaya toda deshecha en llanto. Así somos las mujeres, ¡fuertes y bravas! Claro que a solas conmigo, lejos de ojos curiosos, me vuelvo la mujer que soy, toda debilidad y no hago más que llorar. Bien; como te decía, no iba a quedarme en casa y esta mañana, ya visto todo lo demás de Baguio, se nos ocurrió ir al mercado. Aquí en Baguio el mercado es una institución; mejor, es un *rendesvouz*. No es, como ocurre en otras partes, el sitio para mercar, para comprar; es el sitio para buscar caras conocidas, entablar amistades; es una especie de club *sui generis*. Y en este mercado...

¿A qué describirlo? Sólo te diré que, a la media hora, éramos tan amigos como si nos hubiésemos

conocido desde la infancia. Poco faltó para que, a las primeras de cambio, nos tuteáramos. Luego, en grupo, dimos vueltas y vueltas. Y ¡qué cosa más extraña! Baguio pareció cambiar de repente. Lo sentía más íntimo, más amable, más cordial. Los pinos cantaban la canción perfumada de sus ramazones—ahora comprendo a Longfellow, ese viejo poeta, bueno y barbudo, ¿te acuerdas?—y en el ambiente sutilizado como por milagro, se podía percibir una vibración de nueva vida. Poco me faltó para que, en un gesto de entrega al gusto de vivir, gritase *¡Aleluya!*... No sé por qué *aleluya*, precisamente.

Pero me da rabia porque todo eso que te digo no lo sabrá jamás Juan. Ah, ¡qué gusto que él se enterase! Así comprendería que después de todo, en este mundo lo que sobran son los hombres.

Baguio, Marzo 10, 1930

Elenita:

Yo he hecho un examen de conciencia. Sí, tal como suena: un examen de conciencia. Esto que hago, ¿no es venganza? ¿no es afán de cobrarme por las canalladas de que he sido víctima de parte de ese hombre? Te confieso que me gustaría que así fuese porque, por lo menos, en mi conciencia, tendría justificación este *flirt*—a las cosas hay que llamarlas por su propio nombre—que llevo con Enrique. Sí, Enrique se llama, como un personaje de novela. Y te digo que el pobre no se merece el engaño en que está, juzgando la amabilidad mía espontánea y sincera cuando no es más que producto de mi situación actual. El cadete—¡qué guapo estaba ayer, de uniforme, en la revista militar anual de la Academia!—no sabe nada de mis

relaciones, tan cercanas y tan lejanas al mismo tiempo, con Juan. Y vivo en un miedo constante de que se entere al fin y de que sospeche que yo buscaba en él un instrumento de venganza nada más. Pero, ¿qué digo? Entonces esto que siento, esto que me ha hecho ver un nuevo sentido en la vida es... es... ¡Dios mio!

Pero es que Baguio está glorioso. Tiene una magia bruja para rejuvenecer almas. Las cumbres, verdeantes y sonoras—*the murmuring pines* que decía nuestro poeta barbudo—parecen altares levantados al optimismo y en todas partes, en jardines y parques, en las orillas de los caminos, sobre las cabezas y bajo los pies, no se percibe más que la sinfonía floral—música y perfume—de rosas y dalias y claveles.

Baguio, Marzo 15, 1930

¿Amo todavía a Juan? Rotundamente, definitivamente, mi corazón contesta que sí. Y, ¿Enrique? ¿Dónde queda Enrique? ¡Misterio de los misterios! Mi corazón, leal conmigo en sus sinceridades, me dice muy discretamente, muy quietamente que tiene Enrique un hueco en su fondo. Entonces, la consecuencia tremenda, inevitable, brutal es que ¡amo a dos hombres a la vez! Me asusto de mí misma y a veces, a solas, me insulto, llamándome coqueta, mala, sin entrañas, sin corazón de tanto tener corazón. Dos amores al mismo tiempo, tan grande el uno como el otro, que no se desplazan sino que se completan, que no se repelen, sino que se complementan. ¿Cómo puede una mujer llegar a esto?

¡Ah, Baguio! Tú tienes la culpa. Vine buscando olvido y tú, ciudad amable como ninguna otra

en la tierra, te excediste en tu generosidad y me diste, a cambio del olvido, una capacidad infinita para el amor. Tu ensanchaste mi corazón y en él abriste huecos, ¡igual para un viejo amor—tan melancólico a veces en la evocación de sus recuerdos—que al amor naciente, tan optimista en su vuelo hacia el porvenir!

Los pinos cantan su canción perfumada y miro en mi redor y veo alzarse las cumbres como altares...

¿Mañana? ¿El futuro? No sé, no quiero saberlo. Cierro los ojos y sorbo la vida...

Juan, Enrique...

Tuyísima,

MARIQUITA.

LA RISA...

(*Retazos de confidencias de una mujer*)

CON un sordo fragor de cadenas, ganó el tren la abrupta curvatura y de repente, como sorbido por un monstruo, desapareció detrás el pueblo. La última visión fué la de un cocotero, de tronco anillado, que pareció agitar en señal de despedida la gracia flexible de sus ramazones...

He aquí la impresión postrera que me quedó al abandonar mi pueblo y con ella quiero inaugurar este diario, confidente futuro de mis ansias y ensueños. Ya estoy en Manila y, contrastados con ella mis recuerdos, los veo empequeñecidos, reducidos a la insignificancia. En mí ha muerto, más por esfuerzo de voluntad que por espontáneo proceso, la pobre sentimental que se estuvo días y días llorando, mientras esperaba la hora trágica del adiós. Y es porque he comprendido que en este nuevo orden de ideas y de cosas, el sentimentalismo sólo viene a ser un lastre pesado en la ascensión. Como toda mujer moderna, quiero ser algo, hacer algo...

Por eso he venido a Manila.

Y he ingresado en la Universidad...

¡Tantos hombres! ¡Y tantas columnas enormes! ¡Columnas y hombres! Es risible cómo a veces, en los momentos más solemnes, se destacan por encima de otros, detalles los más absurdos. Yo he venido a la capital porque quiero estudiar una profesión y en

vez de sentir la emoción de la novedad, frente al momento que ha de decidir de mi porvenir, lo primero que se me ocurre es que hombres y columnas pueden caer por igual, éstas por un terremoto cualquiera y aquellos...

Me sonrío, no sin rubor. ¡Mujer, mujer al fin!... Y sé; sé positivamente que basta una mirada para que caigan esos pobres. Por eso, secretamente, hoy que me encuentro sola en mi cuarto, frente a la confesión íntima de mi diario, los compadezco un poco. Siquiera las columnas de cemento se mantendrán firmes y sólidas mientras no se sacuda en un violento desperezo la naturaleza; en cambio, ellos, a quienes he visto pasar bajo las arcadas tan seguros de sí mismos, no pueden jamás decir hoy si serán los mismos mañana.

Y es esta convicción sobre la debilidad del hombre la que me hace despreciarlos profundamente. Ya en mi pueblo, me dieron el mote de *man-hater*, es decir, despreciadora de hombres, odiadora de hombres. Es ridículo que esos seres, con todos sus músculos, con todas sus ínfulas, puedan convertirse en monigotes de trapo en manos de una mujer débil. Yo juro—sin inmodestia, porque eso me lo digo a mí sola—que a cualquier hombre, bajo cualesquiera circunstancias, yo lo haría danzar...

Mr. Gonzáles, Martin Gonzáles. Es así como se llama mi profesor de química. (Yo estudio la farmacia). Físicamente, es la antítesis del concepto ordinario de un profesor de ciencias. Cualquiera lo tomaría por un atleta, con su bien proporcionada figura. El torso fuerte, adivinado bajo la americana

de alpaca, fina la cintura (no tiene esa antipática exuberancia adiposa en el estómago, que suelen tener los acostumbrados a la vida sedentaria) y firmes las piernas. Me figuro que en un concurso de saltos, Mr. Gonzáles se luciría, no tanto por la rapidez, que debe tenerla mucha, como por la armonía y el ritmo del movimiento. Mientras explica la lección, suele dar vueltas por la clase y yo no puedo menos de admirar—porque a mí me gusta todo lo bello, hasta en un hombre—la gracia casi felina con que se mueve, armónicas manos y piernas como si llevasen el compás inconsciente de un ritmo interior.

Y por lo mismo que este Mr. Gonzáles (¿por qué habrá nombres tan vulgares para hombres tan guapos?) parece un perfecto *specimen* de hombría fuerte y cabal, casi, casi me gustaría hacer un experimento. Me figuro que, como todos los hombres, este manojo de músculos no pasará de ser mera cera flexible y amoldable a voluntad de una mujer que supiese hacerlo. Yo sería esa mujer...

¿Hago o no hago el experimento? Tengo algunos escrúpulos y ¿por qué no decirlo? cierta verguenza íntima, conmigo misma. ¡Eso de tentar deliberadamente, conscientemente a un hombre, sin sentir por él el menor interés! Conste eso, primeramente. Por Mr. Gonzáles no siento ningún interés absolutamente. Claro que hablo en el sentido sentimental. Como profesor es bueno; conoce la materia. Además, tiene la habilidad de hacer amenas las lecciones. Cuando nota a la clase cansada, aburrida, se sale con una anécdota, un chiste, siempre oportunos. Inclusive cuenta historias y ¡hasta recita versos! Pero eso es todo.

No sé cómo pensarán y sentirán estas condiscípulas mías, que no se recatan en exhibir un interés *extraquímico* por este profesor de química. Yo, por mi parte, continúo despreciando a los hombres—a todos. A este Mr. Gonzáles, naturalmente.

¿Hago o no hago el experimento?

¡Ea! Ya estoy decidida. Tengo la mentalidad un poco *científica*, es decir, amiga de la comprobación por medio del experimento personal. Igual que se pone bajo el microscopio un pedazo de materia cualquiera, quiero tener a este Mr. Gonzáles bajo un microscopio de mi propia invención. Ya sé que el resultado será negativo; lo único que me interesa es cual habrá de ser su resistencia. Estoy segura de que caerá, como todo hombre cae, dadas las circunstancias. Lo digo, no por vanidad, porque sé que cualquiera mujer podría hacerlo.

Comienzo el experimento. Después de la clase de hoy, a propósito me quedé rezagada. Yo parecía indecisa, inquieta sobre algo que quería hacer. Claro que todo ello hecho en forma tal que llamase su atención. En efecto así fué. Me preguntó muy solícitamente:

—*Anything*, Miss Valdés?

Hice ademán de atreverme. (Todo ello dentro de la comedia de indecisión y timidez que estaba representando).

—Sí, Mr. Gonzáles. No he comprendido bien la lección de esta tarde. Y si usted...

—Sí, sí...

—Digo, si yo... No sé; no me atrevo...

El adivinó lo que pretendía querer. Que me la explicase nuevamente, aquí mismo o en su oficina. Yo disponía de media hora y si él disponía de igual tiempo... Si no le era muy molesto... En fin, si era posible.

Lo era. Lo fué. Y estuvimos media hora, solos en su oficina, él muy serio, muy atento en sus explicaciones y yo, a mi vez, muy seria, muy atenta... en la contemplación del profesor.

Yo me las arreglé para desviar la conversación de la química. Eso lo saben hacer todas las mujeres. A los diez minutos, hablábamos de los poetas que más le gustaban, de los cantos que me entusiasmaban más. Dejamos bien definidas nuestras respectivas aficiones. La de él—¡cosa extraña en un profesor de ciencias y que, después de todo, viene a confirmar mi convencimiento sobre su debilidad!—es todo lo fino, lo alado, lo espiritual. Le enamora el vuelo de una mariposa, tan bello en el despliegue acompasado de sus alas polícromas, y se pasaría horas y horas mirándose en el espejo de un río. Yo, claro, me pinté amiga de todo lo fuerte: una montaña rocosa, un abismo insondable, un mar embravecido...

—Y, ¿la lección?

Me sonreí ante la pregunta, medio cerrando los ojos. Sé que así es cómo estoy mejor; a mí, el espejo me ha dicho muchas veces que mis ojos, si atempera su luz la sombra de las pestañas plegadas, adquieren un aire de misterio ante el cual ningún hombre podría conservarse sereno. A Mr. Gonzáles lo noté medio nervioso, medio inquieto como si su pregunta, muy natural por otro lado, hubiese sido un atrevimiento.

—¡Ah, la lección!... Dejémosla para otro día. Después de todo, hay cosas más interesantes.

Las hubo, en efecto. Dígase lo que se diga, Mr. Gonzáles es buen conversacionista. Sabe algo de todo y no habla con el tono antipáticamente doctrinal de los profesores; es perfectamente humano y hasta su voz, de un timbre dulzón, se diría hecha para los *talkies* y no para la cátedra.

¿Me quiere o no me quiere? He aquí ahora el enigma. En la clase, en los pasillos de la Universidad, en los breves encuentros que a veces tenemos en el *campus,* Mr. Gonzáles es para mí un enigma. Es atentísimo y siempre me saluda con una sonrisa que pliega sus labios hacia arriba, dándole un aspecto entre picaresco y truhán. A veces me da un poco de rabia porque, a pesar de todo, voy comprendiendo que eso que me hace a mí, lo hace a las demás. Aunque, pensándolo bien, ¿qué me importa? Personalmente nada, porque ya lo he dicho, él no me interesa más que como un experimento; sólo que el experimento parece que va a fracasar...

Hoy, en la clase, casi estuve a punto de llorar. Con una muy natural vanidad, he hecho creer a todos mis condiscípulos—sobre todo, condiscípulas—que soy la alumna favorita. Quiero que me envidien y que rabien. Y hoy, este odioso Mr. Gonzáles ha tenido la desfachatez de casi insultarme. Sí, sí, tal como suena; insultarme. Como yo no supiese bien la lección, me endilgó un sermoncito que me puso en ascuas. Que para qué había venido a Manila, que yo desperdiciaba el tiempo, que...En fin la mar de cosas. Y yo, claro,

sin poder chistar, sin poder decir nada. Ya se sabe que en la clase, los profesores son unos tiranos y no hay manera de contestarles. Pero lo que digo es que no tenía necesidad de ponerme en mala situación, exponiéndome al ridículo delante de todos. Tuve necesidad de toda la fuerza de mi voluntad para no salir pitando de la clase, y hacer una escena. Pero eso sí juré que en cuanto estuviésemos fuera, de igual a igual le diría unas cuantas frescas...

No, no las pude decir. Lo confieso, sin rubor, y con alegría. Yo lo esperé a la salida y como viese que se hacía el desentendido, lo perseguí a la vista de todo el mundo. Y cosa extraña: a mí no me importaba que me mirasen, que se burlasen inclusive de mí. Yo necesitaba hablarle, pedirle una explicación, obligarlo a que me pidiese perdón... Yo, la mujer fuerte, no quería, no podía quedarme así, vencida, derrotada. Y así salí, después de todo. Porque Mr. Gonzáles, una vez solos los dos—o casi solos—en el *campus*, se volvió bruscamente y se echó a reir escandalosamente...

No tuve valor para nada. Aquella risa era todo. Claramente, como si Dios en aquellos instantes me hubiese dado de repente el don de penetrar en el alma de aquel hombre, ví que en la risa aquella no había burla, no había voluntad de zaherir. Más bien era, ¿qué diría yo? una risa de buena voluntad, de aproximación para dos almas que se habían empeñado en alejarse la una de la otra, estando irremisiblemente hechas para unirse. Me olvidé de mi experimento, de mi rabia, del ridículo aquel en que me había puesto delante de toda la clase, y espontáneamente, como

una loca, como si el mundo no fuese más que de los dos, también me eché a reir...

Y mi risa fué una risa de felicidad...

Hoy hago pedazos de mi diario y los tiro al mar. No quiero que él lo lea. ¡Lo que se va a reir de mi si se entera de que la que se creyó fuerte es después de todo sólo una mujer: toda debilidad!

La verdad es que Mr. Gonzáles, digo, Martín hoy hace de mí lo que quiera...

OJOS AZULES

I

MIENTRAS hago el nudo de mi corbata, alcanzo a ver un jirón azul de cielo. Es un azul discreto, que transmite a este atardecer una serena quietud. Me siento gratamente optimista y olvido, al brujo influjo del momento, las miserias de mi vivir de estudiante. Igual que el cielo, mi alma va vestida de azul...

Mi dicha no nace de la posesión de un bien presente; es, más bien, fruto anticipado de un bien que espero. Por eso tal vez es tan intensa, aunque lleva consigo la vaga angustia de la ansiedad. Claro que hablo de una aventura de amor, que será la primera de mi vida hasta ahora dedicada por completo a mis estudios. Pensando en los instantes que van a venir, hasta siento cierta piedad por esos pobres diablos de mis compañeros de cuarto que se creen donjuanes porque conquistan... ¡a lavanderas y criadas de servicio!

Yo, en cambio...

II

Es rubia y se llama Nelly Southworth. Bajo las alas de la pamela, sus rizos tienen reflejos de oro. Son azules sus ojos, del mismo azul discreto de este jirón de cielo que veo. Por eso, hay algo espiritual en ellos. En cambio, su cuerpo es una perpetua ten-

tación. Fascina la perfecta armonía de sus curvas bien precisas bajo la leve presión de los trajes de seda. Bien se echa de ver que los ejercicios físicos han redondeado y dado a sus formas esa fina elasticidad que hace a las carnes vibrar con ritmo. Miss Nelly es, pues, alma y cuerpo. Cuando la tentación me prende con sus garras, tengo que recurrir al baño lustral de sus ojos azules. ¡Oh, los ojos azules de Miss Nelly, sembrados de cuajarones luminosos!...

Es menos que novia, pero es más que amiga para mí. Ninguna de mis compañeras de universidad ha tenido nunca para mí sus familiaridades y a fe que una novia filipina no se atrevería a tenerlas conmigo. Y, sin embargo, hay una perfecta inocencia, una deliciosa inconsecuencia en sus movimientos. Infinidad de veces me han rozado el rostro las alas de su sombrero, los rizos de su nuca y nunca he visto en sus mejillas el arrebol del pudor herido. Ni siquiera he notado en ella ese elocuente embarazo del silencio que sigue a las situaciones tensas. Igual pude ser para ella, en tales peligrosas proximidades, un muñeco sin alma.

Y, sin embargo, sé que me aprecia. Acaso me quiere. Se interesa por lo menos por mí. Lo he comprobado en la verdadera alegría que veo brillar en sus ojos en cuanto me ve; en la ansiosa atención con que me oye hablar sobre cosas del país. Porque Miss Nelly es una viajera, una turista que está en Manila de paso, durante la breve escala del palacio flotante que la va a llevar a otros puntos del Oriente.

Se interesa por mí, he dicho. No lo quiero creer a veces, por el lógico, por el vulgarísimo razonamiento de que es imposible que un pobre estudiante que tiene que servir de *cicerone* para ganarse unos cuar-

tos pueda despertar interés en el corazón de una mujer perteneciente a distinta raza, y en el espacio inverosímil de unos cuantos días. No olvido, además, que esta gente tiene sus prejuicios contra los de mi sangre. Pero tengo que rendirme a la evidencia y admitir, con enorme regocijo de mi vanidad, que para esta chiquilla deliciosa, hija de millonarios por lo menos, soy algo más que un *cicerone.* Acaso sea por capricho, acaso por el pueril afán de añadir una página extraña al glosario de sus sensaciones. ¡Son tan raras estas americanas!

No me importa la razón de su, llamémoslo así ya, querer. Mi primera aventura tendrá, por ello mismo, el singular atractivo de lo inexplicable. ¡Cómo se van a morir de envidia, en cuanto la conozcan, estos pobres diablos de mis compañeros que tienen que contentarse con lavanderas y criadas de servicio!

Estoy ahora delante del espejo, esmerándome en el vestir. Dentro de media hora iré a recoger a Miss Nelly y a su familia para la última excursión a las afueras de la ciudad. Y presiento que esta tarde va a ocurrir algo que será jalón memorable en el transcurso de mi vida...

III

La misma Miss Nelly me sale al encuentro, al pie de la pasarela. Va descubierta, y puedo admirar el oro puro de sus cabellos. Pero noto en ella una expresión de tristeza que me da no sé qué tristes presentimientos:

—Hoy no salimos—me dice, confirmando mis te-

mores—papá está un poco enfermo y mamá tiene que quedarse con él. El calor de vuestro país tropical...

Me he quedado mudo, entontecido por el golpe inesperado. Apenas consigo tartamudear:

—¿De modo que esto es adiós?

—¡Esto es adiós!

Cae sobre los dos un silencio doloroso. Diríase que acaba de tenderse entre nosotros la sima de un abismo enorme. Pero de pronto veo brillar sus ojos con súbita animación y la oígo exclamar:

—Espera aquí un momento. Veré lo que se puede hacer...

Sube, a grandes zancadas, la pasarela pendiente. Entre el revuelo de las faldas de seda, surgen como columnas de líneas perfectas sus piernas ágiles. Percibo de ella un intenso perfume de juventud.

No dura mucho mi espera. Otra vez la veo, en lo alto, y un momento se proyecta sobre el fondo del cielo su perfil de estatua. Y cae sobre mí con una velocidad de turbión que me aturde. Me traba de la mano y me arrastra, mientras se explica:

—Papá ha consentido. Iremos solos los dos, en esta última excursión. Nos pasearemos por la ciudad, primero, y dejaremos para lo último las ruinas, de esa iglesia que me dices...

Subimos a un automóvil y ella misma va dando instrucciones:

—Una vuelta por la Luneta, después a Pasay y luego... luego...

Se vuelve a mí, y me pregunta:

—¿Qué después de Pasay? Ya no recuerdo lo demás.

—Déjalo a mi cargo—le digo.—Ya me cuidaré del itinerario...

Luneta, Malate, Pasay. Vamos en marcha veloz, sumidos los dos en un silencio doloroso. Es la primera—y la última vez—que nos encontramos solos, en perfecta libertad de franquearnos nuestras almas, pero diríase que los dos tenemos miedo a esa misma soledad. Mientras pasamos por el puente de Parañaque, vemos a la derecha, mar adentro, una bandada de barquichuelos de vela.

—Son como aves con las alas desplegadas—me dice, señalándolos, Nelly.

—Son como almas abandonadas en el mar—afirmo.

Hay dentro de mí una sincera emoción. Tiembla mi voz mientras sigo hablando:

—Yo también soy como un barquichuelo, como un alma abandonada en el mar. Acabo de vivir los días más intensos de mi vida, durante los cuales me he estado preguntando si no estaría soñando. Y he aquí el despertar... Seré dentro de poco exactamente como un alma abandonada en plena mar... ¿Quién se acordará de mí? ¿Quién me señalará el puerto de arribada?

En los ojos de Nelly hay asomos de llanto. Pero sabe contenerse y finge indiferencia. Pregunta:

—¿Están lejos esas ruinas? Podríamos ir ya...

Doy instrucciones al chófer. Vira el coche y cambiamos de dirección, alejándonos del mar. El camino se hace tortuoso. A veces pasamos bajo sonoras bóvedas que forman ramas y hojas. Entretanto, se va iniciando el crepúsculo. Entre los desgarrones de las ramas, se filtran las últimas luces del día. Son, a veces, rojas; violáceas, a veces. Pero son siempre tristonas, con cierta palidez de agonía. De pronto, se pára el coche.

—Tienen que bajar ya aquí—dice el chófer.—El automóvil no llega hasta las ruinas. No están lejos, tampoco. Desde aquí se descubren...

Se ven, en efecto, las ruinas. Tienen no sé qué sombría grandeza que parece proyectarse sobre los enormes árboles que las rodean. El campanario, sin campanas, proyecta sobre el cuadro un aire de desolación.

—¿Vamos?—pregunto a Miss Nelly.

La ayudo a subir la violenta pendiente. A veces tengo que sostenerla a pulso, mientras busca una raíz cualquiera a que agarrarse. Ahora compruebo la fuerza de esta muchacha. Y su valor, al mismo tiempo. Porque es casi de noche y en el cielo se inician ya las primeras estrellas. Se va poblando de sombras la tierra. Las líneas de las ruínas se hacen borrosas en el espacio, mientras nos vamos acercando. Las perdemos de vista un momento al torcer la vereda, pero de pronto surgen ante nosotros en su primitiva grandeza, en la trágica desnudez de sus muros agrietados. La emoción del momento y del lugar es intensa. Los dos nos hemos quedado mudos, sobrecogidos por algo como un excelso pavor espiritual.

Ella es la primera en sustraerse a la sugestión y me dice resuelta:

—Penetremos. Me interesa ver los altares...

—Brava mujer,—comento interiormente. Y no sé por qué pregunto:

—¿No tienes miedo?

—¿A qué?—pregunta a su vez, ingenua.

No contesto. Pero se me han arrebolado las mejillas, lo cual afortunadamente no podrá notar Miss Nelly por falta de luz. Porque no era por las tinieblas, ni por el lugar, ni por la hora, ni por el som-

brío aspecto de las ruinas porque le he preguntado si tenía miedo. Era... ¡por mí, que era un hombre, que la tenía a mi merced!

El interior de la iglesia es menos oscuro de lo que me he imaginado. A los pocos momentos, nos hemos acostumbrado ya a la sombra y podemos comprobar detalles. Aquí, dentro, hay un mundo de vidas palpitante. Percibo rozar de alas y una infinita variedad de sonidos. Desde el púlpito he visto volar un enorme murciélago cuyas alas repiquetearon sobre los cristales rotos de una ventana cercana.

—El altar... ¿dónde está el altar mayor?—pregunta Miss Nelly.

La cojo de la mano y vamos caminando hacia delante. El jaramago se nos enreda a los pies y a veces tengo que agacharme para librar los de mi compañera. Huele a humedad, a ese espeso, acre olor de los espacios poco venteados. Y de pronto, sobre el perfume de tierra de las ruinas, se impone otro más intenso perfume que me aturde y me emborracha. La desigualdad del terreno la ha obligado a Nelly a pegarse a mí y el que percibo es el perfume que se desprende de su juventud, de su cuerpo, de su rara belleza. La miro enloquecido, en un súbito despertar de mis pasiones. Hay dentro de mí una bestia que se revuelve, que me hace clavarme las uñas en mis propias carnes. Siento que voy a ceder, que la garra de la tentación se hinca en mí, con fuerza irresistible. Se abren mis brazos, al vibrar de mis nervios sacudidos y noto en mi belfo la humedad de la saliva. En un momento me habré abalanzado, como un tigre, sobre la indefensa mujer...

Pero Nelly me mira, me mira intensamente. En medio de las sombras, he visto claramente el azul de

sus ojos. Un azul discreto de cielo, que tiene la sedante influencia de un baño lustral. Y hay en sus ojos tan hermosa inocencia, tan infantil ingenuidad que grito con voz ronca:

—Vámonos, Nelly.

IV

Nos hemos despedido al pie de la pasarela, con una despedida en que se han callado los labios y han hablado las almas. No sé por qué no me atrevo a mirarla en los ojos. ¡En los ojos azules que parecen acusarme!

Pero Nelly es infinitamente generosa y me dice con temblorosa voz:

—Usted es un hombre y le doy las gracias...

Y antes de que me diese cuenta, me ha dado un beso y se ha echado a correr, casi a volar, pasarela arriba. Un momento ví dibujado su perfil de estatua sobre el cielo. Luego, un blanco pañuelo tremoló su último adiós...

CLARIDAD

I

¿COQUETA? Sí, claro... Otra vez iba a ser carne suculenta para el hambre de murmuración de estas gentes. Ya estaba viendo rodar la noticia de boca en boca, aderezada con cada vez más picantes comentarios.

—Blanca, ¿sabéis?... Blanca ha reñido con su novio. El quinto o el sexto quizás...

Sus amigas se harían las escandalizadas.

—¡Cómo! ¿Otra vez?

Y Pilar, la más íntima de todas, y, por lo mismo, la más peligrosa, diría:

—¿De qué os extrañáis? En todo caso, debiera ser de que no haya reñido antes. Por lo menos, esta vez el novio ha durado más que una camisa...

Se encogió de hombros, bravamente. ¡Psé!... ¿Qué le importaban estas amigas falsas y el pueblo y todo el mundo y lo que pudiese pensar nadie, si nadie era capaz de comprenderla? Su alma era suya solamente y solamente suyo el corazón—este corazón que cabía en la palma de la mano y era, sin embargo, capaz de dar cabida a lo infinito.

Todavía, en gesto orgulloso de reto, se irguió ante el espejo. Bonita, esbelta, llena de esa euritmia interior que Madame Elinor Glyn—ojos ardientes, alma depravada—había llamado, sintéticamente, "it". Definitivamente perfecta. Junco y palmera, al mismo tiempo; con un poco de felino tal vez, en los ojos acerados, en los dedos largos y puntiagudos...

II

—El quinto o el sexto, quizás...

Sí, como pudo haber sido el décimo o el centésimo. Para. Blanca—veinte años, primavera germinal—no era cuestión de número. Ni siquiera de nombre. Ni mucho menos de coquetería. Era pura y simplemente cuestión de temperamento. Emoción e inquietud; un ansia constante de renovar los paisajes del alma...

Así era, así había sido siempre. Curiosa de los matices de la Vida, a ellos plegaba sus sentimientos. Poliformes, cambiantes, como las ondas. Lo que quiso por la mañana, la hastió a la tarde. Un día, llevó incrustado en la maciza mata del pelo un capullo de rosa: al día siguiente, prefirió un rosario de sampaguitas, colgado del cuello. Amó sucesivamente los claveles, las dalias, las violetas...

El amor era, simplemente, un sentimiento; una flor más.

Federico, Enrique, Gabriel... Rosas, sampaguitas, claveles... Nombres y flores; todo era igual.

¿Coqueta? ¡Qué sabían estas gentes de lo que ella sentía!

Todo le hablaba de movilidad: el rayo solar, la brisa fugitiva, la giba ondulante de la ola. No comprendía la belleza inmóvil, porque en ella hay siempre algo que recuerda la vejez y la muerte. Y ella tenía veinte años—primavera germinal—y ella amaba la Vida.

¿Por qué se iba a estancar en un amor único que la ataría, como un clavo absurdo, a una fidelidad enemiga de toda renovación?

III

Tocó una rapsodia, una marcha, un *fox-trot*...

—Tú siempre enamorada del ruído...—dijo Pilar.

—Mucha fuerza, como siempre, en los dedos...—dijo Beatríz.

—Pedal, mucho pedal... Debes sentir cosquilleos en los pies...—dijo Soledad.

Blanca sentía asco en su interior. De todas, de todo. El miasma de la murmuración, arrastrándose a ras de tierra, la envolvía, la ahogaba. Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no declararse vencida. Al principio, el miasma se estancaba en las callejuelas, en las esquinas, en los almacenes propicios a toda clase historias. Pero, más tarde, fué cobrando osadía e invadió el atrio de la iglesia, hasta la intimidad de los hogares. Y hoy había subido a su misma casa, disfrazada de amistad. Pilar, Soledad, Beatríz...

Pero estaba ella preparada y suya fué la primera batalla.

En cuanto las sintió en la calle, fué corriendo a su tocador. Se empolvó bien, se abrillantó los ojos, se mordió, hasta sangrarse, los labios para darles color y vida. Se envolvió en un peinador de seda rosa porque el rosa le sentaba a maravilla.

Se abrieron en elocuente sorpresa los ojos de las tres. Esperarían encontrarla toda vencida por el dolor y se la encontraban mil veces más hermosa. Ella no les dió tiempo para inquirir; les habló de todo, de cualquier cosa, con una ruídosa fanfarria de risas y

de gestos. Y luego, ante el susto general, se puso al piano.

Si bien, al principio, las tres demostraron cierta expectación. Al fin, quizás... La música es siempre traicionera para el estado del alma. Por mucho que fuese el disimulo, era posible que se le escapase la angustia con esta complicidad del piano.

Pero volvió a triunfar. Con pulso seguro, sin una vacilación, sin un tremor en los dedos, jugueteó con las teclas. Por un momento, su alma se acopló con el alma de Wagner...

—Mujer, tócanos algo sentimental—insinuó al fin Pilar.

—Eso es—recogió Beatríz.—Un vals de Chopin...

—Siquiera una danza, un *kundíman*...—terció Soledad.

Ella se rió y brillaron, como relámpagos, los dientes.

—Valses de Chopin... cosas sentimentales. Los desprecio. Para mí sólo tienen un sentido negativo. En cambio esto...

Giró sobre su asiento y sus dedos, al abrirse sobre el teclado, tuvieron perfil de garras. La armonía, desbordante, parecía agua tumultuosa que fuese escurriéndose, en cascadas, entre los dedos.

—Esto es una afirmación: el amor, la gloria, la vida...

—Blanca—no pudo contenerse Pilar.—Parece mentira; después de aquello...

—Sí, de aquello—hizo como un eco Beatríz.

—De a-q-u-e-ll-o...—subrayó Soledad.

Las afrontó, de una vez. Bravía, erguida, tras-

figurada. El felino, al fin, doblado en arco el cuerpo, como para dar el salto del zarpazo.

—¡Aquello, aquello, aquello!... ¿Por qué no habláis alto y claro? Mi rompimiento con el novio, el sexto o el centésimo quizás... Querríais verme, igual que una rama descuajada, después del huracán. Igual más bien que un monigote que se hubiese soltado del resorte. Echada sobre la cama, con los ojos saltando de las órbitas, a fuerza de llorar; quizás pensando en la paz de un convento, para buscar la quietud...

Se levantó, toda nervios tensos, y las tres, asustadas, se apretaron las unas a las otras. Pero Blanca se dirigió a la ventana que, al impulso de sus manos, se abrió toda con sordo fragor.

—¡Y no véis ésto, ésto, é-s-t-o!...

Fué un desbordamiento de claridad. Desde lo alto, desde el horizonte, desde los techos, los árboles, las cosas, se desprendió un deslumbramiento blanco, lleno de ritmo, lleno de movimiento, que tenía algo de hoguera y algo de incendio, que palpitaba y vibraba. Al trasluz ahora, Blanca no era más que líneas luminosas, con la cabellera crespa sembrada de leve polvillo de oro...

Cegadas, gritaron las tres:

—Cierra, cierra que no vemos...

IV

¡No veían, no veían!...

¿Qué culpa tenía ella? ¿Por qué iba ella a sufrir por la ceguera de los demás? ¿Por qué se iba

ella a ahogar en el miasma de esta murmuración general?

Se irguió, con gesto orgulloso, ante el espejo. Definitivamente perfecta: toda hembra, desde los ojos llenos de puntitos de luz, hasta los talones breves, rojos como rosas abiertas. Luego, extendió los brazos, en cruz, de cara a la ventana desbordante de claridad. La sobrió, glótonamente, con las pupilas, con los labios temblantes, con el busto blanco como leche cuajada.

Tontas, tontas las mujeres que no comprendían esto: más que tontas, infelices, que no sabían que la Vida está en la renovación...

MI MAYOR HEROISMO

(*El Cuento de un Héroe de los Tiempos de Paz*)

FUÍ una vez héroe, a los diez y ocho años. Héroe sin gloria, como esos que van a la guerra perdidos en la anonimidad general y mueren como leones defendiendo su bandera. Pero mi heroismo fué mayor. En la guerra, cuando se siente la borrachera de la lucha o del odio, cuando el olor de la pólvora y el estampido de los cañones matan el instinto de conservación, es fácil ser héroe. Una bala perdida, un pedazo de metralla pueden hacer un héroe de cualquiera... El mío fué un heroismo de voluntad contra mí mismo, en una batalla que no tuvo más testigo que a Dios. Oíd:

I

Era mi primera novia y la quería por ella misma, no por amor al amor que es la razón de los primeros cariños. Quizás me amaba ella en la misma forma. Juraría que aún ahora, distanciados los dos por la fuerza de circunstancias hostiles, que es más poderosa que la fuerza del querer, seguimos guardándonos alma adentro ese culto que se guarda a los amables recuerdos. Hay amores que se recuerdan durante toda la vida...

Como éramos jóvenes—en el primer albor de la juventud—nuestro amor era de deliquios espirituales; un amor de brisas y de trinos y de nubes, un amor que vivía de metáforas y de símiles...

—Te quiero como una mariposa quiere a la flor—solía escribirle.—Te busco como el arenal busca la caricia del agua, como la luna busca el espejo del estanque...

—Te veo en las estrellas, en los pájaros, en todo—me contestaba.—Hasta cuando rezo, se me antoja que el santo a quien rezo eres tú...

Era un cariño en plena inocencia. Nuestras almas se hablaban con un lenguaje de ángeles. Los piropos que florecían en mis labios eran flores blancas, como el lirio, como la azucena, como la sampaguita, y en mi mente, que habrían de manchar después tantos malos pensamientos, sólo reinaba, en plena soberanía, la Ilusión... Pero un día—era Mayo y sobre las flores se besaban las abejas—mis labios buscaron la miel de un beso.

—¿Me lo das?—La pregunté, temblando de deseo.

—No, jamás...

Se puso hermosísima, con la protesta en rojo intenso del pudor que flameó en las mejillas. Pero en ellas no ví la indignación, sino el rosa aterciopelado de la piel blanquísima que estriaban las arterias azules. Y en mí germinó un pensamiento de dominador. Pues que al beso—inocente prenda de amor que yo pedía—se había negado tacaña, ella, la mujer en quien adoraba, habría de concederme algo más que el beso, muchísimo más que el beso, aunque al empeño tuviese yo que dedicar toda mi vida.

Y fué una labor de conquista astuta, ardua y lenta. El ejemplo de la gota brava de agua que llega a socavar, a fuerza de ir cayendo constantemente, la piedra viva, espoleaba mis esfuerzos, y un día—todavía era Mayo y sobre las flores seguían besándose las

abejas—ella, derrotada, vencida y enamorada, me prometió en un suspiro:

—Bien, sea lo que tú quieras. Esta noche, en mi ventana, verás temblar un pañuelo, blanco como mi pureza. Entra en el jardin y me encontrarás en espera de tí...

II

¡La primera cita! ¡La primera cita de amor, al amparo de la noche amable, mientras lucen las estrellas y de lejos vienen las voces del silencio, en como apagada sinfonía de una orquesta universal! ¡El divino temblor del alma que siente sintetizada en breves segundos toda la eternidad! ¡Los sobresaltos, los miedos, las dudas, fundidos en la intensa emoción de unos momentos que tienen la duración de siglos!

Y la mía, mi primera cita, se celebraba con la más prodigiosa luminaria de astros y de estrellas en el cielo. Debían estar de fiesta, como yo, como mi alma. Desde todos los rincones del firmamento, me miraban con unos ojos que parecían guiñar o parpadear, y en aquellos ojos veía yo una enorme envidia. Y no sólo el cielo. La tierra también estaba de fiesta. Olía a azahares, a rosas, a jazmines. En el ambiente, había una saturación de perfumes. ¿Era realmente el ambiente, o era yo, que llevaba dentro de mí todos los aromas?

Pero yo llegué al lugar, como un ladrón. Me ocultaba en las sombras, me sumía en los quicios de las puertas. Media hora estuve al cobijo de un balcón destartalado, mientras esperaba que blanquease

el pañuelo. Momentos de honda angustia. Mi corazón batía en su prisión como queriéndome saltar del pecho. De pronto, en la oscuridad de una ventana abierta—la suya—vi una cosa blanca, que ondeaba, que palpitaba, que parecía vivir. En tres saltos, crucé la calle, gané el solar de su casa. Y, ¡me ví en el jardín lleno de sombras, lleno de misterios!...

La ví acercarse, como una blanca aparición. Sobre el albo tono del traje—¡oh santa pureza toda blanca que venía a ofrendarse!—solo negreaba, más negra que las sombras, la cabellera deshecha en dos cascadas gemelas. Mis brazos abiertos la recibieron, mientras en mis labios palpitaba el beso...

—Tú viniste—sólo pude balbucear...

—Sí, ya ves... He venido.

Se encogía, se achicaba, se anulaba en una enorme vergüenza que la tenía dominada por completo. En ella veía la voluntad que se entregaba, pero estaba lejos el alma, encadenada por las cadenas de los escrúpulos y el miedo al pecado. En mis brazos, la sentía temblar, como un pájaro aterido. Y entonces comprendí cuan grande debía ser el amor que así saltaba por encima de la conciencia para someterse a un enorme sacrificio. Pero en mis labios seguía palpitando el beso, como un ascua encendida. Me incliné...

Y en el claro de luna, ví cómo caían los párpados tal que alas heridas sobre los ojos. Y antes de cerrarse, ví como temblaban dos gotas de llanto...

Y fuí héroe. En mis labios, en vez del beso, florecieron las flores blancas de los antiguos piropos:

—Te quiero como una mariposa quiere a la flor. Te busco como el arenal busca la caricia del agua, como la luna busca el espejo del estanque...

Y ella, comprendiendo mi renunciación, contestó agradecida:

—Mañana, cuando reze, creeré que el santo a quien rezo eres tú...

Seguían las luminarias estelares. Seguían los perfumes saturando el ambiente. Y yo no sé porque se me antojó que la claridad de las estrellas era más intensa y que los aromas eran más deliciosos...

Lealtad en el Recuerdo

¿CINCO años? ¡Quién aplica la medida del corazón a la medida del tiempo? Igual pudieron ser cinco siglos que cinco eternidades. Para Estela habían sido, por lo menos, cinco años de ir contando uno a uno los días, tan largos, tan largos, que ya aquellas *cadenas de amor*, plantadas el primer día—"en símbolo de nuestro amor que ha de tener para los dos fuerza de cadena"—triunfaban en la florescencia roja de su plenitud en el cerco de caña, desbordadas del *balag* de bambu, camino del cielo en una ficción de alas, a fuerza de ir trepando por las harigues, por las ventanas, hasta por la nipa del techo proyectado contra del azul.

Pero Dios es bueno y hasta los cinco siglos o las cinco eternidades culminaban en esta tarde gloriosa de Mayo. En el calendario de su memoria, Estela desprendia la última hoja. ¡Lástima que no fuera hoja de verdad, con la cifra y el día—15, Sábado—bordados en oro, para que pudiera tenerla clavada en lo más destacado de la casa, como un trofeo o como una recordación! ¡Lástima que no pudiera tenerla grabada en letras de ascua sobre el cuerpo y sobre el alma para que le recordase a ella en la gloria del porvenir los martirios del pasado!

Pero, ¡qué idiota! ¡que loca! ¡si hasta lloraba! ¡si hasta la canción en que debío estallar, nacida de lo mas profundo de las entrañas, era ya un sollozo muy hondo y era un ahogo húmedo en la garganta!

Se irguió, se perfiló en toda su esbeltez en la ventana llena de claridad. Hoy, a media tarde, había tam-

bién llovido pero la lluvia—lluvia típica de Mayo—no había hecho mas que barrer de nubes el cielo y cuajar de diamantes las ramazones. Más sonora y mas diáfana la atmósfera después, se iban tendiendo por la creación en efluvios invisibles los aromas y hasta de muy lejos,—quizás del horizonte ondulado, quizás de las aguas del río—venía un runruneo vago de voces y de rumores. Lluvia de Mayo también este llanto que llenaba sus ojos. Más sonora y mas diáfana hoy su alma, barrida de penas, recogía perfumes y cadencias y se henchía, igual que la tarde ésta, de toda belleza.

Era porque él llegaba...

II

¡Cinco años! ¡Cinco años en Manila! No habían sido tan malos. Casi podía decir Alberto que no los había sentido pasar. Alguna vez, sobre todo en los comienzos, la añoranza del hogar pueblerino le llenó de sutil melancolía el alma. Pero tenía el alma joven y sobre ella resbalaban las penas muy pronto.

¿Estela? ¿La novia buena que se había quedado, esperando en el pueblo?

Sí. Era un recuerdo dulcemente angustioso. O mejor, una serie de recuerdos. La casita con su cerco de caña y su techo de nipa, los amaneceres en la loma, la quietud murmurante del río. A costa de cualquiera cosa, hasta de esta toga negra, azul y roja que se traía, como reliquia sagrada, en la maleta, hubiese querido tener en suspenso la vida en cualquiera de aquellos momentos y en cualquiera de aquellos paisajes de tal modo que la muerte, si alguna vez llegaba, les sor-

prendiese a los dos así, sin envejecer, colocados fuera de la medida del tiempo. Pero no pudo ser y él, empujado por la vida—la vida, en constante movimiento—se tuvo que marchar camino de la ciudad para sus estudios.

Hoy volvía...

¿Enamorado aún? ¿Leal al recuerdo de la novia ingenua y buena?

Ni él mismo lo sabía. Nunca se había atrevido a una franca confesión consigo mismo, cobarde ante lo que hubiese de ser, alma adentro, o una afirmación o una negación del viejo cariño. Más bien se había dejado llevar del curso de los días, escribiendo a veces, pero sin ahondar, sin analizar. A su vez, recibía cartas que lo hacían feliz, porque traían el perfume de tiempos y lugares que se iban alejando. Y semanas atrás, cuando tuvo su diploma final en la mano,—ya un profesional, pero tan nueva la sensación que tuvo que mirarse al espejo, para convencerse—lo primero que pensó fué que debía retornar al pueblo. Había sido inmensamente feliz, en aquellos momentos. Pero en su felicidad, no había la emoción sutíl de la angustia ante lo que se ha perdido por mucho tiempo y se vuelve a encontrar.

Alberto hubo de conjeturar mucho y hasta hoy, ya en pleno viaje de retorno, cavilaba todavía.

¿Era la suya lealtad al cariño o lealtad al recuerdo nada más?

Estela, muy bella, muy buena. Pero por sobre su imagen, se destacaban más la casita del cerco de caña, la loma verdeante, la honda sonoridad del río. En estos recuerdos y en estos paisajes se había po-

sado su alma,—inmóvil a través de todo este tiempo, como si el tiempo hubiese sido un enorme reloj sin cuerda. ¡Diera cualquiera cosa porque también se hubiese posado, en la misma inmovilidad—la lealtad no es más que la ausencia de movimiento—en este viejo cariño al que ya temía!...

III

Quedaron mudos, callados. En la tensa emoción del instante, no pudieron decir los labios lo que expresaban los ojos. Estela, mujer al fin, sólo se acordó de llorar y Alberto, ya hecho a las cosas de la ciudad, pero miedoso de los hábitos del pueblo, no supo si ir en enjugar las lágrimas con un beso o bien, echarse sobre una silla cualquiera hasta que pasase el turbión.

Y el hombre, en aquel momento de vacilación, vió escrita la revelación como si Dios, en un gesto de piedad para ambos, le hubiese abierto de pronto el alma a la plena claridad de sus sentimientos. ¡No la amaba ya! ¡No la amaba como cinco años atrás!... Porque la verdad,—palideció Alberto ante la lógica brutalidad de los hechos—de amarla todavía, la hubiese tomado en brazos, triunfante sobre todo hábito de ciudad o de pueblo, y le hubiese secado los ojos a sorbos de besos y hubiese estampado en su boca la afirmación categórica de su cariño renovado.

Se sentó, mientras Estela, para ocultar su debilidad, se metía en el cuarto. Tras de su figura, un poco tronchada ahora por la cabeza gacha en gesto de enjugar el llanto, fueron los ojos del hombre que

se llenaban de melancolía. ¿Por qué no? Lo sentía. A pesar suyo, hubiese preferido la lealtad al cariño a esta lealtad que era claramente sólo lealtad al recuerdo. Tendría que ser cruel. En su afán de nobleza, no tendría alma para mentirle amorosa a esta pobre muchacha. Trataría de explicarse, de hacerse comprender... Pero...

Se levantó, se asomó a la ventana. Cerró los puños con ira. ¿Por qué iba a ser así la vida, tan mala? ¡Que sacaba él de aquella loma que se erguía, ni de este cerco cuajado de *cadenas de amor*, ni del río que cantaba no sabía él que canciones allá a lo lejos, si al fin y al cabo, ya no podía verlos tal como los embellecía el viejo Amor que acababa de revelársele trágicamente, definitivamente muerto!

GENERAL PRINTING PRESS.

ÍNDICE